

REMINISCENCIAS DE

LA GUERRA FILIBUSTERA

EN NICARAGUA



REVISTA CONSERVADORA, en su afán de enriquecer la bibliografía histórica nacional publica la obra, "Reminiscencias de la Guerra Filibustera en Nicaragua" por C. W. Doubleday, que se editara treinta y dos años después de los acontecimientos en que aquel tomó parte. Hemos dejado intacto el trabajo del autor, sin agregarle notas aclaratorias o aun contradictorias de las aseveraciones y apreciaciones que consideramos erradas, para evitar hacerla más controversial de lo que en sí es. Dejamos a nuestros historiadores su estudio detenido y la tarea de su rectificación.

No dudamos que la obra de Doubleday es un aporte interesante y valioso a la bibliografía de la Guerra Nacional. La amena narración de los hechos y las consideraciones filosóficas que hace de sucesos y personas de la época dan al trabajo traducido por el Dr. Manuel Granizo un mérito que la hace merecedora de la atención de nuestros lectores y ser una valiosa aportación a nuestro acervo histórico.

TRADUCCION
DEL
DOCTOR MANUEL GRANIZO

POR
C. W. DOUBLEDAY

NEW YORK AND LONDON
G. P. PUTNAM'S SONS
THE KNICKERBOCKER PRESS

1886

SALIDA DE CALIFORNIA

Al principiar la primavera de 1854 hice un viaje desde los campos mineros del río Twolumene hasta San Francisco.

Fuí uno de los primeros invasores de esas montañas solitarias de la pacífica morada de los indios "Diggers" que el Aura Sacra Fames había convertido, en la avara, turbulenta y casi nómada de los primeros mineros que subsistían sólo con tocino y totoposte.

Ver un poco de la vida de la ciudad, fue la única razón que tuve para abandonar mis amados lares bajo arboledas de excepcional verdura y como el bullicio y el trajín de la ciudad, (estaba yo seguro) me aburriría en poco tiempo, me dediqué a ver todo lo que me interesaba en el menor tiempo posible y con este fin la mañana siguiente a mi llegada deambulé hacia los embarcaderos y al instante me interesó contemplar el animoso tumulto de pasajeros abordando un barco de la Pacific Mail, cuyas chimeneas, con grandes bocanadas de humo anunciaban que estaba para partir hacia un lejano puerto del ancho mar: zarpaba hacia San Juan del Sur, un puerto de Nicaragua, tierra tropical, tierra donde se hablaba la dulce lengua española que yo sabía hablar y donde presidía el espíritu del "Dolce far niente".

¿Por qué, yo, que no tenía ningún motivo que me obligara a permanecer en este o en aquel lugar, y sólo obediente al deseo o al capricho del momento; no podría embarcarme y partir allá y trotar bajo las flores tropicales como ya lo había hecho, en esas vastas regiones habitadas por fieras e indios salvajes que se extienden entre el río Mississipi y la costa del Pacífico? ¡Oh! Si Nicaragua no resultara congenial conmigo yo podría continuar mi viaje hacia los Estados Unidos y ver a mis adorados padres, y luego volver a mi vida de montañés y cazador.

El pensamiento rápidamente se convirtió en acción y antes de una hora yo estaba a bordo con mis mundanas pertenencias. Muy pronto bogábamos en el regazo del majestuoso Océano Pacífico.

Viajes han sido descritos "ad nauseam". Este era, en verdad, mi primero —y las acostumbradas emociones de mareo, pescados voladores, tortugas, etc., no lograron interesarme tanto como el ruido de las cadenas cuando anclábamos en la bahía de San Juan.

EN SAN JUAN DEL SUR

El paro del incesante traqueteo de las máquinas y del continuo correr de la nave me causó gran regocijo y aumentó grandemente el placer de oír el romper de las olas sobre la costa y de respirar el aire fresco de la mañana.

Primero el estampido de un cañón seguido por las notas de un clarín, patentizó lo que todos esperábamos pues el capitán del barco nos había preparado en lo concerniente a la condición en que probablemente encontraríamos los asuntos de la Compañía del Tránsito.

Cuando él había salido de allí un mes antes, desde cuya fecha no había habido oportunidad de recibir noticias de lo que había acontecido: los democráticos, o partido del pueblo, del Estado, habían recurrido a las armas con el fin de poner en posesión al presidente electo. El Presidente en el poder, cuyo término había ya expirado, seguía mantenido por la Iglesia cuya Política aquél respaldaba, rehusaba entregar el poder.

Las exigencias de la guerra o quizá su violencia había acabado con los caballos y carruajes que nos habían de servir para transportarnos las 12 millas que dista la bahía de San Juan en el Pacífico a la bahía de La Virgen, puerto en el lago y punto de partida para San Juan del Norte o Greytown en el Atlántico. Por mi parte, el Capitán del barco, tanto me había interesado con sus relatos de la altivez y tiranía de los procedimientos del partido en el poder, con miras de restringir los métodos liberales —adoptadas por el campeón del pueblo, con la determinación de adquirir la libertad o morir, que ya me había decidido a incorporar al partido democrático.

El arribo del Agente de la Compañía a bordo del barco, nos puso en conocimiento de todo lo nuevo: Los Democráticos en cruenta lucha habían forzado al enemigo a retirarse a Granada a orillas del Lago, pero sus grandes pérdidas y una herida severa que sufrió su arrojado caudillo, impidió un rápido desenlace pues un ataque decisivo no era prudente y decidieron acantonarse en la parte alta de Granada conocida con el nombre de Jalteva. Cada uno de los partidos se empeñaba en fortificar sus respectivas posiciones.

El Presidente Chamorro, Jefe del Partido de la Iglesia, para fortalecer su fuertemente presionado ejército, había retirado los soldados que el gobierno acostumbraba mantener en San Juan del Sur y los democráticos, quienes asumían la responsabilidad de los asuntos públicos desde su asiento en León, habían rápidamente ocupado el puerto y estaban preparados para proteger, a toda costa, el tesoro de la Compañía de Expresos, y la propiedad de la Compañía del Tránsito.

Mientras el agente estaba sobre la cubierta del barco haciendo su breve relato del estado de cosas en tierra, el brillante sol tropical lucía por encima del verde follaje que casi circundaba el pueblo y la bahía e iluminaba con raro esplendor, al menos a nuestros ojos, la exuberante vegetación y la escena animada de la soleada playa a pocos metros de distancia.

El zarpe y arribo semimensual de los barcos, era para los habitantes el acontecimiento al cual conducían todos los días intermedios, los que pasaban en su mayoría durmiendo, pero entonces, sin embargo, gracias a la presencia de la nueva guarnición de Democráticos, orgullosos con sus victorias y la alegría de la reciente adquisición del poder, el lugar se veía extraordinariamente festivo. Como no había muelle —en este remoto, aunque antiguamente establecido puerto, se había adoptado, para desembarcar pasajeros, un mé-

HACIA LA VIRGEN

todo del todo primitivo: los pasajeros eran llevados en pequeños botes, del lado del barco hasta lo más cerca-mente posible de la costa donde el oleaje lo permitiera y de allí eran conducidos en las espaldas de los boteros. Durante este último tránsito escenas irrisorias eran muy frecuentes. Estas podrían ser causadas por el estado de ánimo burlón de los boteros, quienes a menudo sentían muy pesada la carga o quizá por sentirse casi estrangulados por los brazos histéricos de alguna tímida señora, pretendían perder el balance y ambos, cargada y cargador, caían en las límpidas aguas.

Actos de esta naturaleza causaban gran regocijo entre los curiosos y nada acontecía al desdichado pasajero más que una buena remojada en las tibias aguas del mar.

En tierra, casas de campaña y chinamos habían sido erigidos para la conveniencia de las vendedoras de comidas y de aguardiente al fresco, manejados por muchachas de ojos atractivos y fascinadora sonrisa que al servir por una módica suma, a los ávidos mineros, ayudaban mucho a expender las viandas que sabían deliciosas después de la dieta monótona del barco —y para aquellas personas de hábitos más refinados, los hoteles del pueblo ofrecían desayuno tan elaborado y variado como uno lo deseara.

En la mesa de uno de estos Hoteles, con un nombre altisonante y proveyendo, como lo anunciaba, "todo lo que el país tenía", encontré además de los huevos cocidos y la gallina tiesa de costumbre, a un grupo de oficiales del ejército, bien uniformados, a quienes fué introducido por el contador del barco. Cuando éstos supieron que yo hablaba su idioma y que estaba además muy interesado en la causa popular porque se luchaba, se mostraron muy comunicativos con respecto al estado actual de la guerra, cuyo relato se hacía más ameno dado esa encantadora cultura que es característica a los Hispano-Americanos bien educados:

RESOLUCION DE QUEDARSE

La facilidad con que había decidido salir de California parece ser increíble. Sin embargo no causará sorpresa si digo que en este mismo instante decidí quedarme y unir mis destinos a esos luchadores de la Democracia, en el esfuerzo de establecer, por medio de la espada, la voluntad del pueblo que había sido expresada por el voto popular.

Muy poco tiempo fue necesario para convertir mi decisión en realidad, porque los pasajeros después de unas pocas horas en San Juan, montaron caballos y mulas y principiaron la jornada de 12 millas por el camino del tránsito hacia la bahía de la Virgen. El equipaje ya había sido despachado a ese punto. Desseaba despedirme de mis compatriotas y compañeros de viaje y así monté en mi caballo y los acompañé hasta la Virgen donde pensaba reclamar mi equipaje y regresar a San Juan.

Se me había dicho que aquí (en San Juan) se podía recoger un número de europeos y americanos que podían ser inducidos con el halago de buena paga y aventura, a engancharse en el ejército democrático en Granada.

La mayor parte del viaje hacia la bahía de la Virgen fue por el hermoso camino macadamizado construido por la nueva Compañía del Tránsito, a través de florestas tropicales.

Mientras acompañaba a la turba bulliciosa de pasajeros; (vueltos más bulliciosos a causa de las incontrolladas libaciones de aguardiente que había hecho en San Juan o por verse libres ya de la vida restringida que imponía los angostos límites del barco) me extasiaba observando la sublime belleza y tranquilidad de la arboleda cubierta de encantadoras plantas parásitas y trepadoras que graciosamente se mecían con la suave brisa a cada lado del camino, los brillantes rayos del sol, que como dardos traspasaban el follaje, proyectando sombras de dibujos arabescos a mis alrededores.

Me prometí que a mi regreso a San Juan tomaría más tiempo para gozar de esta abrumadora belleza. En la Virgen se reanudó la algazara y borrachera —obsequié el balance de mi boleto de primera clase a un viejo amigo mío Mr. George Gibbs.

George, de Fulton, Missouri quizá esté vivo todavía y recuerde este incidente y no sentí ni pizca de pesar cuando vi al barco alejarse del muelle a la media noche, cargado de mis turbulentos compañeros de viaje.

La fatiga de un día de tan diversas como arduas experiencias pronto disiparon la leve sensación de soledad que me acompañó en el duro camastro del escaúldo Hotel.

Ningún cansancio, sin embargo, podría aguantar el ataque combinado de millones de pulgas que infestaban el camastro y después de una noche sin reposo, me levanté con los primeros destellos del alba y por la calle silenciosa y desierta me dirigí a la costa del Lago. Mi propósito era buscar alivio de los daños infringidos por las atormentadoras pulgas tomando un baño en las límpidas aguas del Lago.

EN EL LAGO

El placer y alivio que había esperado conseguir con el baño se frustró cuando después de mi primera zambullida, observé que se acercaba un pez tan grande como repulsivo. Pregunté a una mujer color de caoba que estaba llenando su tinaja cerca de allí qué clase de peces eran esos: "Son tiburones" me contestó, "y si Ud. no se sale pronto se lo comerán". No perdí ni un segundo en obedecer a la mujer y supe después que esos tiburones venían del Atlántico al Lago por el Río San Juan. Nunca se me había ocurrido encontrar tiburones en agua dulce.

Listo para regresar al Hotel no pude menos que hacer una pausa para contemplar el brillo esplendoroso de un naciente sol tropical; allá lejos en lo que pareciera ser la otra ribera del Lago de Nicaragua un endentado surco de picos de volcanes extintos destacaban su silueta en el brillante cielo y la glamorosa luz del sol en raudales de oro se volcaba por entre ellos a inundar el panorama más cercano.

El grandor de esos volcanes gigantescos, y su poder de proyección sobre la visión era majestuoso. Hacían que objetos muy distantes se vieran como si

estuvieran cerca. Del centro de las tranquilas aguas del Lago en primer término, surgía altivo como un cono perfecto el extinto volcán Ometepe. Sus laderas y su base desde el agua lo arrullaban en un exuberante follaje tropical; su pico desnudo parecía desafiar al cielo. Ningún movimiento excepto el chisporroteo de los rayos del sol sobre las diminutas olas del tranquilo Lago alteraban la imponente solemnidad del paisaje. Este efecto, en la clara atmósfera, de esa agrupación de montañas, no había yo visto otro igual en ninguna parte con excepción de las cordilleras nevadas de Suiza y éstas —aunque no menos grandes que las de Nicaragua, son de un tipo enteramente distinto, son rodeadas de una atmósfera diferente y dotadas de diferente vegetación. Dí las espaldas a tan maravilloso panorama con pesar, para entrar una vez más en los regateos de la vida con sus agitaciones y desengaños.

PERDIDA DE EQUIPAJE

Al presentar el cheque de mi equipaje en la oficina de la Compañía, fuí informado que a consecuencia de la borrachera general de los pasajeros, muchos de los cuales no estaban en condiciones de ver sus efectos personales, se había creído prudente enviar todos los equipajes al vapor del Atlántico. No había telégrafo en esos días y por consiguiente me fue imposible reclamar el mío en este lado de la oficina de la Compañía de New York. Este fue un golpe muy severo para mí, pues sólo me quedaban unos pocos centavos en el bolsillo los dólares que poseía, más unos valiosos especímenes de oro y mi ropa iban en mi baúl. No había nada que yo pudiera hacer y como blasfemar no me ayudaría, salí de la oficina y nunca supe qué se hizo mi equipaje. La embriaguez nunca ha sido pecado mío, pero tuve que sufrir por el pecado de otros y confiar en lo que Mr. Emerson designara como "la ley de compensación en asuntos humanos".

Después de pagar mi cuenta en el Hotel comprar algunas frutas y comida cocinada en el mercado que aliñé en un atadito y habiéndome cerciorado de que mi pistola iba en buenas condiciones eché mi chamara al hombro y paso a paso volví a recorrer el montañoso camino a San Juan por donde el día anterior había venido. Cuando creí haber caminado lo suficiente para gozar de perfecta soledad me senté bajo la sombra de una ceiba gigantesca a la orilla de un riachuelo en la quietud de la floresta y tomé mi desayuno; ni siquiera me atormentaba el pensamiento de carecer de recursos monetarios.

Tenía más de los 25 centísimos tradicionales, con que los hombres que se han formado solos, han fundado su fortuna. La salud, esa confianza de la juventud que no me había fallado antes en situaciones más apuradas, y una disposición filosófica fue suficiente para descuidar de todo.

El soñador de tendencias panteístas tiene, en verdad, cierta afinidad y solaz con la naturaleza; aquí en la suave penumbra, de estas encantadoras selvas el alma parece nutrirse de la presencia de un embrujo misterioso conectado por cuerdas afines al organismo humano. La ciencia en vano se ha esforzado por analizar todo esto y en vano también aconseja ignorarlo.

En estos momentos parece que se capta un remoto pasado de nuestro ser, es como si la sensación de la humano y del trajín de la vida diaria quedaran en otro plano, las potencialidades de la existencia parecen expeler el sinnúmero de preocupaciones de la vida y nos encontramos en presencia de esa misteriosa "Nirvana" fuente del pasado y del descanso final.

En tales divagaciones, a tono con mi modo de pensar desde muy joven aunque tristemente fuera del ritmo del espíritu de ese tiempo, pasé muchas horas en estas tranquilas soledades hasta que los inclinados rayos del sol me hicieron ver que el día ya avanzaba y que mi jornada estaba aún entera. Como había decidido dormir en la montaña con el fin de llegar a San Juan y pasar el retén militar de día y no de noche, proseguí mi camino sin prisa alguna.

EN EL CAMINO DEL TRANSITO

No encontré un solo ser humano, pero no por esto dejé de gozar de una compañía de lo más animada. Mis pasos eran casi inaudibles y como la fauna de esta vasta floresta tropical era rara vez molestada por los nativos, encontré los árboles llenos de lapas de bellísimos colores, loros, periquitos y muchos otros pájaros cuyos nombres nunca supe. Alborotados y alegres volando de aquí para allá con su modo de cantar, hacían una bulla ensordecedora; cruzándose por el camino o escarbando raíces a los lados, observé muchas clases de animales que sólo había visto en los parques zoológicos: armadillos, hormigueros, guatusas, chanchos de monte y otros, trajinaban la selva en busca de sustento, y mientras los monos parecían brotar de la tierra y llenar las copas de los árboles en cada uno de mis pasos. Solamente los monos pareciera que advertían mi presencia chasqueando e intentando amedrentarme con gestos agresivos que se convertían en pánico cada vez que yo hacía algún ademán amenazador.

Cuando el sol se hundía tras las copas de los árboles me encontré yo cruzando un puentecito rústico sobre un riachuelo muy transparente, en cuya margen estaba aun los restos de una casa provisional, quizás de cortadores de madera, a sus contornos todos los árboles habían sido derribados probablemente para construir el puente y la casa misma, ésta aunque carecía de techumbre y puertas no podía ser despreciada por quien estaba al campo abierto; las cuatro paredes me protegerían del ataque de una fiera, y además había un cocinero y un tapesco donde tendí un cuero que aún estaba allí y así tuve fuego, luz y una cama. Muy pronto recogí suficiente leña seca y tapé como pude la puerta de entrada y como a causa del trabajo y mi caminata de ocho millas me había fatigado un tanto, decidí antes de saltar la tapia bañarme en una poza clara cerca del puente.

Mientras me ocupaba de arreglar mi nueva mansión noté que mis labores estaban siendo vigiladas por un número siempre creciente de monos. Al tirar mi ropa sobre la ribera teniendo la precaución (no por necesidad sino por costumbre) de colocar mi revólver en el hueco de un árbol que se inclinaba sobre la poza. Notaba ciertas intenciones agresivas de parte de los monos que parecían ir en crescendo y cuyo número podía ser formidable: pareciera que al despojarme de

cada prenda de mi vestido la agresión crecía y sólo había estado en el agua unos pocos momentos cuando uno de estos monos, atrevidamente, seguido de sus camaradas, chasqueando, gritando, chillando y haciendo piruetas avanzó y tomando parte de mis vestidos no perdió tiempo en huir hacia la rama del árbol más cercano. Esto, en verdad me despojaba, como al Sansón de antaño de mi única fuerza que poseía, porque, *in puris naturalibus*, yo hubiera sido tomado por algún descarriado e insignificante *Dryopitcus* de la edad Miocena carente de toda consanguinidad con la raza humana. La situación era crítica; tomé mi revólver y apuntando al ladrón en la rama del árbol, hice fuego y vi con satisfacción mis pantalones caer al suelo mientras el mono herido, chillando de dolor y de rabia, se desesperaba por huir de mi presencia. Gracias a su hombro quebrado recuperé yo mi ropa con la que, con gran satisfacción me atavié volviendo en mí la confianza y la tranquilidad. Toda la patrulla de monos huyó al oír el tiro de mi revólver y las lamentaciones subsiguientes del herido cuyas grotescas amenazas sólo me causaban risa pero me movieron a piedad. Yo creo que fue quizá la duda de que ambos el mono y yo fuéramos humanos la que me indujo que lo dejara alejarse sin más molestia de mi parte, aunque en ese tiempo aun no había leído a Darwin.

En estas latitudes tropicales la noche sucede al día con mucha rapidez. Las estrellas brillaron refulgentes en mi casa sin techo, y por largo tiempo a la luz de mi fogata permanecí sentado leyendo las páginas fascinadoras del Conde de Montecristo, todo lo que me había quedado de mi equipaje.

Dominado por el cansancio dormía profundamente cuando comenzó un concierto de chillidos y aullidos y cantos de aves nocturnas que celebraban la salida de la luna o quizá que protestaban por el fuego de mi lumbre.

El más bullicioso y quizá el más peligroso era el "Mono colorado" una especie de mono extremadamente feroz, que habita estas montañas. Me levanté aticé y eché más leña a la fogata, entonces confiando en las paredes de mi casa y en el miedo de los animales al fuego, prontamente cedí a la fatiga y dormí hasta que los rayos del sol lograron despertarme.

El resto de mi provisión, que había alistado al salir, me fue suficiente para un buen desayuno y con mis fuerzas renovadas y grandes esperanzas, continué mi viaje. Una hora de caminata me llevó al puente que cruza un pequeño río una milla antes de llegar a San Juan. Aquí en mi viaje a la Virgen había visto las lavanderas de San Juan medio desnudas en grupos pintorescos, fumando sus cigarrillos y charlando con los pasajeros mientras descansaban de sus labores. Aquí también donde la montaña había sido arralada permitiendo que los rayos del sol penetraran hasta el suelo, las plantas en flor eran más variadas y abundantes. Plantas trepadoras se entrelazaban por doquiera tejendo de rama a rama dechados de rara apariencia formando un canapé florido bajo el cual corrían plateando las aguas del riachuelo. Flores y hojas parecían revestirlo todo excepto las plateadas y bulliciosas aguas que corrían sobre su lecho pedregoso.

Conspicuas entre el verde follaje era la flor azul de la planta del indigo y la multicolorada convulva.

Desde una pequeña loma vi a lo lejos el pueblo de San Juan y la inmensidad del Océano Pacífico que a lo largo de sus costas, hasta donde podían los ojos alcanzar lo ceñían el ropaje verde oscuro de la floresta tropical. Unas preguntas ligeras del guardia del retén fue suficiente para que yo pasara al pueblo donde me hospedé inmediatamente en el mejor Hotel y empecé mi trabajo de reclutar entre los residentes extranjeros los hombres suficientes para formar una compañía al servicio del *Ejército Democrático*.

EL MAYOR DORSE

Muy pronto, sin embargo, me dí cuenta de que yo no estaba solo en esa labor que era nueva para mí. Un tal *Mayor Dorse*, oriundo de Texas y que creo que había estado en el ejército americano, estaba elocuentemente exponiendo las ventajas de que se gozarían uniéndose al partido que tenía los sellos y la posición oficial en su poder y que además tenía el poderoso respaldo de la iglesia y lo que tenía mucha fuerza ante las simpatías de los alemanes, italianos y franceses: que tenía las rentas del Estado a su disposición.

Después que los pasajeros habían salido de la bahía de la Virgen, las fuerzas democráticas acantonadas en San Juan habían sido retiradas permitiendo así el espectáculo único de reclutar en el mismo pueblo para las dos facciones.

Encontré una formidable ayuda en Don Agustín: un caballero bien educado y adinerado, procedente de Ohio; cuyo entusiasmo por la causa del pueblo lo llevó hasta costear todo lo necesario para organizar una compañía para el ejército Democrático.

El Mayor Dorse era un soldado valiente pero sin escrúpulos, muy hábil en el uso del rifle y famoso como un artillero.

Yo podía ser tan bueno como él en el uso del rifle pero carecía del *don* de mentir, pues en él, esta facultad era un don que iba acompañado de todo el buen gusto que lo hiciera más atractivo. Logré reclutar todos aquellos cuyas nacionalidades mis hombres designaban como extranjeros, es decir todos, menos los ingleses y americanos que eran los que yo tenía. Aunque los hombres de Dorse eran casi el doble de los míos, éstos me rogaban que permitiera comenzar la campaña acabando con lo que ellos llamaban "the bloody foreigners". Yo creo que fue Mr. M. Taine quien dijo que un inglés siempre considera su hogar el lugar donde vive y el resto de la gente como extranjero. Fue necesario que yo usara todo mi poder de persuasión para hacer entender a esta plebe, la diferencia que hay entre guerra legal y asesinato a sangre fría.

Estando más o menos comprometido en la narración de esta guerra de facciones haré lo posible, en el capítulo siguiente, por dar una idea de lo que la motivaba y cuyos motivos el Cabecilla del pueblo estimó de suficiente importancia para justificar la revolución inaugurada por él. En cuanto a mí no tengo ninguna justificación que ofrecer, puesto que los días de los Andantes Caballeros, han pasado ya y aun el ardor juvenil no es tan extravagante como en otros tiempos.

Las causas que llevaron a un conflicto armado,

para arreglar las diferencias existentes entre los dos partidos políticos de Nicaragua en el año 1854 fueron las mismas que aquellas que inspiraban todos los "pronunciamientos" que con tanta frecuencia disturbaban la tranquilidad de los gobiernos Hispanoamericanos.

CHAMORRO Y CASTELLON

Los descendientes de hidalgos que en tiempos mejores conquistaron las fértiles provincias del Nuevo Mundo y las gobernaron en el nombre de la Santa Madre Iglesia, para el beneficio de ellos mismos y de la corona española, quedaron destituidos cuando las colonias se independizaron, a causa de que, en la forma representativa de gobierno, el poder se adquiere por medio del voto popular y no por el favor de un soberano arbitrario. De esto resultaba, a menudo, la elevación a cargos de hombres que, para congraciarse con las masas populares, necesariamente infringían en las autoestablecidas prerrogativas de dichos hidalgos y de la iglesia. Estos hidalgos acostumbrados a considerar los cargos públicos como una propiedad de su alcurnia y la iglesia siempre aliada con los que se mantenían menoscavando las rentas públicas veían con malos ojos y desaprobaban el nuevo orden de cosas. Viejas establecidas costumbres, eran a menudo abolidas, leyes se promulgaban con el fin de mejorar la condición del pueblo: esto es libertarlos de los cargados impuestos en beneficio de los señores de la jerarquía. Estas medidas siempre vistas de mal modo por las clases ya referidas, fueron en esta ocasión opuestas con anticipación por el Presidente Chamorro, quien ha tenido el respaldo del clero y el que estaba en posesión de los archivos y demás pertenencias del gobierno, más la jefatura del ejército, hizo apresar al presidente electo Dn. Francisco Castellón y sus más destacados seguidores arrojándolos fuera del país por la frontera de Honduras. El hecho fue justificado por un decreto de expulsión conseguido sin dificultad por el partido en el poder, quien bajo el pretexto de *necesidades militares* podía manipular la Constitución a su antojo.

Castellón encontró apoyo y simpatía en el presidente democrático de Honduras y pudo fácilmente obtener de él hombres y dinero para una invasión. Pero prefiriendo atenerse a su propia gente y a la justicia de su causa; valientemente retornó con sus amigos a su ciudad nativa de León donde recibió una espléndida ovación y fue inmediatamente instalado por las autoridades de los departamentos occidentales como Presidente de la República.

REVOLUCION DE 1854

Conociendo, por la actitud del partido de la iglesia, que sólo un camino le quedaba; no perdió tiempo en organizar un poderoso ejército de voluntarios a cuyo mando puso al valiente General don Máximo Jerez, el mismo que, años más tarde y hasta su muerte, representó a Nicaragua en Washington.

Jerez chocó con el enemigo en Managua, la ciudad capital, y en una serie de combates lo derrotó empujándolo a Granada. A esta ciudad, Chamorro, habiendo ya reconcentrado los archivos del gobierno y

los arsenales de guerra, fortificó la plaza y reconcentró todos los botes y lanchas que zurcaban el Lago; con esta última medida le era fácil controlar las ricas tierras ganaderas del distrito de Chontales en las playas opuestas, asegurando así su aprovisionamiento, que de otro modo le hubiera sido imposible con el enemigo enfrente. Su situación, fuera de la ventaja ya apuntada, era magnífica: la barrera del lago prevenía la deserción de sus tropas, la mayoría de las cuales eran reclutadas a la fuerza mientras que los Democráticos, al seguirlo a él en su fuga se alejaban cada vez más de su cuartel general, León, de donde recibían todo su aprovisionamiento y refuerzos. El estaba, allí mucho mejor situado y preparado para la contienda, que si se hubiera quedado al campo abierto.

Los Democráticos poseídos de ardor e inspirados por la justicia de la causa que era una abierta resistencia, a la opresión, estrechaba a su, enemigos, quienes en consecuencia de sus pretensiones de tener derechos divinos para gobernar, se habían apodado "Legitimistas" y hubieran decidido la contienda en Granada asaltando y rompiendo las fortificaciones de la plaza; pero Jerez, tan sabio como valiente, estimó que el intento sería inútil.

Sus tropas estaban agotadas, él en persona, temporalmente incapacitado por una herida grave y era manifiesto que el enemigo estaba bien preparado y bien reforzado para esa emergencia.

HACIA RIVAS

Los Democráticos, por lo tanto, en su lado, levantaron barricadas y claraboyaron las mismísimas paredes y casas que servían de barrera a sus enemigos. Y en esta íntima yuxtaposición se preparaban para otros conflictos.

En este estado estaba la situación de los ejércitos contendientes cuando yo llegué a Jalteva a unir mi fortuna a la Democracia, el partido del pueblo.

Fue un descanso para mí, como lo fue, estoy seguro, para el Mayor Dorse cuando pudo, por fin, retirar su gente de la influencia de los estancos de San Juan y del riesgo de un choque con los hombres de mi partido. Al siguiente día de su partida nosotros comenzamos nuestra marcha a Granada, con intenciones de ir primero al pueblo de Rivas distante sólo quince o veinte millas de San Juan, siendo la capital del departamento meridional del Estado y ocupado a la sazón por los democráticos.

Se nos había instruido visitar al Gobernador del pueblo, don Justo Lugo, quien nos había de proveer de armas y municiones conque protegernos al cruzar la zona peligrosa entre Rivas y Granada.

La marcha del primer día no estuvo del todo, a la altura de las reglas militares para la ejecución de una marcha a través de terreno enemigo.

Primero los hombres, por unanimidad absoluta, adoptaron la moción de que una visita al expendio de guaro era una necesidad primordial a un buen principio, y aunque sus libaciones de despedida no dieran ímpetu a su marcha de frente causó una marcada divergencia de lo que podría llamarse línea recta que no estuvo ni parcialmente correcta hasta que dejamos atrás el último estanco del pueblo.

Don Agustín estaba sumamente escandalizado de ver el comportamiento de hombres embarcados en una causa tan sagrada como la nuestra. Yo pude, sin embargo, excusarlos ante él prometiéndole mejor comportamiento tan pronto como tuviéramos competente autoridad para imponérselo.

Don Agustín y yo habíamos de común acuerdo, convenido que él fuese el jefe nominal de la patrulla actuando yo como su teniente; esto no era más que una cortesía y reconocimiento a su liberalidad pues él había desembolsado todo el dinero necesario para nuestros gastos. Pero era evidente que cualquier acto de autoridad, que en el futuro hubiera de ejercitarse para gobernar esta turba indisciplinada habría de caer sobre mis hombros. No era porque yo tuviera más experiencia en el ejercicio, del mando, sino porque yo podía adaptarme mejor a cualquier emergencia que seguramente surgiría. Muchos años de experimentar aventuras en las Montañas Rocosas y en los yacimientos de oro de California me habían adiestrado en las exigencias de una vida en que alerta vigilancia y acción rápida eran la única garantía de seguridad. Yo por lo tanto, sin esfuerzos ni petulancias de autoridad, dirigía cuando se hacía necesario dejando a don Agustín el honor de encabezar la cabalgata cuando sólo se trataba de ofrecer un espectáculo.

La autoridad era muy necesaria en esta marcha. Será obvio al lector que haya alguna vez presenciado la marcha a caballo de marineros después de una juerga.

RECIBIMIENTO

Cuando llegamos a los alrededores de Rivas en la mañana del día siguiente, mi gente presentaba una apariencia más ordenada, marchamos hacia el Cabildo haciendo esfuerzo por ir en orden escoltado por una tropa de lanceros suntuosamente ataviados que había salido a recibirnos para honrar nuestra entrada. Gran muchedumbre se había aglomerado en la plaza frente a la residencia del gobernador porque la noticia de la adquisición de un cuerpo de valientes "Rifleros Americanos" para la causa del pueblo, no había sido permitido que pasara desapercibido.

Para mí fue satisfactorio dejar que don Agustín fuera el héroe de la ocasión, porque a decir verdad, yo sentía cierta vergüenza por la apariencia de mis reclutas, aunque estaba seguro de mi eficiencia cuando la ocasión lo requiriera.

La ocasión, sin embargo, no requeriría muchas solemnidades ni muchos exhortos, pues esta revolución no era más que un supremo esfuerzo de un pueblo oprimido para romper las cadenas de las autoridades que por tanto tiempo habían restringido sus justos derechos y el interés y exultación que manifestaban por la adición a su causa de los extraños de ultramar, nos daba más ímpetu.

El Gobernador, acompañado de una comitiva, nos dio la bienvenida en español diciendo que su asistente con más inteligencia que él nos rendiría las gracias y dio la palabra a un individuo que tenía a su lado cuya conspicua apariencia ya había sido notada y ridiculizada por los americanos quienes lo habían bautizado

con el apodo de "Napoleón" por su traje que exhibía gran analogía con el del Petit Caporal.

Este individuo, (que dicho sea de paso, retuvo ese apodo durante todo el tiempo que estuvo al servicio de los americanos mientras estos estuvieron en Nicaragua) con mucha seriedad dió un paso al frente, sus espuelas y una enorme espada que ceñía haciéndole más ruido que una pandereta, hizo una profunda reverencia y en un perfecto inglés nos dió la bienvenida. La sustancia del discurso sin embargo fue puramente en estilo español llena de frases grandilocuentes entre las cuales recuerdo que aseguró que nosotros éramos "merecedores de ser aceptados como víctimas de la causa de la libertad de Nicaragua" y que "nuestra marcial y heroica apariencia indicaba que estábamos impacientes por sacrificarnos por esa sagrada causa" etc., etc. Don Agustín aceptó la bienvenida y elogios, yo sentía como que toda esta aparatosa pantomima no era más que una burla sin gracia especialmente en lo que se refería a nuestra marcial apariencia.

La conclusión de los discursos fue como una señal para que se desataran unos horribles repiques de campanas en todo el pueblo y la ejecución simultánea de dos o tres bandas que es necesario acostumbrarse a ellas para poderlas resistir. Yo supuse que todas estas demostraciones estaban dentro del marco de la buena usanza pero se me hacía difícil entenderlo aunque ya empezaba a creer que de verdad estaba haciendo algo meritorio. El verdadero significado de estas extravagantes demostraciones tenían según supe después, un fin práctico: la intención era reforzar el ánimo de los débiles con la idea de nuestras fuerzas e intimidar a los contrarios.

Por encima de todo esto nuestra recepción fue amable, y después de habérsenos proveído de las armas que la ciudad nos podía dar y de la autorización del gobierno para usarlas, si fuera necesario, en defensa propia mientras atravesáramos la montaña entre Granada y Rivas, partimos al amanecer del segundo día entre los vivas del populacho.

HACIA GRANADA

Fue poco lo que anduvimos por las calles bordeadas de majestuosos cardones quizá de más de cien años de edad tras los cuales se veían las pacíficas y pintorescas casitas.

Se me hacía difícil comprender mientras cruzaba por estos lugares tan tranquilos que mi misión fuera de lucha y de sangre.

Cuando salimos al campo abierto, sólo se veían ricas haciendas, grandes rebaños de ganado. Era todavía el principio de la guerra y las propiedades cerca de Rivas no habían sido destruidas; más tarde tuve el dolor de contemplar estas mismas propiedades en completa desolación y ruina.

Pernoctamos por la noche en un pueblo cerca de las casetas del Lago de Nicaragua y como estos campos eran ocupadas por ambas facciones para empotrerrar animales el aspecto era distinto; las casas incendiadas, las paredes negras, los campos desvataados eran evidencias de la destructividad de la guerra y del odio partidista. Los habitantes del pueblo se mostraban reservados, tenían mucho cuidado en no

expresar ni entusiasmo ni hostilidad hacia nosotros, la experiencia les había enseñado que en la situación desamparada en que vivían era mejor guardar prudencia para no dar a ningún partido pretextos para represalias.

En nuestro siguiente día de marcha encontramos mayores evidencias de la desolación infringida por la guerra civil.

No había señales de vida en los vastos campos desolados y sólo ruinas de las que fueron casas de haciendas. Cerca del medio día el seco y huminoso estampido del cañón, cruzando la desolada llanura llegó hasta nuestros oídos lo que nos indicó que nos estábamos acercando a Granada.

Temprano por la tarde las torres de las iglesias y los edificios más altos estuvieron a nuestra vista y al subir una pequeña loma el Lago de Nicaragua y su orilla apuesta apareció ante nosotros y poco a poco se iban destacando el rojo oscuro de los tejados y las paredes blancas que reflejaban los rayos del declinante sol.

Después que salimos de Rivas y cuando se hizo necesario adoptar medidas de precaución contra una posible emboscada, yo me había hecho cargo de la gente y había destacado avanzadas para evitar una sorpresa. Uno de éstos retrocedió hacia mí que iba a la cabeza de la columna a informarme que se acercaba una pequeña tropa de lanceros con divisa roja en sus lanzas. Aunque ese color era el de la Democracia que cada uno de nosotros llevábamos en nuestros sombreros y en forma de rosetas en nuestras chaquetas (la divisa del enemigo era blanca) me pareció prudente tomar las precauciones necesarias para recibir a éstos que se acercaban como amigos, o como enemigos, y así ordené a todos que desmontaran y dejando a nuestros caballos con una pequeña guardia tomamos una posición ventajosa y esperamos apostados con los rifles cargados, que se acercara la desconocida columna. Tan pronto como se acercaron lo suficiente me dirigí al centro del camino y les ordené que se detuvieran: Se detuvieron y el Teniente que comandaba avanzó hacia mí y saludándome cortésmente me informó en español, que el General Jerez había sido informado desde Rivas de nuestra llegada y que lo había destacado a él para que nos condujera a sus reductos. El guía que don Justo nos había dado en Rivas, identificó al Teniente, como uno de nuestro partido, y así inmediatamente continuamos nuestra marcha bajo la custodia de su tropa. Mientras nos acercábamos más a la ciudad, el aspecto pacífico que al principio presentaba cambió del todo cuando pudimos distinguir las bocas de los cañones atrincherados con sacos de arena en lo alto de las dos torres de la iglesia de la Plaza, además la ciudad se veía bien dotada de cañones de gran calibre.

El Teniente me informó que con motivo de que el enemigo había sido reforzado el día anterior por un cuerpo extranjero de rifleros y de artilleros, quienes ya habían mostrado su competencia, especialmente el artillero, cuyos cañones nos señaló en la torres de una iglesia podíamos esperar cierta atención del enemigo cuando subiéramos a una pequeña eminencia del camino en cuyo lugar era conveniente acelerar la marcha.

Yo, por supuesto, estuve de acuerdo, pero no creí

que fuera necesario traducir la información a nuestros reclutas y a don Agustín que ahora que el Teniente nos escoltaba se había puesto a la cabeza del pelotón.

ZONA DE PELIGRO

Tan pronto como escalamos el lugar más alto del camino el Teniente se separó de mí y corriendo a la cabeza de sus lanceros se puso a salvo rápidamente. Yo repetí en inglés la orden que él había dado a sus hombres, esto es, galopar, y pronto, quedándome a la cola de la columna.

La mayoría de los hombres cruzaron la loma y se ampararon tras unos árboles pero cuando los últimos estaban todavía en la zona peligrosa observé que salía humo blanco de la torre de la plaza y como dos segundos después una bala redonda chocaba contra el tejado de una casita cercana a nosotros, pasó por encima de nuestras cabezas y rasgó la tierra un poco más adelante sin causar daños personales; otra bala acertó a caer en el mismo camino que acabábamos de pasar pero ya nos habíamos puesto a salvo habiendo sufrido sólo una lluvia de tierra y tejas diseminadas.

Este incidente fue lo que mis hombres tomaron por una excelente broma, iniciación en nuestra nueva profesión.

Yo no pude comprender por qué el Teniente sabedor de que las baterías de las torres de la iglesia estaban emplazadas apuntando a ese lugar, no hizo un pequeño desvío para evitar el peligro.

Quizá los nativos de la escolta esperaban ver alguna timidez de nuestra parte la que pudo haber sido excusable entre hombres que nunca habían oído el silbido de una bala. Si de esto se trataba sus esperanzas fueron frustradas.

Mientras pasaban por los retenes me fue grato observar la prontitud en el cambio de centinela y la estricta observancia militar en esa clase de precauciones tan necesarias para la seguridad de un cuerpo militar bien organizado.

ALEGRE RECEPCION

Nuestra recepción en el Comando fue imponente, y con mucha alegría al ser conducidos a las barracas asignadas para nosotros, nos acompañaba una banda marcial y los furiosos repiques de las campanas de la iglesia. Todo esto tenía un doble fin; que era el darnos la bienvenida e infundir el terror en el corazón de los del otro lado de la línea. Nuestros hombres sin embargo, consideraron que ellos eran los héroes de la ocasión y para celebrarlo se apresuraron a emborracharse.

Don Agustín y yo nos ocupamos de equipar a nuestros hombres e instruirlos en el eficiente uso de sus armas. Como sólo eran veinte de ellos (el embrión de un ejército que nosotros esperábamos más grande), se les fue instruyendo en los más simples ejercicios.

Todos se hacían lenguas de la destreza del Mayor Dorse como artillero y también oí rumores igualmente exagerados de mi eficiencia en el uso del rifle.

Yo pensé que nuestra obligación principal, (de don Agustín y mía) entonces era conseguir condiciones favorables en lo concerniente a los hombres y a noso-

tros. De otro modo la eficiencia que por los servicios de nosotros se esperaba, podía ser desmentida por la sujeción a órdenes de otras oficiales cuyos grados fueron más altos que los nuestros.

Urgí por lo tanto, a don Agustín quien hablaba el español muy bien, a que efectuara arreglos ventajosos.

Su respuesta fue "que él había venido a servir por el honor de una buena causa" y que él estaba dispuesto a aceptar las mismas condiciones concedidas a los nativos.

Como yo estaba cansado de trabajar bajo las órdenes de un jefe tan poco práctico decliné acceder a su modo de pensar y varios de los hombres más francos le dijeron claramente que era él un tonto, que no estaba capacitado para la posición que tenía. Yo creo que él reconoció su incapacidad y me rogó que hiciera lo que yo creyera más conveniente dejándolo a él fuera de la organización.

AUDIENCIA CON JEREZ

Inmediatamente le pedí audiencia al General Jerez. Me recibió lo más bondadosamente. Estaba confinado a su cama a causa de una grave herida, recibida en la ocupación de Jalteva. Su cuartel general estaba en la Iglesia de Jalteva y su despacho en la sacristía del edificio. Se sentía un bárbarico esplendor en este sitio improvisado para el soldado. La sacristía, estando protegida de las balas de cañón del enemigo por el cuerpo de la iglesia, cuyo frontispicio era hacia la plaza, estaba atestada de cuadros e imágenes valiosas y vasos sagrados y lo que le daba un aire imponente de riqueza y esplendor, había allí grupos de oficiales ricamente uniformados. En un sofá estaba recostado el General en Jefe. Los que vieron al General Jerez en sus mejores años, recordarán su esplendor intelectual, si así lo pudiera expresar, que refulgía de su pálido semblante destacado por su pelo crespo, negro azabache. Me estrechó la mano muy cordialmente y con mucha cortesía me rindió las gracias por el interés manifestado por mí y mis amigos en la causa del pueblo. Cuando le enseñé la agenda que yo había preparado con los términos que yo consideraba de mutuo provecho por nuestros servicios, él rápidamente comprendió los detalles y con su lápiz aumentó la remuneración pecuniaria que yo había pedido.

Inmediatamente firmó el documento y otra vez expresando satisfacción, me rogó que me comunicara directamente con él en todo lo concerniente a nosotros. Me despedí muy impresionado del refinamiento y cortesía de esta gente, de quienes los americanos a menudo se imaginan que son todos deficientes tanto en gracia social, como en la marcha práctica de la civilización.

El contrato nos eximía de la obligación de hacer guardia fuera de nuestras propias barracas, de todo trabajo de policía o aseo, y no estábamos obligados a recibir órdenes más que del General en Jefe, por lo tanto nadie podía interferir con nosotros en buscar el lugar más apropiado para causar el mayor estrago, como riflero, en las líneas enemigas.

El pago de mis hombres era cinco veces más que el de un soldado nativo, el mío era el que recibe un Capitán efectivo, y como en realidad, mi nombre esta-

ba seguido del título descriptivo de "Capitán California", así me llamaron todo el tiempo que mis servicios duraron en Nicaragua, todos los nativos amigos o enemigos.

Caba informar aquí que don Agustín recibió hasta el último centavo de lo que había gastado en equiparnos y fue nombrado colaborador del Estado Mayor y en esta posición, sirvió hasta que se desilusionó del ideal de la libertad, renunció y salió del país.

SITUACION DE LOS PARTIDOS

La situación actual y relativa de los partidos contendientes al tiempo de mi llegada a Jalteva, no era difícil de apreciar. Extenuación a causa de los encuentros frecuentes hacían el descanso y recuperación imperativo. Ninguno de los partidos estaba en condiciones para continuar operaciones agresivas. La atención de ambos, por lo tanto, estaba en reforzar sus posiciones, cuidar de los heridos, de los cuales estaban llenos los hospitales y reponer sus diezmadas filas.

Barricadas fueron erigidas, las paredes fueron claraboyadas y como las calles que corrían paralelas a los beligerantes eran barridas con las baterías enemigas, fue necesario apelar a modos de menos riesgos para las comunicaciones entre las diferentes partes de los acantonamientos: Esto se efectuó horadando las gruesas paredes de adobe de las casas a un lado de cada una de las principales calles, haciendo los boquetes lo suficientemente grandes para que los soldados pudieran marchar a través. Así en línea recta de una cuadra hacia la otra teníamos pasaje bien encubierto y protegido por los tejados y las paredes, por lo menos de las balas pequeñas, pues a menudo una bala de cañón de 24 libras perforaba tejados y paredes esparciendo trozos de madera y de adobes en todas direcciones y por supuesto repartiendo mutilaciones y muerte.

JUEGOS DE RIFLEROS

El enemigo había adoptado el mismo sistema para protegerse, pero en cruzando las calles transversalmente a nuestra posición la trinchera baja y a menudo destruída por las balas de nuestros cañones no les daba la suficiente protección de las balas nuestras. Antes del arribo de Dorse y sus compañeros a la plaza y el nuestro a Jalteva, la pésima puntería de los nativos, no había sido una seria amenaza a los que cándidamente se ponían como blancos; pero nuestros rifleros efectuaron un cambio radical; la caída y contorsiones que era seguro después del disparo de nuestro rifle era evidencia de la certeza de nuestra puntería y aunque el juego era muerte de uno a otro cantón, para nosotros era una diversión.

Este era un juego al que tanto el Mayor Dorse y sus hombres podían jugar tan bien como nosotros y nuestras bajas quizá eran igual a las del enemigo.

Estaban tan cerca las trincheras de un partido a las del otro que aun la operación de sacar un rifle por la claraboya de una pared tenía que hacerse con mucha rapidez o inevitablemente sería visto y tirado por algún riflero del enemigo y este riflero tenía que ser muy listo para tirar hacia la claraboya para poder hacer

blanco en la persona del otro lado. De este modo tuvimos muchas bajas, mis mejores rifleros fueron acertados bajo el ojo por rifleros del lado opuesto.

Una mañana había yo hecho el recorrido de los lugares donde tenía mis rifleros estacionados, acompañado del Dr. Peck un médico de raza negra, oriundo de Pittsburg que actuaba como cirujano en el ejército Democrático.

El Dr. quiso acompañarme con el fin de ver los varios puestos de rifleros de nuestro ejército y mientras nos disponíamos a salir de los parapetos un ayudante del Coronel Olivas, que era el oficial del día, vino hacia mí y me informó que el Coronel deseaba que yo supiera que un pequeño número de enemigos había sido localizado cerca de donde nosotros estábamos, abriendo una claraboya en la pared al lado de ellos. Que tras ese hoyo habían emplazado un cañón de gran calibre. Sus intenciones eran quizás obtener accesibilidad para destruir algún punto importante de nuestro acantonamiento. El ayudante dijo que el Coronel deseaba que yo, si la oportunidad lo permitiera, los molestara con algunos de mis rifleros, hasta que más tarde pudieran ser debidamente atendidos por mayor número de fuerzas.

Nos fuimos tras el ayudante y pronto llegamos al punto donde los golpes de picos y de barras eran perfectamente audibles en la pared del lado opuesto de la calle, y como las paredes de nuestro lado estaba claraboyadas para rifles; con una rápida mirada pude percibir como a unos cien pies de distancia una patrulla de artilleros alineando un cañón de calibre para balas de 24 libras directamente sobre nuestras cabezas, o con seguridad hacia algún punto de nuestro acantonamiento detrás de nosotros.

Para mí la persona más conspicua en el grupo era el bien conocido Mayor Dorse, mi viejo asociado, dirigiendo y preparando el cañón para ser disparado. Su rifle descansaba cruzado sobre su brazo izquierdo. Yo experimenté un espasmo de pesar al ver que mis propias convicciones me imponían el deber de tirar a ese enemigo tan peligroso para el partido a que yo me había comprometido a defender. Sin evadir ni un solo instante mi deber puse el rifle en la claraboya. Los instantes de vida para el valiente Texano parecían ser muy pocos; Peck que estaba mirando por otra claraboya, ansioso, me rogó que le permitiera a él hacer el tiro; era un tiro muy fácil y yo me sentí satisfecho de evadirme, de ese modo, de una tarea que aunque era sumamente necesaria a mí me parecía ser un acto de cobardía.

Bajé de nuevo el gatillo del rifle diciéndole mientras me apartaba para que él tomara mi lugar, que estuviera seguro de tirar al hombre con el rifle en el brazo, además le dije que fuera rápido pues si veían el cañón del rifle proyectado fuera de la pared no nos escaparíamos. El Dr., sin embargo, no conocía muy bien el mecanismo del rifle y yo tuve que preparárselo de nuevo para el tiro y en el momento en que se lo pasaba me sentí arrojado al suelo con gran fuerza. Atontado, con los ojos y oídos llenos de tierra pero dándome perfecta cuenta de lo que había acontecido: La demora fatal de Peck había dado al enemigo ocasión para ver su rifle, y el artillero bajando su pieza envió el

cañonazo directo a la claraboya. La bola había hecho un enorme hueco y a través de la polvareda, boca abajo, pude ver a Dorse con su rifle apuntando hacia el hueco esperando que algo se moviera para disparar. No deseando ser su blanco, me mantuve inmóvil, agazapado contra la pared donde Peck estaba tendido todavía en los estertores de la muerte. La bola sólo le había hecho un refilón en la frente y quizá la concusión le produjo la muerte.

El ayudante y yo pudimos retirar su cuerpo de la apertura en que estaba y como un pelotón de nuestras tropas había arrimado, el combate se hizo general.

Entre los oficiales habían hombres de gran educación y refinamiento, generalmente soldados de experiencia y no de inclinación, porque en las cruentas guerras partidistas que con tanta frecuencia devastaban las repúblicas Hispano-Americanas, uno podía proteger con más seguridad su persona y sus haberes enlistándose en el ejército en vez de quedarse en su casa. Un neutral era generalmente considerado como una presa legítima para cada uno de los partidos en lucha.

EL CORONEL MARIANO MENDEZ

El ideal de un soldado de "la Democracia" era el Coronel Mariano Méndez, el pendón de cuya lanza había en los últimos treinta años, ondeado en las brisas de casi todas las batallas de su nativo México y de Centro América.

En la Edad Media él hubiera sido designado como un soldado de fortuna.

Su amor por la pelea, dado sus hábitos alocados y su condición indigente lo impelían a luchar cuando y donde hubiera una oportunidad.

Su gran pericia con la espada y la lanza combinaba a su astucia y valor que a menudo asegura el éxito en refriegas repugnantes a hombres más capacitados pero más escrupulosos. El era hijo de un caballero español y su madre fue una india; tenía apariencia hermosa tanto de cara como de formas aunque ambas estaban acibilladas a la cicatrices de muchas batallas. Su complexión y su pelo que ya empezaba a canear, revelaban su sangre de indio, mientras su altivez y gracia para montar y maravillosa habilidad para el uso de las armas, fue probablemente herencia de su sangre española. Era cruel y despiadado, su modo de guerrear era salvaje y nada de civilizado; su nombre era un terror para el enemigo, y aunque toda clase de desmanes eran permitidos en ambos bandos el General Jerez siempre encontraba difícil restringir a Méndez aun dentro de los límites de generosidad.

Este, algo así como formidable, personaje había concebido cierto afecto hacia mí, quizá por el hecho de ser eficiente en el uso del rifle, un arma de la cual él era completamente ignorante.

Yo, en verdad, admiraba a este desjuiciado y agraciado soldado cuyas atrocidades eran hasta entonces sólo cosas que oía decir. Unía a su inclinación de guerrero la agradable dote de trovador, con gran habilidad para improvisar, y frecuentemente me era grato acompañar al alegre soldado quien de continuo acostumbraba llevar serenatas a las damas que en sus horas

de asueto compartían la vida del cantor con sus padres y maridos.

La vida del acantonamiento, fuera de las numerosas bajas cotidianas; las que sumadas eran más serias de lo que podían ser el desastre de una recia batalla era monótona para aquellos que buscaban como distinguirse, o la excitación de un buen encuentro. Sin embargo, las frecuentes salidas por fuerzas destacadas, ya fuera con el fin de conseguir alimento o para contrarrestar la presión en nuestras líneas o presionar algún punto débil del enemigo ofrecían oportunidades para adquirir gloria o recibir una bala en la cabeza. De esta clase de actividades estaba yo encargado, y como el trabajo de mis hombres requería muy poca atención de mi parte yo a menudo voluntariamente ofrecía mis servicios para cualquier clase de expediciones.

Méndez, quien siempre reservaba para sí, las ocasiones en que gloria y ganancia se combinaran, me había invitado a que lo acompañara en un proyecto que tenía entre manos el cual requería fuerzas considerables y nos desligaría completamente del respaldo del resto de nuestro ejército; una acción, decía, en que los rifles podían ser de mucho servicio.

Yo gustoso prometí acompañarlo y que llevaría a todos los rifleros que quisieran seguirme. Resultó que todos se mostraron anuentes a ir. El General Jerez dio su aprobación aunque dudaba que hubiera armonía entre Méndez y yo, en cuanto al caudillaje de la expedición cuyo plan era la destrucción de los edificios y la captura de un rico almacén de cacao que se tenía noticias que estaba en la hacienda de don Frutos Chamorro el presidente de la facción opuesta.

EXPEDICION A QUISMAPA

La hacienda estaba situada más allá del fin de las líneas del enemigo y en la Costa del Lago y aunque guardaba gran cantidad de cacao, por el hecho de estar lejos de nuestras armas y por quedar muy cerca de la plaza de donde le podía llegar refuerzo en caso necesario no había sido bien custodiada.

De acuerdo con lo convenido, quince rifleros y yo nos reunimos con Méndez, a media noche, en el lugar llamado "La Pólvera". Méndez llevaba sesenta lanceros que también llevaban arcabuces terciadas por la espalda, ambos bandos íbamos bien montados puesto que teníamos que hacer un recorrido muy largo con el fin de acercarnos a la hacienda sin ser observados por los centinelas del enemigo.

Cuando estuvimos lo suficientemente cerca del punto de ataque, dejamos nuestros caballos con una pequeña guarnición y bajando a un arroyo que va a la orilla de la ciudad, con mucha cautela nos acercamos a la puerta de entrada de la hacienda, frente a una tranquera que conducía a Granada de donde podría venir refuerzos a la hacienda en caso necesario. Era evidente que los rifleros eran de necesidad para impedir la comunicación, por esta ruta entre la hacienda y la ciudad. El monte escondía perfectamente a los rifleros que llegábamos.

Para que nuestra puntería fuera efectiva, sin embargo, y mientras esperábamos tendidos en las hojas secas podíamos oír los pasos y los requerimientos del

centinela tanto de la ciudad como de la hacienda cuya luz era plenamente visible.

Las fuerzas de Méndez con la astucia y el silencio de un indio se acercó a la puerta de la hacienda y en los primeros destellos de la madrugada cayeron sobre el centinela de turno y así consiguieron entrar antes que el resto de las fuerzas, que eran en número igual que al de nosotros, le hicieron oposición.

El ataque a la hacienda rudamente alteró la quietud del alba, la bulla de la resfrega y el chòque de las armas fueron rápidamente seguidos de clarines en la plaza indicando que venían refuerzos. Esta era la señal de que nuestro turno a tomar parte en el combate se acercaba. Previendo la necesidad de sangre fría, precisión en la puntería y absoluto sigilo en cuanto al pequeño número de los nuestros, instruí a mis hombres en estos puntos y esperamos ensilencio o que el enemigo apareciera.

De pronto las tranqueras se abrieron y de dos en dos los soldados con divisa blanca y rifle en mano empezaron a entrar.

Decir que "todo es permitido en la guerra" equivale a decir que todo es igualmente permitido en un acto que no debiera ser permitido.

La guerra, que los novelistas y aun los historiadores hacen aparecer como atractiva, sin duda por la pompa y la panoplia, oscurece la razón por un momento a su inmitigado salvajismo. Pero para el actor en la lucha que pudiera ser capaz de analizar los motivos aparentes, no le es difícil estar de acuerdo con la filosofía que cree en el origen bestial del hombre.

Nosotros dirigimos un continuo fuego a quemarropa contra las filas del enemigo recargando y volviendo a tirar. La sorpresa del matoneo y la certeza de la puntería confundió al enemigo. No tenían modo de adivinar nuestro número pero los tiros y la mortandad que producían les hacía ver que estaban bajo el fuego de los mortíferos rifleros y se retiraron más allá de la tranquera dejando atrás sus muertos y heridos.

La sorpresa momentánea que nuestro inesperado fuego les había producido, fue seguido de un nutrido tiroteo que nos mandaba una lluvia de balas que nos hubiera exterminado si cada hombre no hubiera aceptado el refugio que les brindaban los troncos y las piedras.

Este furioso fuego atrajo una patrulla de los de Méndez a nuestra asistencia pero como el enemigo no intentaba asaltar nuestras posiciones el refuerzo no fue necesario. Un momento después el fuego aminoró, por lo que creí que algún método nuevo de atacar se quería poner en práctica.

Mientras tanto el fuego en la hacienda había cesado, y los soldados nos informaron que Méndez había ganado una victoria completa sobre el enemigo. Yo estaba seguro que nuestra posición era insostenible, cortados como estábamos por la distancia del grueso de nuestro ejército y metidos dentro de las líneas enemigas, determiné sacar mis hombres del peligro y replegarme a Méndez como una necesidad preparatoria para comenzar nuestra conjunta retirada, pues no era parte de nuestro plan intentar mantener la hacienda más del tiempo necesaria para llevar a cabo su destrucción, que era el solo objeto de la expedición.

Haciendo un pequeño simulacro de ataque a poca distancia, conseguí distraer la atención del enemigo lo suficiente para poder salir del arroyo y juntarme con Méndez en la hacienda.

VANDALISMO DE MENDEZ

La escena que presencié al entrar al patio de la hacienda era dramáticamente salvaje y comprendí que la situación requería mi intervención.

Todas las casas que rodeaban el patio estaban en llamas y el rico botín de cacao y otras mercancías, que junto con la destrucción de las casas había sido el objeto de la expedición estaban siendo amarradas en el lomo de mulas para llevarlas a nuestro acantonamiento para ser usadas por nuestro comisariato.

Hasta entonces, el instinto del viejo soldado había empujado a Méndez a llevar a cabo con toda celeridad este negocio que teníamos entre manos para él muy legítimo. En tales ocasiones los momentos son muy valiosos; las ventajas del enemigo, en cuanto a número y posición eran tan grandes que era necesario gran sagacidad y cálculo no sólo para escapar antes de que nos cortaran la retirada, sino para el éxito en general de toda la operación.

Satisfecho de que los asuntos iban en buen pie, Méndez dando rienda suelta a sus más bajos instintos, se gozaba en infringir todo el daño posible a aquellos que habían caído en sus manos.

Soldados muertos, tanto de divisa roja como de blanca, yacían esparcidos en el patio, evidentemente el lugar no se había entregado sin una lucha cruenta. Lo que más me llamó la atención fue un grupo de hombres bajo un árbol de mango en la esquina del patio. Conspicuo entre ellos estaba Méndez con un pañuelo rojo amarrado en la cabeza, sin camisa, empuñando su larga espada toledana cuya hoja chorreaba sangre.

Se ocupaba en dirigir a unos soldados que intentaban tirar un mecate a una rama del mango, la otra punta del cual la tenía un prisionero atado al cuello. Más allá se hacían los mismos preparativos para ahorcar a otro de los desventurados los cuales estaban arrodillados balbuciendo ruegos y piedad al Altísimo piedad que los humanos le negaban.

El deber de Méndez que lo urgía a salir cuanto antes de aquella peligrosa posición estaba evidentemente, en conflicto con sus deseos de venganza y odio para sus enemigos.

Apuraba a sus hombres y les ordenaba más y más prisa, no sin razón pues las balas del enemigo nos llovían de todas partes de tal modo que yo calculaba que esta vez las fuerzas eran considerables.

INCIDENTE CON MENDEZ

Como ser capturado, en esta guerra, tenía el significado más terrible, nos fue forzoso romper el cordón que con presteza nos venía acorralando. Todo mi instinto de humanidad y mi hombría se reveló contra este modo de proceder con indefensos prisioneros, y como mis hombres cerca de mí y los de Méndez estaban todos desperdigados determiné efectuar por un golpe de mano lo que no se podía, por falta de tiempo ni de oportunidad por medio menos arbitrarios. Dí mi

orden y los americanos llegándose a los prisioneros soltaron los mecates de su cuello y se quedaron custodiándolos, mientras yo me dirigí a Méndez y saludándolo le dije que no podía consentir el barbarismo que él ejecutaba.

Su contestación echando fuego por los ojos fué un fiero puntazo con su espada hacia mi pecho. Antes de que yo actuara, sin embargo, había previsto las consecuencias y estaba preparado, coloqué mi rifle instantáneamente sobre mi hombro y el Coronel Méndez quedó inmóvil.

Confieso que estaba completamente decidido a partirle el corazón. Su expresión salvaje se fue suavizando y finalmente bajó su espada, diciendo que más tarde se las pagaría, pero que entonces urgía que saliéramos de allí.

Esta necesidad de salir era apremiante; nuestros hombres estaban ya ocupados en repeler al enemigo de la entrada de la hacienda y fue necesario que todos nosotros atacáramos con impetuosidad para hacerlos retroceder. Y entonces montando nuestros caballos que ya habían sido traídos a la hacienda, Méndez con el botín, y los prisioneros que yo había entregado a un sargento nativo de confianza, marcharon apresuradamente por una ruta desviada.

Viendo las dificultades de la retirada y sabiendo que los lanceros nativos serían muy eficientes para proteger el botín como para abrirse paso por el monte, dije a Méndez con mucha presteza, que si ellos cuidaban de nuestros caballos yo guardaría la retirada que estaba abierta, al ataque del enemigo. La cara arrugada del viejo soldado se avivó con una sonrisa al aprobar mi decisión.

El probablemente pensó: que aunque los "extranjeros", como de vez en cuando nos llamaban, tenían ridículas maneras de tratar a los cautivos, eran buenos cuando se trataba de pelear. El enemigo nos presionaba con furia y si los rifleros no hubiéramos estado guardando la retaguardia, el desastre hubiera sido seguro.

Después de acosarnos por cerca de una milla y viendo que los refuerzos venían en socorro nuestro el enemigo se retiró pronto.

Cuatro de nuestros rifleros fueron muertos, o murieron después a consecuencia de heridas recibidas en esta comisión, y Méndez después del servicio que recibió de los rifleros en su retirada a salvo de la hacienda, hizo chacota del incidente que tuvo lugar entre los dos. En verdad él después satirizó humorísticamente en una de sus improvisaciones actuando la parte del nuevo Don Quijote que causó gran hilaridad en la audiencia y como su salvajismo no era aprobado en el campo, yo recibí muchos mumphimientos por la lección que le había dado.

VISITA DEL MINISTRO AMERICANO

La llegada, por este tiempo, al acantonamiento, del Ministro Americano y su comitiva, fue un evento interesante; para observar una estricta neutralidad, una visita de ceremonia fue hecha a Chamorro en la plaza y después al Comandante Oficial que representaba al gobierno Democrático en Jalteva. Amnistía, la primera durante la guerra, se concertó para esta

ocasión. En apariencia el propósito de la visita era *llevar la buena voluntad y salud de la gran República del Norte a las hermanas Repúblicas de la América Central*. Nosotros, sin embargo, *sabíamos* que las simpatías del pueblo de un gobierno electo, como era el de los Estados Unidos, era naturalmente por la causa del pueblo de Nicaragua.

La importancia práctica y significativa a los democráticos, era expresada por la presencia, en la comitiva del Ministro, de dos personas, *al parecer emisarios de los Estados Unidos*: El Capitán Hornsby y Mr. Du Brissot; venían con el propósito de hacer contacto con el gobierno democrático para el servicio de ellos y de todos los agricultores que trajeran para ser naturalizados como ciudadanos de Nicaragua los cuales recibirían ciertas concesiones de tierra y otros emolumentos como recompensa a esos esfuerzos en el desarrollo de los recursos naturales del país y además en vista de las condiciones anormales en que se encontraba el país se les debiera permitir *venir armados* en caso tuvieran que defenderse.

Este permiso de portar armas les evitaría molestias de parte de las autoridades de los Estados Unidos en San Francisco, pues sin él, podrían ser detenidos como invasores que iban a alterar la paz de un país amigo.

Las condiciones fueron aceptadas y el contrato fue confirmado por el Gobierno de León y constituyó la legalidad bajo la que actuó el Coronel Walker y sus asociados.

El epíteto de "filibustero" por el cual los ingleses creyeron desacreditar un movimiento que era justo para acabar con sus viejos privilegios de dominar los asuntos de los débiles gobiernos de las islas de las Indias Occidentales y Centro América; fue secundado por el partido anti-esclavista de los Estados Unidos y así los ingleses continuaron su dominación con excepción de la parte en que los franceses han adquirido el derecho sobre el Istmo.

El paso siguiente hacia la posesión será cuando la alianza comercial Anglo-Alemana compre de Nicaragua la concesión para un canal interoceánico a través de la única ruta factible para ese objeto. Y entonces los respectivos gobiernos estimarán que para asegurar los derechos adquiridos por sus ciudadanos habrá que declarar un protectorado que culminara con la ocupación del territorio adyacente.

Entre tanto los *Estadistas* de los Estados Unidos sacarán a bailar la doctrina de Monroe pero estarán muy activos en ver como se *sientan en el sillón presidencial*.

ASTUCIA DE DORSE

La oportunidad concedida por el armisticio para un intercambio de saludos y noticias entre parientes y amigos que estaban divididos por las dos facciones armadas, atrajo gran muchedumbre a las trincheras y como supe que el Mayor Dorse se encontraba cerca me dirigí hacia ese punto. El sonido poco acostumbrado, en tono áspero y alto del idioma inglés, me llamó la atención; era el Mayor Dorse (que con un estilo de verdadero orador) peroraba en presencia de mis rifleros. El propósito de su peroración era convencerlos de las

ventajas que tendrían si se pasaban a servir al Partido de la Iglesia y les urgía a que se desertaran.

Ordené a mis hombres que se reconcentraran en sus barracas e informé a la muchedumbre, que ya estaban dudando, de la clase de orador que era el Tejano y convencida le silbaron. No volví a pensar más en este incidente considerándolo como una natural impudicia de la audacia de Dorse. Al día siguiente habiendo ya terminado el armisticio, un papel ajado, escrito en inglés dirigido al Capitán California, me fue entregado por el Ayudante del General; era una carta procedente de Dorse en la que me rendía las gracias por haber aceptado su propuesta y aconsejándome que en la primera oportunidad ofrecida por los numerosos encuentros de retenes, yo debiera irme hacia él en compañía de mis rifleros, tal como lo habíamos convenido, etc. El Ayudante dijo que la carta había sido encontrada amarrada fuertemente a una flecha que había sido tirada durante la noche.

No perdí tiempo en obtener una audiencia con Jerez, donde llegué abruptamente con muy pocas ceremonias y como la sala de audiencia estaba llena de oficiales, muchos de los cuales me recibieron muy contentos y aún con risas. Pregunté al General si alguien de los que allí estaban presentes me creía capaz de la acción implicada por la preciosa misiva que yo llevaba en mi mano y de cuyo contenido sin duda ya estaban todos enterados. Yo era joven e impulsivo en ese tiempo y todos, incluso el General, prorrumpieron en solemne carcajada mitigando mi aparente rudeza y todos a una voz me aseguraron que confiaban en mi buena fe.

El intento de Dorse en querer menoscabar la confianza de que nosotros gozábamos ante los oficiales nativos no era sin duda más grave que cualquiera otra "ruse de guerre". Pero fue una ofensa que en mis hombres y en mí suscitó mucho encono y grandes deseos de venganza. Cada uno de nosotros resolvió que en la primera oportunidad arreglarían cuentas con el perverso Tejano. El destino había decretado que esa oportunidad no estaba muy lejana.

ATAQUE LEGITIMISTA

Las proezas de las compañías destacadas fuera del acantonamiento mantenían vivo el espíritu de emprender y dar oportunidad a que se distinguieran a aquellos que buscaban más excitación de la que producían las frecuentes escaramuzas en las barricadas.

Un suburbio de la ciudad cubierto con sólo ranchos de pajas y una que otra casa de adobes que había sido hasta entonces campo neutral fue ocupado por fuerzas del enemigo, que a cualquier intento que nosotros hacíamos de investigar sus intenciones nos recibían con tan recio fuego, que por fin dispusimos no perturbarlos más.

Una mañanita se les descubrió su objeto, cuando abrieron (desde un flanco que no estaba protegido por nosotros) una cañonada sobre nuestro cuartel general que parecía que a poco demolería tanto la iglesia como las barracas contiguas de los soldados. El Coronel Olivas inmediatamente pidió voluntarios para una patrulla de asalto y los rifleros fuimos los primeros que nos ofrecimos.

En el término de una hora quinientos hombres íbamos en camino a la posición mencionada y como, a excepción de un montecito bajo el camino estaba absolutamente desamparado, destacamentos llegados por dos lados diferentes, rivalizaban en el esfuerzo de llegar al combate primero. Nuestro movimiento fue observado desde la plaza y fueron enviados refuerzos a las baterías y aquí teníamos el prospecto de una buena batalla.

Al acercarnos al punto de atacar encontramos un nutrido fuego de cañón y mosquetería y como la naturaleza del terreno era muy quebrado, el orden fue omitido. Cada hombre emulaba a su vecino en el esfuerzo de acercarse al enemigo, de tal modo que en poco tiempo nos vimos tan cerca que el fuego de los cañones no nos alcanzaba y la lucha se convirtió en un choque al arma blanca.

Esta dilató muy corto tiempo en cualquier cosa que encontráramos para ampararnos de la lluvia de balas ya fuera rancho pajizo o tras los adobes de alguna casa nos servía de amparo y para reorganizarnos y cargar de nuevo en masa. Tan pronto como desalojábamos al enemigo de un punto, aparecía en otro. Balas silvaban en todas direcciones y los soldados enemigos estaban tan revueltos que no ofrecían marcas distinguibles más que sus divisas.

Dorse y todos sus hombres estaban allí. La piel más blanca y los vestidos europeos los hacían distinguirse, como los míos le eran distinguibles a él. Dorse, personalmente, sí se vestía como los oficiales nativos, yo lo apunté dos o tres veces, pero la rapidez con que se movía no daba oportunidad de hacerle tiro.

MUERTE DE DORSE

Grandes estragos se infligían en consideración del reducido número que tomaron parte y después de casi una hora de fiera lucha nos encontramos en posesión del campo, el espacio considerablemente grande donde fue la lucha estaba literalmente cubierto de muertos, divisas rojas y blancas parecían estar en igual proporción.

La proximidad del enemigo a la plaza, los había alentado a ceder el campo puesto que ya dentro de la ciudad estaban protegidos de nuestros tiros. Pero como esperábamos con seguridad que nos atacaran con mayores fuerzas, nos ocupamos en incendiar todas las casas, trozos de madera u otra cosa que al dejarlo sirviera de protección al enemigo. Estábamos muy lejos de nuestros acantonamientos de donde podíamos recibir protección y por eso no era prudente mantenernos en ese lugar.

Cuando el trabajo de demolición fue concluído nos retiramos. La mitad de mi pequeño escuadrón de rifles había muerto en el encuentro y casi lo tercera parte de las tropas nativas con que salimos también yacía en el campo.

Entre los desastres sufridos por el enemigo, el más grande fue la muerte del General Dorse, había peleado con su valor acostumbrado alentando continuamente a sus tropas a no ceder el campo; tres balas de rifles en distintos tiempos durante el combate habían perforado su cuerpo, aunque ninguno parecía fatal.

Cuando se efectuó la retirada fue conducido a la ciudad, ya la vida se le iba acabando y con su orgullo característico, pidió su rifle, se le llevó y se le sostuvo en el hombro mientras él con la vista tenue intentó acertar en un blanco, falló y murió. Eso fue lo que a nosotros nos contaron más tarde.

PLAN DE ATAQUE

Evitaré tanto a mí mismo como al lector el relato de numerosos encuentros de importancia como éste, que ocurrieron en los meses de verano mientras mis rifles se reducían en número a causa de accidentes en combates o del continuo ingerir mala calidad de Whisky. Mi buena fortuna me mantuvo exento a que las balas me tocaran, una inmunidad que por subsecuentes experiencias ví que era puramente accidental. Fuí iniciado también en una fase curiosa de estadistas que me hubiera desilusionado de la "Santidad de la más gloriosa causa", etc., si el procedimiento no hubiera estado ya concluído. La pérdida de tantos de mis rifles me había inducido a emplear nativos con cuyos jefes había yo hecho íntima amistad y como el enemigo había sufrido reveses tanto como nosotros por varias causas ya enumeradas, me parecía a mí que el tiempo había llegado de efectuar un atrevido y bien planeado asalto para capturar la plaza. Nosotros sabíamos el estado de relajación en que se encontraba la disciplina enemiga, no sólo por medio de espías, sino por el hecho de que "Tierra muerta" (como llabaman al espacio de tierras expuestas a las balas enemigas) podía andarse ahora con impunidad cosa que antes quien se arriesgara a poner pie allí era saludado con una lluvia de balas.

Obcecado con esta idea conseguí una audiencia privada con los Generales Guerrero y Jerez y les urgí a que un ejército de hombres escogidos podía efectuar el asalto, que eficientemente ejecutado, no dejaría de tener éxito.

DESEO DE CONTINUAR LA GUERRA

Guerrero, el hábil consejero del Gabinete, después de imponerme *extricto secreto* me informó que no era conveniente para el gobierno de León acabar con la guerra, pues el efecto sería que muchos que ahora estaban felizmente empleados en el ejército, reclamarían (puestos y emolumentos), al presidente quien no podría del todo satisfacerlos.

Nuevas disenciones surgirían más difíciles de solucionar que un pequeño enemigo sitiado en una plaza. Esta revelación fue para mí quizá más desalentadora que el estado de cosas que causó a un romano declarar que "La virtud no es más que un nombre". Música y francachelas fue la orden del campo, fandangos, serenatas y alegría prevalecían por donde quiera, mientras los hospitales estaban atestados de soldados heridos y moribundos.

EL COLERA

El cólera asiático apareció con una violencia que era sin duda a causa de la deficiencia en regulaciones sanitarias.

Los muertos en los diversos encuentros de los alrededores de la ciudad eran dejados para que fueran pastos de los zopilotes, los que volaban constantemente en grandes bandales que cubrían el aire, y eran todavía pocos para devorar y engullirse todos los cadáveres que la guerra y la peste les brindaban. El trabajo de enterrar muertos era considerado como muy áspero para los soldados y el hábito de dar muerte a los prisioneros, (práctica de ambos bandos) nos dejaba sin el recurso de un contingente de trabajadores. La costumbre que prevalecía era poner los cuerpos de los que morían en la noche por cualquier causa, en la puerta de la calle, temprano en la mañana. Poco tiempo después pasaban carretas por las calles principales y los cuerpos muertos eran recogidos y llevados a un arroyo cerca de la Pólvora, como a una milla fuera de la ciudad y allí los tiraban volviéndose al poco una sola masa de putrefacción cuyos gases contaminaban el aire que respirábamos. Mi salud que había sido excelente, en condiciones que habían postrado a débiles y fuertes, me falló.

Un ataque de fiebre me postró; varias semanas pasaron antes de que yo me pudiera dar cuenta del estado de cosas en el campo y entonces supe que a causa de la peste del cólera las hostilidades se habían suspendido, sin embargo, gradualmente se fueron reanudando a medida que el cólera desaparecía.

Para cualquiera capaz de predecir cosas, el resultado de nuestra indolente inactividad parecía inevitable. Los recursos monetarios de ambos partidos estaban acabados, y mientras el enemigo tenía la ventaja de adquirir víveres cerca de su acantonamiento que para defenderlo ellos consideraban el reclutamiento forzado, legítimo.

Mientras que para nosotros la fuerza en hombres y pertrechos eran provenientes desde el lejano departamento de León y estábamos dependiendo de voluntarios para llenar nuestras bajas. Muchos de los hombres que se habían enrolado por corto tiempo estaban ya cansados y habían perdido su entusiasmo, querían regresar a sus lugares y sembrar sus campos. Así veíamos que nuestras fuerzas se arralaban cada día más y se hizo evidente que la evacuación de Jalteva sería muy pronto una necesidad aparente para todos.

RADICATI, EL ARTILLERO

En este estado la situación y para ocultar nuestra debilidad muchas veces hacíamos falsas exhibiciones de fuerza ante el enemigo y así, una vez, el Coronel Radicati nuestro Jefe de artillería italiano quien era muy conspicuo por su eficiencia en ingeniería tan necesaria en este ramo del servicio, se empeñó en erigir una plataforma que llevó a la altura de cuarenta pies montada sobre una construcción de vigas y crucetas. Su propósito era montar allí un cañón de gran calibre para bombardear la plaza. El y yo no gozábamos de buena amistad, la enemistad era de su parte, pues yo no era aficionado a personas escasas de habilidad y carácter moral y no podía menos que verlo con simpleza y como su estructura creó considerables comentarios y esperanzas en el campo, el General Pineda, don Justo Lugo y yo le hicimos tarde una visita informal de

inspección. La plataforma había de ser completada esa misma noche. El cañoneo al enemigo debería empezar al romper el alba del día siguiente.

Todos los tres estuvimos de acuerdo en que dicho artefacto sería más fatal para sus ocupantes que para los enemigos y dijimos a Radicati que la fuerza retroactiva del cañón la destruiría, fuera de que con una estructura tan frágil no podría oponer adecuada resistencia a las balas del enemigo. En vano hicimos lo posible por disuadirlo a que no hiciera el experimento, pero fracasamos y Radicati se dio por ofendido a causa de nuestra censura, pues en verdad no eran asuntos en que nadie ni yo debiéramos entrometernos. Su resentimiento fue más grande de lo que yo pude imaginarme. Como una hora después un ayudante del General me trasmitía la orden de enviar a todos los rifles que estuvieran hábiles a presentarse al Coronel Radicati en las primeras horas del día a servir en la plataforma. Méndez y don Justo hablaron conmigo cuando recibí la orden y como no podía contrariarla ni tampoco enviar mis rifles a un servicio que yo había calificado como suicida sin acompañarlos, me preparé para el servicio ordenado no sin aguantar la mofa de mis amigos: unos me aconsejaban que llevara un paraguas para que me sirviera de paracaídas, otros que me pusiera un colchón en el trasero, otros me palmeaban el hombro consolándome y diciendo que me enterrarían con decencia y que pondrían flores en mi tumba.

LA PLATAFORMA DE RADICATI

En la madrugada encontré a Radicati esperando por los primeros rayos del sol.

Los cañones estaban listos cuando yo calladamente con tres de mis rifles, me presenté en la plataforma.

Ningún trabajo expuesto al público como esta plataforma de Radicati podría llevarse a cabo en nuestro campamento sin que el enemigo supiera, por medio de espías hasta el último detalle de su construcción y aún el objeto del mismo, por lo tanto era lógico inferir que el enemigo estaba tan listo esperando el día para tomar parte en esta farsa trágica como lo estábamos nosotros. Fue muy poco lo que esperamos y al asomarse los primeros destellos del día se rompió el fuego contra los cuarteles y barracas de la plaza.

Al retroceder el cañón la estructura se meció de una manera alarmante, las vigas que servían de crucetas no estaban clavadas y sólo fue necesario unos pocos tiros para que empezáramos a tambalear.

Pero no estábamos destinados a caer de esa manera pues, acto seguido de nuestro primer cañoneo, dos o tres balas silbaron por encima de nuestras cabezas y después, mientras nuestro Coronel hacía esfuerzos para remediar el desplazamiento causado por el retroceso de nuestro cañón, una bala de veinticuatro libras alcanzó nuestra plataforma un poco más abajo de nuestros pies, haciendo volar trozos de madera por todas direcciones.

Lo que siguió, casi no me di cuenta. Parecía como que me estaban dando con un mazo en la cabeza haciendo esfuerzos por salir de las ruinas del camastro que estaba reducido a escombros. Yo no me sentía golpeado y me incorporé a mis amigos cuando

estaban en lo más alterado de las algarazas y risas que provocó el ridículo fiasco.

EVACUACION DE JALTEVA

Para los que sabíamos algo de los asuntos del alto comando, era aparente entonces que se planeaban ciertos importantes movimientos. Para las condiciones en que nos encontrábamos, era imposible esperar que una agresión tuviera éxito y sólo una alternativa nos quedaba: evacuar nuestras posiciones.

Una mañana después de haberme presentado al Comando General por llamado que se me hizo, el Gral. Jerez me ordenó que seleccionara y entresacara de las diferentes compañías en el Cuartel sesenta de los más expertos rifleros y formara con ellos una compañía de rifleros nativos.

No tuve dificultades en reunir el número requerido de voluntarios deseosos de cambiar sus mosquetes y un jefe nativo por un rifle y servir bajo las órdenes del "Capitán California". Como yo había seleccionado de los mejores soldados, naturalmente contra la voluntad de sus jefes pude formar un cuerpo muy eficiente de soldados.

Cuando recibí orden del General Jerez para formar esta compañía, me dijo que un servicio de gran responsabilidad me sería muy pronto encomendado, por lo cual él deseaba que escogiera la flor del ejército. Este servicio especial era para mandar la guarnición de retaguardia con mi compañía y la del Capitán Chávez en la evacuación del campamento de Jalteva.

Me sentí honrado por la distinción. La retaguardia sería el único punto expuesto al ataque del enemigo que sin duda alguna molestaría en lo posible a fuerzas abandonando sus posiciones. Sugerí al General Guerrero que ciento veinte hombres era una dotación exigua para esta tarea.

Me replicó que como se hacía necesario reunir todas las fuerzas posibles para tener éxito en el ataque que se planeaba hacer a la ciudad de Masaya distante dieciocho millas guarnecida por los enemigos con fuerzas considerables, él esperaba que haría lo mejor posible con mis dos compañías. "Es el puesto de honor, mi capitán" me dijo el viejo zamarro, que bien sabía como explotar el orgullo de la juventud; y aunque yo hubiera querido tener más hombres a costa de honores, fingí estar de acuerdo.

Casi había amanecido cuando logramos concluir con el trabajo engorroso de poner en marcha nuestros almacenes de Ordenanza y Abastos, junto con la *impedimenta* seguida por las mujeres y niños adheridos al ejército. Hasta entonces pude sustraerme de nuestras posiciones mantenidas alertas toda la noche con el fin de dominar las continuas escaramuzas del enemigo que pugnaba por averiguar si nuestros movimientos indicaban una verdadera evacuación del campo o era sólo un engaño con el propósito de llevar a cabo un asalto a la plaza.

Cuando dí orden de marchar por el camino hacia Masaya, la pálida luz de la aurora se hacía visible en el oriente.

Llegando al "campo santo", una milla fuera de la ciudad, hubo una detención en masa de mujeres y niños (que constituían las esposas y familiares de los

soldados y otras que seguían al ejército) que obstruía el paso del camino. Al enviar a averiguar el motivo del paro, supe que la artillería pesada, que Radicati, con su acostumbrada estupidez, hacía esfuerzos por conducir por caminos lodosos, se había atascado.

Una hora de trabajo infructuoso para desatascarla fue perdida y por fin los cañones fueron inutilizados y abandonados.

LUCHA Y BAJAS SUFRIDAS

Mientras tanto el enemigo se cercioró del verdadero objeto de nuestros movimientos al ver que el grueso de nuestro ejército marchaba hacia Masaya y dedicaron sus esfuerzos en reforzar la guarnición de esa ciudad y de estorbar en lo posible nuestra retirada. Siendo el terreno por donde marchábamos puros lodazales que el enemigo tenía que atravesar para llegar a socorrer la guarnición de Masaya era la ventaja que nosotros llevábamos, y sus esfuerzos por desbaratarnos fue furioso. En el monte escaso, mis soldados hacían lo posible por protegerse de la lluvia de balas que silbaban por doquiera, mientras pequeños desfiladeros me protegían para pararme firme contra fuerzas en un número muy superior.

Así luchamos en retirada durante casi todo el día. Los rayos del sol tropical nos sofocaba y hacía más penoso el cansancio que resultaba de la intensa actividad requerida para detener a un enemigo que constantemente nos presionaba. Yo tenía que acudir donde quiera que el combate fuera más recio y esperaba ser blanco de una bala en cualquier momento, pues no tomaba ninguna precaución en lo concerniente a proteger mi persona. Esperando con ansias un refuerzo que repetidas veces había pedido luchábamos como perros hora tras hora. Cerca de Masaya el terreno era más alto y el enemigo, maniobró de modo que pudo escurrirse y acudir a socorrer su guarnición de esa ciudad que por el nutrido tiroteo que se oía estaba siendo atacada ya por la vanguardia de nuestro ejército. La mejoría que tuvimos a causa del movimiento lateral del enemigo, para socorrer Masaya fue contrabalanceado al dejar expuesto nuestro flanco al campo abierto. Ellos no perdieron tiempo en aprovecharse de esta ventaja y mientras nosotros rechazábamos un furioso ataque en este flanco dejamos sin protección el camino en retaguardia. De esto nos percatamos por los gritos de las mujeres y tiros de mosquete en esa dirección. Corrimos allá y encontramos a los soldados enemigos tirando y bayoneteando a una densa muchedumbre de histéricas e indefensas mujeres y niños cuyos cuerpos pobremente ataviados y sus largas y alborotadas trenzas parcialmente sumergidas en el lodo fueron un triste y cobarde agregado a la matanza del día. Muy pronto llegamos a ellos que aun estaban ocupados en su infame tarea y creo que no exagero al decir que nunca tiré con más furia que a estos cobardes; después que reconquistamos el camino se unieron a nosotros, lo que quedó de las miserables vivanderas.

El movimiento necesario para forzar al enemigo a que se retirara de nuestro flanco y el continuo avance del cuerpo principal nos había, completamente, aislado de nuestro ejército de cuya posición sólo podíamos adivinar allá lejos por el tiroteo.

El terreno era ahora una planicie ancha enmatonada lo suficiente para esconder a un enemigo y como sólo me habían quedado como cincuenta hombres de las dos compañías conque había salido de Granada, me pareció prudente esperar que obscureciera antes que marchar a la luz del día y mostrar lo reducidas que eran nuestras fuerzas.

HACIA MASAYA

Lo que quedaba de nosotros no era más que el guiñapo de un ejército.

La tremenda agitación física a que había sido sometido combinada con una sed intensa a cuya causa se me había inflamado la lengua al extremo de no poder hablar, me obligaron a buscar un descanso pasajero.

Alguna de las pobres mujeres a quienes habíamos rescatado de la masacre, viendo mi gran necesidad de agua me ofreció ir a un grupo de casas que se veían a poca distancia a conseguírmela no obstante de que el riesgo de caer en una emboscada del enemigo era muy grande. Al principio no lo quise permitir pero finalmente lo consentí con tal que yo las acompañara. Encontramos bastante agua y nada de enemigos.

Tan pronto como anocheció comenzamos nuestra marcha hacia Masaya. El fuego había cesado hacía bastante rato y como no habíamos oído ningún repique de campanas dedujimos que los Democráticos no habían tenido éxito en capturar la ciudad. Algunas de las mujeres eran conocedoras de esos contornos y con su ayuda logré llegar hasta el camino hacia Managua donde suponía que Jerez se hubiera colocado pues allí tenía franca comunicación con León, tiros desperdigados y el ladrido de los perros nos indicaba el curso que llevaba nuestro ejército. Era cerca de la media noche cuando encontramos nuestro retén, el grueso del ejército había acampado sobre el camino hacia Managua.

Fuimos admitidos dentro de nuestras líneas y como deseaba evitar que a los soldados extremadamente cansados se les obligara a servir de centinelas, diferí reportar mi llegada aconsejando a los hombres dormir sobre las armas.

Tan profundo fue mi sueño, no obstante de que dormía en la pura tierra que sólo me despertaron las notas del clarín y como encontré una gran actividad en preparación a la marcha reporté mi llegada al oficial del día.

Mientras la gente estaba preparando un desayuno como lo permitía la situación, visité al General Jerez quien se expresó altamente complacido con la persistencia y tenacidad conque la retaguardia había controlado al enemigo y no le sorprendió del todo el número de bajas que tuvimos.

Supe que no se atendería de nuevo la captura de Masaya, que el ataque a esta plaza el día anterior era para distraer la atención al enemigo del verdadero objeto nuestro que era regresar a León, que abandonando ahora los departamentos oriental y meridional de Granada-Rivas los Democráticos se aseguraban para ellos el control sobre el resto del Estado con la esperanza de que prevaleciendo la opinión popular al fin produciría una reconciliación de las facciones opuestas.

HACIA MANAGUA Y LEON

La marcha se reanudó con el acompañamiento de música y banderas de vistosos colores con la intención de indicar al enemigo que nos retirábamos por nuestro propio gusto y que si deseaban seguir la contienda estábamos listos a complacerlos. Ellos, sin embargo, estaban contentos y quizá felices de vernos partir sin ser molestados y pronto llegamos a las costas del Lago de Managua donde se decidió embarcar la artillería pesada y otros pertrechos en una flotilla de bongos y lanchas que ya nos estaban esperando.

En el curso de la batalla del día anterior una bala de mosquete que había rebotado en mi pantorrilla por la vaina de mi espada había producido un arañazo que al instante no le dí importancia, pero ahora me dolía y estaba muy inflamada.

Viendo que los heridos iban a ser enviados en los bongos, pedí permiso para acompañarlos. Esto se me concedió inmediatamente y escogí un lugar para mis chamarras y para mí, entre dos cañones de bronce que era la carga de un bongo grande, antes de irme con los heridos en una lancha más cómoda, mientras la escena pintoresca de soldados marchando en fila por el camino a lo largo de la playa del Lago en medio de algazara y música marcial, nuestros bongos y lanchas soltaron sus velas a la suave brisa y bogamos hacia el Pacífico en el regazo del Lago.

Pronto nos dimos cuenta que el Pacífico estaba solamente cerca de las costas pues aunque la brisa era moderada, la marejada más afuera era muy fuerte para nuestras frágiles y recargadas embarcaciones y los botes prefirieron bordear las costas antes de exponerse a los estragos del fuerte viento en medio del Lago. El cambio del ambiente polvoso, la fatiga de la marcha, la reacción del descanso, la quietud y también el relajamiento de la idea de estar expuesto al peligro, en la lucha, hizo que este reposo fuera infinitamente grato para mí. Gozaba el perezoso vaivén de la canoa y el suave canto del botero mientras nos delizábamos ya cerca de los embejucados peñascos de la costa o de los amplios arenales.

Era tan silencioso nuestro bogar a lo largo de estas costas de esmeralda que me fue posible tirar "pavos del monte" y gallinas silvestres, mientras éstas buscaban alimento entre las hojas secas, o descansaban en las ramas de árboles que guindaban sus ramas hacia el agua. Al anochecer varamos nuestros bongos y la cena se preparó en hogueras encendidas en la arena y como llevábamos suficiente provisión de chocolate, plátanos y otros alimentos más, junto con los animales silvestres que yo había tirado por lo que nuestro menú fue suculento. La quietud del reposo bajo el fulguroso cielo, donde no había el angustioso temor y ninguna alarma de guerra era particularmente grato a mi persona tan cansada tanto física como moralmente. Aquí pude apreciar esa lujosa inercia que parece ser la condición normal del analfabeto indio centroamericano.

Temprano en la mañana la brisa estaba fresca y proseguimos nuestro viaje a lo largo de la costa, amarrando de vez en cuando nuestro bongo si el viento era muy fuerte, así en la tarde del segundo día de viaje varamos nuestros bongos para pasar la noche al pie

del volcán Momotombito. Como era temprano de la tarde se me antojó escalar la ladera del volcán, sobre peñascos de escoria y lava que aunque ásperas hacía más fácil la caminata que por la suave y suelta ceniza más arriba.

El trabajo de subir me causó mucho dolor en mi rodilla inflamada y regresé a los bongos. A la mañana siguiente llegamos al desembarcadero donde un gran número de carretas de bueyes nos esperaba para recibir nuestro pesado cargamento.

EL MOMOTOMBO EN ACTIVIDAD

Comenzamos nuestro lento progreso por entre la arboleda y al contorno de la base del coloso Momotombo cuyo extinto prototipo había ascendido parcialmente el día anterior. El activo cráter de este volcán ilumina el cielo por la noche y es visible a gran distancia.

Indicios de las fuerzas acumuladas en este coloso, se habían manifestado últimamente por pequeños temblores de tierra, eyecciones de cenizas y de vapores.

En esta ocasión tuve la buena suerte de ser testigo de una demostración extraordinaria de su poder, más violenta que cualquier otra en años anteriores: La larga fila de carretas se ondulaba en el camino de la floresta cuya superficie suave no producía sonido alguno al contacto de las anchas ruedas, que no eran más que secciones de tronco de grandes árboles oradadas en el centro para admitir un eje de madera. La fricción de estos ejes cuando no se lubrican, como era costumbre con la corteza de árboles gomosos, causaba chirridos agudos que eran el reverso de lo melódico. Los monos y pájaros montañeses parecían hacer esfuerzos por sobrepasar con sus gritos salvajes la discordancia de estos chirridos a tal extremo era evidente que nuestro advenimiento a estos dominios de la salvaje naturaleza perturbaba grandemente su habitual quietud. Yo estaba recostado sobre mis chamarras que habían sido arregladas en las cureñas de unos cañones en una de las carretas cuando me percaté de un instantáneo paro tanto de sonidos como de locomoción, algo parecía haber echado un embrujo sobre la escena.

El largo tren de carretas y de hombres se había detenido abruptamente, el silencio sucedió a la bulla de nuestra marcha y la de los animales silvestres.

Los hombres que guiaban a los bueyes, contaminando el ambiente con sus acostumbradas imprecaciones que los "carreteros" creen constituir un eficiente estímulo a los estúpidos cuadrúpedos, estaban arrodillados en el suelo con el sombrero en sus manos balbuceando rogaciones a su santo preferido. Yo no podía comprender el significado de la escena hasta que oí decir de boca en boca: "un temblor" "un temblor" y la escasa vibración de la carreta me hizo ver que se trataba de un temblor de tierra; la vibración se acentuó hasta ser una violenta sacudida como el oleaje del mar. Mientras el temblor era más violento, ví caer innumerables ramas y árboles secos en el monte cercano mientras la arboleda verde se mecía con furia. El temor vino, pasó y se fue.

Los bueyes, sin que nadie se los ordenara recomenzaron su perezoso viaje y los boyeros de nuevo

comenzaron sus insultos a los pobres animales para hacerlos caminar más a prisa... y el chirrido de las ruedas se mezcló de nuevo con los gritos de los monos y las loras.

Como los temblores de tierra ocurrían en estas tierras, muy a menudo no era cosa que creara grave impresión después de que el peligro hubiera pasado.

Pero por tres días consecutivos el Momotombo vomitó cenizas que literalmente cubrió el valle de León, en una área de más de cien millas, de tal modo que aquel daba la apariencia de un campo cubierto de nieve.

LLEGADA A LEÓN

Cuando yo llegué a León las tropas ya estaban allí. Estas, aunque no habían tenido éxito en neutralizar la oligarquía de la iglesia, por lo menos habían logrado circunscribir su poderío dentro de los límites de los departamentos orientales y de otras localidades accesible sólo por la navegación del lago, facilidades de que carecían los democráticos. Su recepción por lo tanto, fue una ovación... A mí, extranjero, siendo un sobreviviente de una pequeña banda de extraños que habíamos prestado buen servicio a la causa se me hizo un recibimiento por los amables leoneses, en extremo cordial. Una regia residencia y salones de un sacerdote, cuyas propiedades habían sido confiscadas a causa de estar él adherido al Partido de Granada, fueron asignados para mi uso y el de los otros americanos que habían servido en el ejército.

En el patio, lleno de árboles de esta residencia, brotaban las aguas cristalinas de una fuente, y hamacas me fueron colocadas entre los árboles. Gocé un período de reposo delicioso después de los fatigosos y crueldades incidentes de la guerra.

Muchas semanas pasé en este placentero retiro. León estaba muy alegre a la usanza de la alegría Hispanoamericana.

La guitarra y la marimba se oían por todas partes.

Los apasionados "improvisadores" cantaban y punteaban sus guitarras al pie de los balcones y el baile en la variedad de cachucos, fandangos y boleros se bailaban en los salones y a la luz de la pálida luna.

Cabalgar era el único sistema de locomoción que se usaba para salir fuera de la ciudad, al menos para los jóvenes que no gustan de las despaciosas y entoldadas carretas en que las señoras de edad acostumbraban fumar sus cigarrillos y charlar mientras eran conducidas por los caminos entre las lejanas haciendas y la ciudad. Por lo tanto cabalgar era usado por mujeres y niños, que cuando no eran llevadas en ancas por un caballero, usaban estribos cortos y montaban la bestia como los Arabes y con la práctica, llegan a ser verdaderos jinetes.

Como León y sus cercanías era el hogar de muchos de los amigos que había conocido en el ejército, yo estaba siempre invitado a las reuniones sociales y compartía en todas las diversiones. Entonces León, de por sí, era muy bello. Caracterizado por un viejo fraile como "El paraíso de Mahoma" famoso también por la belleza de su arquitectura morisca y especialmente el encanto natural de sus alrededores.

Desde el techo de la Catedral de San Pedro, que

ha soportado el golpe de una batería de 30 piezas de artillería, durante el espantoso sitio de 1823, cuando mil casas fueron incendiadas en una sola noche, se pueden ver 13 volcanes, un panorama, por muchos aspectos, inigualado por su variedad y grandeza, en todo el mundo.

Esta Catedral, construída con el gasto de 5 millones de dólares, cuando el trabajo de un hombre era valorado en un "chelin" por día, fue completada en 37 años, y ha mantenido por más de 150 años su solidez y su belleza; sólo un rayo logró rajar un poco una de sus torres sin dañar el cuerpo de la Iglesia.

REMINISCENCIAS

Estas reminiscencias de la vida reposada que llevé en León, contrastando tan vividamente con los incidentes macabros de Granada se me funden en una sola visión al traer a la memoria los años pasados.

Recordando ahora esos días aciagos me parece oír el tañir de las campanas de las iglesias de Granada, el estampido del cañón, el choque de los "platillos", la fanfarronería del clarín y la aun semi-bárbara música morisca. Veo aparecer la larga procesión de sacerdotes revestidos y mitrados pasando en medio de dos vallas de soldados cuyas divisas son veladas en honor a la iglesia que los oprime en la tierra, quizás, pero que tienen la clave para los verdaderos creyentes de ganarse el cielo. Gracias hay que darle al Todopoderoso, por las victorias de la causa del pueblo, porque la iglesia es sabia y poderosa y da su apoyo a quien le sea fiel.

Allí veo al galantísimo Jerez, a Valle, el caballero, al noble Pineda. Dónde están ellos ahora? y dónde está aquel impetuoso corazón que obedecía palpitante al impulso de cualquier audaz provocación?

En el Lago, ahora como antaño, aun se levanta la purpúrea y cálida bruma. Los pajarillos cantan en las florestas tropicales y las flores lucen bellas por la vereda. La naturaleza sonríe tan serena como siempre, pero el hombre tiene contados sus días y después... no se le ve jamás. Y así es lo mismo con el trabajo del hombre.

Iguanas se asolean ahora bajo los calcinantes rayos del sol, sobre las ruinas de la incendiada Granada. Llegó un día en que la hermosa y pintoresca ciudad, cuya antigua arquitectura morisca, que por tanto tiempo había reflejado los rayos del sol tropical y la suave y pálida luz de la luna, y cuya petrificada argamasa que había desafiado por varios siglos el despacioso asalto del tiempo, cayó inerme ante los golpes de los zapadores y las explosiones de las minas... "Aquí fue Granada" escribió el General Henningsen sobre las ruinas que él mismo había hecho, cuando su banda de galantes héroes no pudieron mantenerse más en el lugar a causa de la inmensa superioridad del enemigo. Rompiendo el cordón quemado de que estaban rodeados, se retiraron dejando una desolada victoria.

Pero estos son relatos de heroísmos oscuros. El mundo está lleno de ellos y fue un sabio quien dijo: "Nada tiene tanto éxito, como el éxito mismo".

PASEO A "EL TAMARINDO"

Las inmensas propiedades de mi amigo General

don Mateo Pineda incluía la parte de la costa del mar, conocida con el nombre de "El Tamarindo", muy famosa por sus facilidades para baños de mar situada como a 20 millas de León. Me cupo el honor de ser incluido en la comitiva compuesta de sus familiares y amigos invitados a un paseo campestre a este delicioso lugar. Como el viaje se iba a llevar a cabo, a caballo, todas las provisiones, equipo de veranear y los sirvientes fueron enviados el día anterior, en carretas. Todos nosotros estábamos ansiosos en averiguar cuál de las muchachas nos sería asignada para nuestra especial protección en el camino. Muchas de las jóvenes cabalgaron "a la polca" con un amigo. El amigo era escogido por los padres o parientes de la muchacha. Yo, por lo tanto, me puse muy ufano cuando el General me rogó que llevara a su sobrina, una chica vivaracha de unos 16 años que llevaba una lujosa y encintada guitarra sobre sus espaldas.

Mientras la vistosa y alegre cabalgata pasaba por las calles, era satisfactorio notar los saludos cordiales y afectuosos del populacho, los caballeros del grupo siendo, casi sin excepción, jefes militares del ejército. Pasamos por los suburbios de Subtiava donde aun están erectos los ídolos de esa antigua y semi-bárbara civilización que data de muchos años antes de la fundación de León en 1610. Nos vimos pronto en el campo abierto que se extiende hasta la costa cuyas dunas de arena se veían en la distancia.

Como habíamos principiado nuestro viaje algo tarde, la luna iluminaba nuestro camino cuando cruzábamos los grandes arenales que bordeaban al mar, cuyo murmullo había sido audible mucho antes de que pudiéramos ver la reventazón de las olas. Después la clara luz de la hoguera en el lugar donde habíamos de acampar y el olor de las sabrosas viandas nos incitaba, y como nuestra cabalgata de 20 millas nos había dado un apetito más que capaz de hacer justicia a todos los buenos platos que nos esperaban, nos sentamos en las blancas arenas alrededor de un cuero de res, seco, donde estaba esparcido todo el banquete.

Muy pocas ceremonias son necesarias en estas ocasiones y yo aventuraría a decir que una fiesta más amena que ésta es rara vez llevada a cabo.

Altos pinos se mecían cerca de nosotros, las llaramadas de la hoguera y las espejeantes olas iluminaban la escena; el aire embalsamado del mar tropical nos refrescaba al pasar. Después de cenar, y de un paseo por la ancha costa inundada de luna, nuestras chamarras fueron tendidas a la sombra de los fragantes pinos bajo el ancho y estrellado cielo y dormimos al arrullo del rítmico reventar de las olas.

El día siguiente fue dedicado a construir viviendas más permanentes pues se intentaba estar allí unas dos semanas. Se ataron varas de un árbol a otro y con hojas de pino se hizo una división que protegía del sereno y la bruma del mar, y como estábamos en la estación seca no era necesario de más protección.

El baño era delicioso, el agua refrescaba sin provocar frío.

Yo creo que la vida en estas costas del Océano Pacífico, aun bordeadas por selvas vírgenes aunque carente de los mil y uno artefactos considerados por todos esencialísimos para la vida, fuera más agradable

y sin duda más descansada que la de los pocos privilegiados a quienes la mayor parte de los mortales desean emular.

Nos bañábamos al amanecer como es costumbre entre los Centroamericanos que utilizan para recrearse las horas más placenteras del día y reposan las cálidas horas de la tarde. Chocolate con bizcochos, una clase de pan dulce, fue el desayuno, otro repasto se llevaba a efecto a las diez y ya para este tiempo yo había tirado un venado, uno o dos pavos de monte o cualquier otro animal bueno para ser cocinado.

DISCUSIONES FILOSOFICAS

Después del desayuno Pineda, don Justo, el buen Padre Jerez (que fue invitado al paseo) y yo, a menudo entablábamos discusiones filosóficas, para lo cual don Justo consideraba el tiempo y el lugar muy apropiado. En verdad que deleitó encontrar, no obstante de estar yo tan separado de esta gente, tanto por nacionalidad como por antecedentes que no pocos de los mejor educados estaban a tono con el progreso del pensar moderno, en cuanto a lo referente a los tópicos que enseña que "el verdadero estudio del hombre es el hombre mismo".

Nuestras discusiones, a menudo, escandalizaban a nuestro querido buen Padre, bueno en el mejor sentido de la palabra, pues él siempre estaba presente donde había sufrimiento y pobreza, en el campo de batalla sin importarle el peligro a que se exponía, e igualmente durante la peste visitaba los hospitales, humilde como lo fue el Maestro a quien él reverentemente servía firmemente decidido en favor de la Madre Iglesia cuyo poder decadente, nos aseguraba, no lo sentía tanto como oír los heréticos discursos de don Justo y los míos los que él estimaba ser motivo para un "auto-de-fe". Los argumentos sin embargo, estaban fuera de toda cuenta para él puesto que su lógica comenzaba y concluía con el dogma autoritativo que excluye la posibilidad del error de la iglesia, cuya llave fue entregada a San Pedro con la promesa de que lo que él y sus sucesores ataran o desataran en la tierra sería aprobado en el cielo.

Cuando yo le dije que sus conclusiones, consideradas como una consecuencia de su premisa, eran irrefutables, pareció confundido y creyó que yo me reía de él.

OTRAS DIVISIONES

Naturalmente que el tiempo no sólo lo gastábamos en discusiones tontas, habían otras diversiones: música de guitarra, naipes, cantos, etc. De vez en cuando, Méndez y Pineda me acompañaban en mis excursiones de caza, que para no fatigarnos las hacíamos a caballo. Una vez topamos con una puma o "tigre" como lo llaman allí, estaba directamente en frente en el mismo camino que llevábamos. "Mire, Capitán", gritó Pineda, que era el que iba adelante, "mire el tigre".

El bello ejemplar felino estaba parado con su cabeza erecta y meneando la cola lentamente de uno a otro lado mirándonos al parecer sorprendido y con miedo.

En un instante desmonté, di mis riendas a Méndez y apunté, pero la cabeza del animal interfería mi puntería hacia un punto vital, esperé un momento hasta que se movió un poco dejando el cuello visible y sin perder tiempo le disparé la bala fatal al corazón.

Méndez estaba sumamente excitado y declaró que él y uno de los mozos se quedarían a despellejar al animal mientras Pineda y yo proseguimos la caza.

Uno de los más raros gustos de Méndez, gusto que no pudimos compartir con él en Granada, era el de comer gato hornado. A menudo él metía su cuchara en la cocina pues le gustaba y sabía cocinar y este día, mientras charlábamos y fumábamos el inevitable cigarrillo, dijo que había notado que la Sra. de Pineda, don Justo y el Capitán California habían saboreado con mucho gusto el excelente "picadillo".

Nosotros asentimos y él riéndose dijo que esperaba que ahora admitiríamos que nuestra repugnancia por la dieta de carne de gato era injustificada pues el picadillo que nosotros admitíamos ser excelente no era más que carne de tigre y en efecto trajo la cazuela y sacó de ella una pata entera del felino para probar que no mentía. Naturalmente que todos nos enfermamos a causa de su revelación, pero como Méndez era un áspero bromeador consentido no le podíamos castigar.

Durante nuestra estadía tiré otro de estos bellos animales, además de otras bestias salvajes y reptiles que sólo se ven en los países del Norte, en jardines zoológicos.

GIRA POR HONDURAS

Después de dos semanas de esta vida de solaz, durante las cuales visitamos todas las haciendas vecinas, y nos distrajimos hasta la saciedad, retornamos a León. Y viendo que no había ningún interés en renovar operaciones contra el enemigo, pedí permiso para visitar las minas de oro en el Distrito de Olancho en Honduras, ciento cincuenta millas distantes hacia donde dos de mis rifleros, que ya habían convalidado en la quieta vida de León, desearon acompañarme.

Principiamos nuestro viaje a caballo con una charra, algunas provisiones y unas ollas para cocinar que estimamos que sería todo lo que necesitaríamos, además de la amable hospitalidad que estábamos seguros que nos brindarían los habitantes del camino a quienes en esos distritos escasamente poblados, la llegada de viajeros procedentes de las grandes ciudades del mundo, era un gran honor más grande aun que lo que valía el darle de comer y alojarlo en su casa.

Por espacio de dos o tres días después que dejamos las grandes planicies de León cabalgamos por bosques sobre el camino real nacional construido en los días de la dominación española. Este gran camino mostraba evidencias, en su estructura general, de lo emprendedora que era esa gente, tanto como su estado ruinoso y abandono testificaba la degeneración de sus descendientes.

Después de pasar por la antigua ciudad de Choluteca en Honduras, habíamos acampado para pasar la noche, en una eminencia al lado del camino, escogido con el fin de evitar los insectos que pululan en las tierras bajas. Nuestra cena de carne de venado,

asada con plátanos también asados y chocolate, había sido devorada y mientras descansábamos acostados boca arriba sobre nuestras chamarras a la orilla del fogón en que habíamos cocinado la cena, fuimos sorprendidos por el conocido saludo de "¡Quién Vive"! que procedía del camino en absoluta obscuridad. Investigamos y resultó que quien nos llamaba era el Coronel Rubio, de Honduras, a quien yo había conocido como uno de los que formaban el contingente de tropas hondureñas en nuestro ejército en Granada. El viajaba con una pequeña comitiva procedente del Presidente de Honduras para ofrecer al Gobierno Democrático de León los servicios tanto militares como diplomáticos del General Muñoz, (que se encontraba a la sazón en Honduras y anteriormente en San Salvador) para la prosecución o arreglo de las diferencias entre las dos facciones en Nicaragua.

EL GENERAL MUÑOZ

Muñoz, aunque no había tenido éxito en otras ocasiones, en su intento de derribar el gobierno de Nicaragua bajo la presidencia de don Laureano Pineda (el padre de mi amigo, del mismo nombre) era estimado por todos los bandos como el militar más capacitado en toda la América Central. Por lo tanto, no dejé yo que Rubio me rogara mucho para aceptar regresar con él, pues estaba seguro que el advenimiento de Muñoz a Nicaragua sería una señal para comenzar operaciones contra el enemigo. Nos incorporamos a la comitiva de Rubio y unos pocos días después estábamos de regreso a León instalados en nuestra antigua posada.

La llegada a León del General Muñoz pareció alborotar de nuevo el espíritu militar de la ciudad. No tardó mucho, la opinión pública en desilucionarse de las esperanzas que Muñoz había inspirado. Dinámico era por naturaleza, era evidente que su diplomacia tenía sólo un fin en mente, el de constituirse él en el "Tertium quid" o base para el nuevo Gobierno en el cual el tenía la esperanza de que la facción hostil reconciliaría sus diferencias. Tan pronto como conocí sus móviles, empecé a hacer mis preparativos para emprender mi camino de nuevo hacia las minas de oro de Honduras.

Los destinos que gobiernan la caída de una hoja, como también las cosas del hombre, estaban sin embargo, preparando un elemento destinado a cambiar el carácter vacilante del gobierno Democrático.

CONTRATOS DE "INMIGRANTES"

En uno de nuestros capítulos anteriores aludí a la presencia en la comitiva del Ministro Americano, cuando visitó los campos hostiles de Granada, de ciertos emisarios procedentes de los Estados Unidos para celebrar contratos que fueron aprobados por el gobierno de León. Al Coronel William Walker (un hombre, entonces prominente ante el público de California a causa de una infructuosa invasión armada que él había hecho a las provincias Mexicanas de Sonora y Baja California) cupo la suerte de cumplir con esos contratos, que consistían en traer a Nicaragua un cierto número de hombres, que por razones obvias les llamaban inmigrantes pero que en realidad eran soldados.

Walker había salido de San Francisco en el bergantín "Vesta" con 56 "inmigrantes" compuestos de los hombres más resueltos y atrevidos que pudieran encontrarse, anuentes a emprender tan ardua empresa como la de servir militarmente en una armada de filibusteros comprometidos en una guerra que era conducida sobre principios no reconocidos por los términos de una guerra civilizada.

Las primeras noticias que tuve de su arribo, fue cuando el Presidente Castellón me llamó a su despacho para informarme que Walker había arribado al puerto de la Unión en San Salvador, pero que había reembarcado y entraría al Realejo, puerto de Nicaragua en todo el curso del día, probablemente.

El Presidente deseaba que yo, con el doctor Livingston (ex-Cónsul Americano), y el Coronel Ramírez, del ejército, nos dirigiéramos al Realejo para llevar a Walker y a todos los demás americanos la bienvenida del Presidente de Nicaragua.

RECIBIMIENTO DE WALKER

Llegamos al Realejo a caballo a media noche, y encontramos las calles de la villa (de costumbre quietas) embulladas con americanos armados, quienes en verdadero estilo Californiano, hacían en todo de las suyas. Las pulperías haciendo pingües negocios. Esto y las maneras agresivas y bruscas de los extraños era una prueba para mí que estaba entre mis compatriotas.

El Coronel Walker personalmente no me pareció, entonces, que fuera el hombre de voluntad indomable y de la energía que más tarde encontré. Parecía callado y modesto "tan suave y amenerado como podría degollar a alguien o mandar un barco al fondo del mar".

Una cierta expresión de sus ojos, sin embargo, probablemente pudo haber indicado a un fisionomista la gran reserva de potencialidad velada bajo su plácido exterior.

Aunque esta narración presume ser solamente personal, el verdadero entendimiento de los eventos históricos conque está conectada, hace imperativo que sea acompañada de cierta crítica de los actos del protagonista.

PERSONALIDAD Y CARACTER DE WALKER

Como el Coronel Walker ha sido considerado, casi más que cualquier otro hombre, desde puntos de vista que difieren ampliamente, es propio que yo diga desde el principio que, no obstante mi admiración por este hombre extraordinario de energía maravillosa, valor e integridad personal. Yo siempre fuí opuesto a su insaciable ambición y desprecio por los derechos públicos y privados que caracterizó sus acciones en la única y dominante prosecución de su vida: esto es, la adquisición del poder político absoluto.

Como de aquí en adelante, la persona más prominente en los asuntos del Estado de Nicaragua y del ejército Democrático, será el General Walker, una breve reseña de su carrera no esta fuera de lugar.

William Walker, cuya familia era de origen escocés, era nativo de Nashville, Tennessee, donde nació

el año de 1824; su educación; que terminó en la Universidad de París, incluía el conocimiento de las lenguas Latina y Francesa y las profesiones Médica y Legal.

En 1850, emigró a California y fue editor del periódico "San Francisco Herald". Había editado antes el "Crescent de New Orleans". Su primera aventura militar fue reunir una banda de hombres e invadir con ellos los Estados Mexicanos de Baja California y Sonora. La invasión se llevó a efecto bajo el pretexto de proteger al pueblo de Sonora de las depravaciones de los indios Apaches que tanto el Gobierno de México como el del Estado mismo no lo habían hecho.

Era cierto que las autoridades mexicanas habían faltado en llevar a cabo esa protección, pero al ver el curso de la carrera de Walker en Sonora, uno puede fácilmente ver que la adquisición del Poder Supremo para él era el verdadero objetivo de esta invasión y que restringir a los Apaches no era más que un pretexto.

Por varios motivos, que un hombre menos sanguinario o menos valeroso, hubiera previsto, pero que no caben en esta narración, el intento de invasión fue un completo fracaso.

El contrato de Byron Cole con el Gobierno Democrático llegó al conocimiento de Walker por este tiempo, y éste abandonó nuevos intentos de invasión a México y se dirigió a Nicaragua.

AMBICION DE WALKER

Aquellos, sin embargo que ven el carácter del Coronel Walker el espíritu de un simple bucanero, no atinan a comprender su naturaleza. Su motivo en buscar el poder supremo no era como el de Aaron Burr, sino como el de Napoleón I, quien en verdad, le servía de ejemplo. El se obsesionó en ser un instrumento del destino ante quien todas las otras influencias debía de apartarse. Esta fe en su destino lo guió a menospreciar obstáculos que hubieran aterrado a otros y que al fin causaron su caída; a rehuir un modo más conciliador o quizás mejor adaptado a conformar con las inevitables circunstancias. Mas su espléndida fuerza de voluntad y magnetismo, hubiera realizado la tarea difícil que se había propuesto.

A la mañana siguiente el Coronel Walker y los Capitanes Hornsby y Crocker acompañaron al doctor Livingston y a mí en nuestro regreso a León. Los forasteros veían y parecían sorprendidos y se deleitaban cuando cabalgábamos por la bellísima campiña, sus montañas, una masa enredada de plantas y flores con los majestuosos conos de una docena de picos volcánicos que servía de fondo al paisaje.

En las aldeas por donde pasamos los ranchos de paja y las cercas de gigantes cardones daban evidencias de antigüedad y reposo en vivo contraste con las actividades del comercio de que ahora gozaban.

Como a ocho millas distante del Realejo llegamos a la vieja ciudad de Chinandega, cerca de donde se levanta el alto cono del volcán "El Viejo".

Ciento cincuenta años habían pasado desde que los colonizadores soldados españoles, ayudados por esclavos africanos e indios nativos echaron los cimientos de la ciudad y cementaron en las calles esas piedras que hacen eco a la pisada de los caballos.

LLEGADA A LEON

El tono argentino de las campanas tan viejas como la ciudad, repicaron alegres la bienvenida de los extraños que venían desde lejos a luchar por la sagrada causa de la libertad.

Cuando llegamos a León, el Presidente Castellón recibió a Walker con cordialidad y consideración. El conocimiento del Francés del Presidente era defectuoso. Walker entonces no hablaba ni una palabra de español, por lo tanto, yo les serví de intérprete. Walker parecía estar sumamente ansioso de tener encuentro con el enemigo. El consideraba que solo teniendo éxito como soldado únicamente podría ser merecedor de consideraciones en el país. Castellón quien se consideraba expuesto a la destrucción de su Gobierno tanto por los actos hostiles del enemigo en armar en contra de su gobierno como por las maquinaciones del General Muñoz comandante de su propio ejército, se sentía muy contento con la intromisión de los extranjeros cuyas fuerzas no se debieran estimar por su número si no por sus futuras posibilidades.

ENTREVISTA CON MUÑOZ

El General Muñoz que estuvo presente en la entrevista, presentaba tanto en sus modales como en su apariencia un vivo contraste con la figura de Walker. Entre los dos se observó una antipatía tan marcada como la que se ve cuando de pronto se juntan un perro y un gato. Las maneras de Walker eran cortas y abruptas y su apariencia era muy común, Muñoz por el contrario era un hombre con exhuberante belleza física, vestía el hermoso uniforme de un Mayor General y exhibía con maestría esa gracia y finas maneras que a menudo influyen en la apreciación de un carácter.

Muñoz afectaba no dar importancia alguna a la alianza con los Americanos: creía que de nada serviría a los asuntos nacionales y se concluyó la entrevista sin llegar a ningún acuerdo. Más tarde, el Presidente prometió a Walker que tan pronto como Muñoz partiera en una expedición que ya estaba lista para marchar con el objeto de impedir las depredaciones del enemigo en las ricas haciendas de ganado de la provincia de Segovia, una fuerza auxiliar de nativos sería puesta a la orden del Coronel Walker para ayudar en la recuperación de la ruta del Tránsito en poder del enemigo quienes la habían ocupado tan pronto los Decráticos evacuaron Granada.

OBJETIVOS DE WALKER

El objetivo de Walker en hacer de la Ruta del Tránsito el teatro de sus operaciones tenía doble objeto: le daba a él un comando independiente y separado del General Muñoz y si lograra establecer y mantener pie firme en la ruta se podría comunicar expeditamente y recibir refuerzos reclutados en California. Habiendo sido obtenida del Ministro de Guerra la autorización requerida para esta expedición y quien también ordenó al Coronel Ramírez ponerse a las órdenes de Walker con 200 soldados nativos de infantería, las fuerzas expedicionarias se prepararon a embarcarse en el puerto de El Realejo con el propósito

de capturar la Ruta del Tránsito, en poder del enemigo.

Nuestra justa esperanza era que los Democráticos del Departamento Meridional acudirían presurosos a nosotros tan pronto como les ofreciéramos garantías de protección.

El pequeño grupo de hombres que Walker había traído estaba admirablemente dotado de oficiales. Yo había estado muy activo en que se llevaran a cabo los arreglos por los cuales el Coronel Walker tuviera oportunidad de probar su habilidad para concertar una paz con el enemigo libre de la interferencia del intrigante Comandante en Jefe, Muñoz. Pero mi ánimo no se podía disponer a que yo me asociara con ellos.

POSICION DEL AUTOR

Hasta aquí mi posición, aunque restringido en poder, había sido independiente y era adversa a aceptar la posición de ayudante del Oficial en Comando quien desconocía enteramente a esta gente y su modo de guerrear, además, en el poco tiempo que tenía de conocerlo, yo había observado cierta testarudez de su parte en cosas triviales que auguraban un carácter despótico al que yo no estaba dispuesto a someterme. Pero, sin embargo cuando yo expresé mis intenciones de quedarme en León, me di cuenta de que no sólo el Coronel Walker sino todos sus oficiales habían contado tanto en que yo los acompañaría, que sacrifiqué mi sentir personal al sentimiento de obligación hacia mis compatriotas para quienes, yo bien sabía, mis experiencias adquiridas les serían muy valiosas, y así consentí ir con ellos.

Méndez declaró que si yo iba, él también iría y así lo hizo empujado quizás por el placer de aventuras que eran para él como el aire que respiraba. Walker, que supo comprender el carácter de este soldado de fortuna, me dijo en inglés (tan pronto como Méndez había concluido de expresar su devoción por los Americanos y por "la sagrada causa de la libertad") que probablemente los bolsillos de Méndez ya estarían agotados y esperaba llenarlos de nuevo a expensas del enemigo.

SALIDA DEL REALEJO

Las fuerzas fueron embarcadas en el Vesta y salieron del puerto del Realejo el 23 de Junio de 1855.

El Coronel Ramírez a quien yo había conocido en el sitio de Granada era un oficial inconspicuo, fue muy tardado en presentar su comando al Coronel Walker, y en vez de los 500 hombres prometidos solo llevó menos de 150. Cierta amigo mío, nicaragüense, me había advertido que Ramírez no sólo era un hombre de inferior capacidad y coraje en el campo sino que era también un muñeco de Muñoz. El Coronel Walker, a quien yo le traspasé esta información, no le dio ninguna importancia a ésto. La razón que tenía para esta indiferencia era su desorbitada confianza en la habilidad de sus pocos americanos para conquistar, sin ayuda alguna, cualquier número de nativos. Sus errados discernimientos sobre lo que tendré ocasión otra vez de comentar, fueron la falta de un hombre muy valiente, pero faltas son faltas, ya que ellas envuelven errores de cálculo en la adaptación de los medios para

un fin, fuera de que frecuentemente ocasionaba innecesarias pérdidas de vida.

Después de cuatro miserables días de navegación, zumbados para acá y para allá por los vientos contrarios, llegamos a un pequeño puerto unas pocas leguas al norte de San Juan del Sur, al Gigante, cerca de Brito, el puerto que tarde o temprano será destinado a ser el término de un canal interoceánico, cuando el interés del comercio pueda llamar la atención de los legisladores desligados de intereses privados. Esta es la ruta más factible que ha sido propuesta. Esto lo digo porque tuve la oportunidad de comparar personalmente todas las diferentes rutas que han sido propuestas.

Este punto fue escogido por Walker para desembarcar, porque él, es natural, temía que el enemigo, que sin duda ya había sido informado de nuestra salida de El Realejo, intentaría hacer fuerte oposición para nuestro desembarque en San Juan. Y como sus intenciones eran atacar al enemigo en sus posiciones de Rivas el desembarque aquí era lo mismo que en cualquier otra parte.

Yo había estado muy enfermo durante el viaje con un ataque de desintería y sufrí además mareo, y por ésto el Doctor me recomendó que no bajara a tierra porque aunque la transportación fuera favorable yo no estaba apto para el servicio. Las condiciones eran muy desfavorables para la marcha de 20 millas a Rivas, ésta había de llevarse a efecto en la obscuridad bajo una lluvia torrencial y por montes sin caminos.

DESEMBARCO Y MARCHA

Ningún argumento me pudo convencer de que yo debiera quedarme a bardo y así decidí desembarcar alentado por la promesa del Coronel de que tendría toda la ayuda posible de los soldados.

Al desembarcar el bote en que yo iba, golpeó recio en el fondo y era tanta mi debilidad que caí al agua y gracias a la pronta ayuda de mis compañeros no perecí ahogado.

Comenzamos la marcha a media noche bajo torrentes de agua y para mayor desgracia el camino era difícil de encontrarse en la obscuridad lo que nos forzó a esperar a que la noche aclarara un poco. Sería imposible imaginarse un sujeto más miserable que como yo me sentía mientras estaba echado bajo la lluvia en el puro suelo lodoso. Cuando el camino se descubrió reanudamos la marcha; un soldado me sujetaba a cada lado pues, yo estaba demasiado débil para mantenerme de pies sin asistencia.

Al día siguiente cesó la lluvia pero la marcha era pésima; y no fue sino hasta las nueve de la noche que llegamos a la Villa de Tola. A estas horas ya estaba lloviendo otra vez más recio que el día anterior. Estábamos a 9 millas de Rivas, pero no en condiciones de atacar la ciudad y se decidió que sería mejor alojarse y descansar en esta Villa. Algunos de los nativos que conocían el lugar nos informaron que había allí un cuartel del gobierno en el cual se acostumbraba mantener retenes en tiempo de guerra como una protección y como medio de información a las fuerzas de Rivas.

ATAQUE AL CUARTEL DE TOLA

Mientras marchábamos por la única calle en busca del cuartel, (los torrentes de agua completamente apagaban el ruido de nuestros pasos), llegamos de pronto al cuartel deseado, en cuyo corredor habían dos o tres grupos jugando a las cartas a la luz de un candil; el centinela se había retirado al corredor para ampararse de la lluvia. A su pronta llamada de "Quien Vive" fue seguido, tan pronto nos percibió, por su descarga de mosquete y los Americanos que iban adelante de las tropas nativas, se avalanzaron contra el edificio sin esperar órdenes, tirando y dominando toda oposición en pocos momentos.

Varios de los enemigos fueron muertos y heridos sin ninguna pérdida de nuestra parte. Pronto dispusimos el modo de guarnecer el lugar; pusimos centinelas, mientras los Americanos buscamos como descansar, sabedores de que al día siguiente necesitaríamos todas las energías disponibles. Yo estaba indispuerto y sin dormir quizá a causa de la reacción de una droga que el Doctor me había suministrado.

AMANECER EN TOLA

La copiosa lluvia de la noche fue seguida por un glorioso día y los soldados se ocuparon en secar sus ropas y armas a los cálidos rayos del sol. Carne de res y gallinas habían en abundancia y un suculento desayuno fue prontamente preparado. Estábamos sólo a 9 millas de Rivas, la escaramuza de la noche anterior había anunciado al enemigo que andábamos cerca y por lo tanto no era necesario ningún secreto ni había prisa. Por informes de distintas fuentes supimos que el Coronel Bosque, Comandante de Rivas, había sido informado de nuestra llegada desde que desembarcamos; que en un corto tiempo podía llegar un caballo corriendo y que tenía cuatro semanas de estarse atrincherando y fortificando en la ciudad y que, además se temía a que le ayudaran los civiles y una fuerza militar de 1.200 hombres. Todo indica que ya no era necesario apenarse por falta de lucha. Era evidente por la actitud de nuestros hombres, sus ansias y la elaborada preparación de sus armas, que esta lucha les caía como de molde, pues para eso habían venido. Abatido como yo estaba por la larga e inconsecuente lucha en Granada y la innecesaria inmolación de tantas vidas, me quedaban aún algunas esperanzas de un curso mejor para esta guerra ya que ahora hombres de energías y determinación, estaban a la cabeza.

Teníamos ahora que atacar probablemente un ejército en número de 5 á 10 veces superior al nuestro, eso dependía del apoyo que recibieran de los civiles, pero no ví yo motivo de desesperarse por el éxito si nuestras tropas nativas respaldaran eficientemente a los Americanos y si el Coronel Walker probara su sagacidad de que tanto alardeaban sus hombres.

HACIA RIVAS

Comenzamos nuestro viaje a Rivas como a las nueve de la mañana, marchábamos perezosamente lo que indicaba tanto confianza como determinación.

Encontramos muchas mujeres que regresaban

de Rivas con sus canastos vacíos y como la disciplina no estaba impuesta, pues nos parecía seguro que el enemigo no saldría de sus trincheras, los hombres se divertían bromeando y platicando con las mujeres a su antojo y ellas correspondían del mismo modo. Yo noté que mientras Walker y los oficiales americanos se mostraban indiferentes a adquirir informes relacionados al número y atrincheramiento del enemigo, el Coronel Ramírez hacía muchas preguntas a este respecto a las mujeres. El significado de esto fue revelado por los acontecimientos subsiguientes.

Dos horas de marcha nos llevó a los alrededores de la ciudad y tan pronto nos acercamos a una calle vimos la primera trinchera a través de la cual se asomaba la boca de un cañón de 24 libras, una prenda que no podía verse con desprecio.

EL ATAQUE A RIVAS

Ahora se hizo necesario adoptar un plan de ataque. El Coronel Walker ordenó a los soldados a que formaran de dos en fondo y llamó a Tejada (nuestro Napoleón) para que tradujera y transmitiera a Ramírez la orden de seguir a los Americanos hasta que estuvieran algo adentro de la ciudad y acto continuo Ramírez debería distribuir sus hombres de modo que cortara las salidas de Rivas para San Juan y Granada, caminos por los cuales el enemigo quizás intentaría huir, dejándonos a nosotros los americanos, entendernos con las fuerzas de la plaza.

Tejada estaba tan confundido por la orden que no podía traducirla a Ramírez; le rogó al Coronel que se la repitiera y Walker la repitió despacio, pero el pobre Tejada aunque comprendía perfectamente las palabras, titubeaba para comunicarlas hasta que Walker exasperado, lo mandó a la retaguardia y me dio la orden a mí para que yo la comunicara a Ramírez, lo que cumplí inmediatamente. Los ojos de Ramírez chisporrotearon al ver lo favorable que lo dispuesto era para llevar a cabo sus ulteriores maniobras. Yo estaba tan alejado como Tejada, pues había estado peleando con estos hombres por más de un año y sabía que el éxito contra tan enorme superioridad sólo podía realizarse por indomable coraje combinado con juiciosa y astuta estratagemas. La experiencia de Walker en pelear con los Hispano-Americanos, se reducía a escaramuzas con los indios mejicanos del desierto de Sonora, siempre listos a correrse con el estampido de su propio fusil. Evidentemente Walker como Comandante en Jefe, estaba cometiendo un grave error en no evaluar al enemigo. Yo, por lo tanto, mientras las órdenes se estaban cumpliendo, confié en mi larga experiencia y en mi posición independiente, como voluntario ayudante y sugerí al Coronel Walker que quizás fuera mejor no enviar las tropas nativas fuera de nuestro alcance hasta ver si necesitaríamos o no su ayuda durante nuestro ataque.

Con aquella sonrisa, cuyo significado aprendimos más tarde, él contestó que no había yo visto todavía lo que 56 hombres de la clase de los que él tenía y armados como estaban podían hacer, y creyendo, por la poca confianza que teníamos, que si yo insistía lo tomaría a mal, asentí y tomé mi puesto a su lado. Por primera vez yo perdí la fe en nuestro éxito, pero me

determiné a que no sería por falta de mis esfuerzos ni del cumplimiento de mi deber.

Tan pronto como nuestra pequeña columna llegó al alcance del cañón de 24, impetuosamente cargamos y se nos recibió con una descarga de balas grandes y pequeñas las que a causa de nuestra rapidez en avanzar, todas pasaron por encima de nuestras cabezas, mientras Ramírez que sabía el peligro de seguir detrás de nosotros, no movió sus hombres hasta que el paso estaba franco. Rapidamente saltamos las primeras trincheras sólo para encontrar otras iguales un poco más allá tras la que los hombres que defendían la primera, estaban haciendo esfuerzos por guarnecerse para librarse de nuestra persecución. Sin perder tiempo en disparar a estos hombres, continuamos su persecución y llegamos a las segundas trincheras sin haber sufrido bajas, pero aquí nos encontramos con nutrido fuego proveniente de claraboyas en las paredes del cruce de las calles, fuego que no podíamos contestar con eficiencia pero continuamos la carga hacia la plaza. Mientras nos acercábamos a esta base de operaciones, el fuego desde ambos lados y del frente se hizo muy nutrido y para evitar en parte la tormenta de balas que silvaban por doquiera, nos arrimamos a las paredes de ambos lados. Nuestra dificultad era que mientras nosotros estábamos expuestos al fuego del enemigo, éstos eran para nosotros invisibles, guarnecidos tras las paredes y tirando por claraboyas.

Estábamos ya muy cerca del corazón de sus defensas, donde recibíamos un fuego cruzado que si hubiera sido dirigido con buena puntería nos hubieran aniquilado. También encontramos que a causa de ser sus defensas mejor construídas, se hacía imposible nuestro avance excepto por un despacioso y laborioso método de picas, barras y palas. Eramos tan pocos que no habíamos traído implementos de zapadores ni de mineros. Por lo tanto no podíamos hacer nada más que mantener un fuego esparcido, disparando de vez en cuando a las claraboyas, cuando una cabeza o un mosquete se ofrecía de blanco.

DERROTA DE WALKER

La puntería de nuestros hombres era tan segura para hacer que este fuego mortífero y destructivo, pero la disparidad de números era demasiado para nosotros. Ya habían muchos muertos y heridos que contar y el enemigo animado por nuestro paro forzado, habían hecho varios intentos de cargar contra nosotros, pero habían sido pronta y fieramente repelidos. Pero a la larga nuestros hombres empezaron a cansarse de ser sólo blanco de unas fuerzas tan superiores, sin poderlas ellos contrarrestar y rehusaron continuar el asalto que era como a una muralla sólida. El mayor Crocker, cuando estaban así las cosas, se acercó a Walker, un brazo le colgaba inerme, quebrado por una bala y le dijo que los hombres rehusaban cargar al enemigo que los estaban acosando desde un callejón hacia atrás.

En todas mis experiencias anteriores yo había actuado más o menos como Jefe. Aquí y particularmente después de la negativa que sufrí al insinuar que debiéramos mantener las fuerzas nativas cerca de nosotros, yo sólo había ejecutado órdenes y como por-

taba mi rifle había actuado solo bajo el lema de "tirar sólo donde viera una cabeza".

Walker se dirigió a mí y me preguntó si yo podría sugerir algo para extricarnos del infierno en que estábamos. Después de que saltamos y pasamos las primeras trincheras, no volvimos a ver a nuestras fuerzas nativas auxiliares y yo estaba casi seguro de que Ramírez no tenía la intención de socorrernos, tenía amplia excusa para desertar, dada la orden desjuiciada del Coronel Walker. Tan pronto como estuvo plenamente demostrado que no era posible castigar al enemigo, mis tácticas (aprendidas por experiencia en esta clase de guerras) hubieran sido retirar a mis hombres, al instante, de este fuego y buscar unión con nuestras fuerzas nativas y luego atacar otro punto más accesible. Sin embargo, a esta hora era dudoso que un intento de retirada no se convirtiera en un suicidio; Walker me dispó la incertidumbre sugiriendo que un abrigo temporal y un descanso podrían poner a los hombres en condiciones de reanudar las operaciones ofensivas en dirección a la plaza. Yo por lo tanto le mostré una casa grande y vacía al otro lado de la calle y recomendé que la puerta podría ser derribada y que tomando la casa hiciéramos de ella una fortaleza.

Esto se hizo al instante y nos encontramos protegidos de la lluvia de balas. Los hombres se ocuparon en hacer arreglos para la defensa del lugar. Previendo que al abandonar la ofensiva estimularía al enemigo para tomarla ellos, aconsejé resolución y unidad y dí ejemplo de actividad arrastrando un mueble pesado para ponerlo en frente de la puerta derribada. En esto me asistieron con diligencia el Coronel Walker y el Teniente Coronel Kewen y no anduvimos muy lerdos, pues escasamente habíamos colocado esa barrera temporal cuando el enemigo se nos vino encima con un bien organizado asalto con bayonetas caladas. Si este asalto se hubiera llevado a cabo antes de que obstruyéramos la puerta, hubieran entrado y hubieran dado buena cuenta de nosotros por su inmensa mayoría. Pero la barrera temporal permitió a nuestros hombres despejarse un poco de un letargo pasajero que habían sufrido mientras tanto Walker, Kewen y yo deteníamos su ofensiva, echando a un lado sus bayonetas y atravesándolos con nuestra espadas. Nuestros hombres acudieron a socorrernos y descargando sus rifles sobre nuestros hombros lograron por fin desvanecer la ofensiva dejando la puerta mejor atrincherada con un montón de muertos del enemigo. Primero hicieron una pequeña pausa y luego se retiraron precipitadamente dejando una cantidad de muertos como testigos de la buena puntería de los rifleros.

MUERTE DE KEWEN

Mientras el fuego certero de nuestros hombres anulaba la presión del enemigo, el Coronel Kewen avanzó tambaleante como queriendo asir el aire con sus manos, yo lo abracé y le ayudé a recostarse suavemente sobre mis espaldas. No fue necesario preguntarle que tan grave era su herida, pues el chorro de sangre que manaba de su boca y una mancha roja en el pecho de donde también la sangre salía a borbotones lo decían todo. Tenía el pulmón perforado y con una sonrisa expiró.

Las pérdidas severas del enemigo les imponía más precaución, pero no aminoraba sus bríos. Salieron a las calles en grupos, nos rodeaban, incendiaban las cañas y el maderamen que soportaba el tejado arriba de nuestras cabezas.

Cada momento la situación era más difícil y nuestra hora final se acercaba. Una acción rápida era imperativa.

ESTUPIDEZ DE WALKER

Los hombres pareciera que habían perdido su energía y su coraje. Walker, desde que habíamos abandonado la ofensiva, parecía haber sido atacado por una estupidez total. Yo por un acto espontáneo asumí el comando por el momento.

Yo alentaba a los hombres tomándoles su rifle y tirando a las masas del enemigo que ocupaban la calle, sin importarme exponer mi cuerpo a vista de las balas que silvaban y refulaban por las puertas y las ventanas, me debieran de haber infundido un poco de más cuidado, pues ponerme así a la vista, era jugar con la muerte, pero como a eso estaba expuesto, de todos modos, no me importaba ser indiferente en cuanto al tiempo y modo que viniera. Una bala me alcanzó en la sien derecha y caí al suelo. Recuerdo de una charchaleante sensación de una lucha por mantenerme contra el suelo y en oposición a un impulso gravitativo hacia arriba y entonces oí distintamente al Coronel Hornsby diciendo "se fué" y al Coronel Walker que replicó "es una lástima". Las palabras o quizás la hemorragia profusa, me alivió de la confusión momentánea causada por el choque e inmediatamente me puse de pies y grité "no me he ido todavía", palabras que merecieron un aplauso no obstante nuestra triste situación.

Pregunté por el cirujano, la bala parecía haber cortado la arteria temporal y la hemorragia era grande. El me aseguró, sin embargo, desde la solera cerca del caballete, donde estaba encajado, que la hemorragia cesaría por sí sola.

Por este tiempo ya el suelo de la gran pieza donde estábamos alojados, estaba cubierta con los cuerpos de nuestros camaradas muertos y la vista de su macabro espectáculo parecía paralizar los nervios de muchos de nuestros hombres. El Coronel Kewen, el Mayor Crocker y muchos otros bravos soldados estaban muertos, muchos otros gravemente heridos.

RETIRADA

El enemigo estaba trayendo un cañón de los más grandes para atacar nuestro edificio, una pared que estaban demoliendo, era el único obstáculo entre nosotros. En esta crítica situación Walker y Hornsby se me acercaron a preguntarme si yo podía sugerir algún modo de obtener algún alivio aunque fuera pasajero y me agregaba que él esperaba que cuando viniera la noche nosotros todavía podríamos estar aptos para hacer un asalto a la plaza. Nuestra fortaleza estaba a poca distancia de una pequeña cañada bordeada de árboles y aunque el espacio que nos separaba estaba ocupado con el enemigo, le dije al Coronel que yo pensaba que nuestra única esperanza de escapar

era hacer una salida y que si la llevábamos a cabo con éxito y formábamos una pasada, el pelear arriba de la cañada, sería más fácil que en la calle.

La idea fue recibida con entusiasmo e inmediatamente nos reunimos para ponerla en ejecución.

Los hombres comprendiendo que un supremo esfuerzo era lo único que nos salvaba, recobraron su vigor y nuestra carga fue hecha con tal impetuosidad que estábamos disparando nuestros revólveres en la cara de nuestros enemigos y abriéndonos paso entre sus mismas filas antes de que ellos se percataran de lo que sucedía. Al ponernos a la cabeza de la columna para el asalto, el Coronel Walker y yo, el pobre Hughes que era el último que quedaba de mis rifleros de Jalteva, me gritaba desde una esquina de la pieza, donde yacía herido implorándome que no lo abandonara. Estas son las emergencias que causan más dolor que cualquiera otra con que se puede topar en una batalla. Cualquier titubeo en estos momentos hubiera sido fatal para todos, mientras que a él nada le hubiera aprovechado.

Antes de que el enemigo se pudiera sustraer de nosotros ya habíamos cruzado por entre ellos y al llegar a la parte inclinada de la cañada, volvimos las caras y nos mostramos listos para darles una buena recepción si ellos deseaban perseguirnos. Esto por el momento, no estaba en sus planes, por lo tanto, deliberadamente y con cautela, comenzamos a retirarnos a lo largo del filete de la cañada y en pocos momentos nos encontramos al campo abierto en las afueras de la ciudad. Proseguimos nuestro viaje muy despacio esperando a cada momento ser perseguidos y atacados por el enemigo con quien nos sentimos competentes para entablar batalla tan pronto nos vimos libres de casas y paredes que los guarecía a ellos de la puntería de nuestros rifleros. No nos siguieron, sin embargo, e hicimos alto cerca de la villa de San Jorge con el objeto de hacer nuevos planes y distribuir parque. Mientras nos ocupábamos de ésto, las campanas de Rivas celebraban la victoria.

TRAICION DE RAMIREZ

Pero les había costado muy caro, porque sólo sus muertos doblaban el número de los hombres con quienes ellos —20 a 1— habían peleado. En este lugar el Capitán Mayorga y otros dos o tres que como Méndez se habían voluntariamente unido a nuestra expedición, se nos acercaron, saliendo del monte y ellos nos informaron que desde el comienzo de la batalla el Coronel Ramírez había marchado sus tropas en dirección opuesta a la ciudad tomando el camino hacia el vecino Estado de Costa Rica. El Coronel Walker posteriormente hizo cargos al Presidente Castellón contra el General Muñoz, acusándolo de haber dado instrucciones secretas a Ramírez (quien era bien conocido como instrumento suyo) que se desertara de los americanos cuando éstos estuvieran bien adentro de las líneas enemigas.

Yo no tengo ninguna duda de la traición de Ramírez pero si Walker hubiera mostrado un poquito de más aprecio y dependencia en nuestras tropas nativas, manteniéndolas al lado de nosotros y participando en la batalla, habría encontrado suficiente lealtad en ella

y suficiente odio para el enemigo como para tener asegurada su ayuda.

Yo siempre encontré que el soldado común de Centro América es menos apto a traicionar que sus jefes; el crimen de la traición es más común en las clases altas.

DESCONFIANZA DE LOS JEFES

La última vez que vi a Méndez fue cuando nos guarnecimos en el edificio, estaba arrancando de su sombrero la divisa roja que llevaba y reponiéndola con un pañuelo blanco, y el Capitán Mayorga nos informó que él (Méndez) había tomado un caballo y que cruzó sereno las calles sin que nadie lo conociera ni sospechara de él a causa de su divisa blanca. Esto era muy de Méndez y yo me alegré de saber que se había escapado.

El Coronel Walker decidió marchar a San Juan del Sur y como Mayorga era nativo de Rivas y buen conocedor de los alrededores, se le ordenó que nos guiara por veredas hacia el camino de San Juan.

Era tan grande la desconfianza de Walker por los nativos desde la traición de Ramírez que me ordenó informara al Capitán Mayorga que si él nos guiaba a una emboscada, pagaría con su vida pues ya todos los hombres tenían órdenes de tirarlo.

En vano Mayorga, que era indudablemente leal a nosotros alegaba que el enemigo podía estar en esperas de nosotros escondido en cualquier matorral por donde nosotros habíamos de cruzar. Walker estaba inexorable y reanudamos el viaje por los charrales más espesos, guiados por Mayorga.

El Coronel Walker y yo nos manteníamos muy cerca del guía con los revólveres montados como precaución en caso que quisiera huir o de cometer traición.

Tan ansioso estaba Walker ahora de llegar al mar antes que el enemigo, como antes lo estuvo indiferente a sus movimientos. Tomando en consideración a los heridos entre los que estaban el Teniente, que después fue Coronel Anderson y el Capitán Du Brissott. Yo le había dicho al guía que no se apresurara, pero Walker me ordenó decir al Capitán Hornsby que aumentara la velocidad de la marcha. Agregando como para que sólo él lo oyera: "Los heridos deben correr su riesgo" puesto que la única esperanza de escapar al enemigo dependía de tomar posesión de San Juan con el mar a nuestras espaldas antes que ellos se nos anticiparan.

Se me vino a la memoria el consejo que le había dado en la mañana el cual lo recibí con desdén e indiferencia pero sin embargo, yo estaba decidido a hacer todo lo posible para que los heridos no fueran abandonados. Después de que me ordenó a mí, dos o tres veces, a que aligerara la marcha, yo creo que sospeché que yo la retardaba adrede y él personalmente dio la orden de caminar más a prisa. Pero ya para este tiempo los heridos habían sido provistos de caballos.

DESCANSO EN UNA FINCA

A causa de la oscuridad o quizás por los nervios de Mayorga nos perdimos en los charrales y a media noche cuando ya estábamos agotados llegamos a una finca de ganado y allí se decidió pasar la noche.

Walker, con la traición de Ramírez en mente o quizás como medida de seguridad, ordenó capturar al anciano finquero y a su esposa, y los mantuvo como rehenes de la fidelidad de sus hijos.

A estos se les ordenó destazar un novillo del corral y preparar desayuno para los hombres. Se les advirtió que la seguridad de sus padres tanto como el pago del novillo dependía de su fidelidad, pues ellos podrían fácilmente noticiar al enemigo en Rivas de nuestra condición.

Sólo el Coronel Walker, y yo, de toda la compañía, quisimos servir de centinelas para cuidar el campo pero muy pronto ví a mi comandante rendirse bajo la influencia del sueño.

Yo supongo que por causa de mi enfermedad o de tanto trajín y excitamiento junto con la pérdida de sangre de mi herida me mantenía despierto pues no tenía ni pizca de sueño no obstante de ser esta mi tercera noche de insomnio.

Una tensión nerviosa extrema parecía haber tomado el lugar de una reparadora dormida; pasé la noche sentado platicando de vez en cuando con el anciano y su esposa quienes estaban muy ansiosos por saber si los mataríamos antes de nuestra partida en la mañana, pero yo logré calmarlos, a toda su sorpresa, diciéndoles que los Americanos nunca mataban a nadie. En la mañana mientras los hombres tomaban su desayuno el Cirujano Jones extrajo la bala, de una onza, de mi cabeza, cerca de la oreja, usando un cortaplumas y sus dedos, en vez de los instrumentos que él había tirado para poder portar el rifle en nuestros apuros de Rivas.

Mientras él afilaba el cortaplumas en un mollejo como preparación para la operación, le advertí que una pequeña presión del instrumento empujaría la bala hacia adentro del hueso fracturado. El sin embargo operó con mucha habilidad.

La marcha se reanudó después de un buen desayuno, los hombres que no estaban heridos parecían más aptos a dar buen servicio contra el enemigo, si éste apareciera.

Pronto tuvimos a la vista el camino del Tránsito cerca de la casa, "Halfway house" 6 millas de San Juan. La marcha fatigosa de muchas millas había sido por entre los densos y espinosos charrales y como yo iba a la cabeza de la columna, a mi me tocaba abrir brecha y así mis zapatos algo delgados habían sido prácticamente desbaratados y mis pies dejaban marcas de sangre por donde yo pasaba.

La esperanza de llegar al camino nivelado era agradable para casi todos y también lo era el incentivo que esto proporcionaba el pronto fin de la jornada.

Para mí las millas que estaban por andar eran tan formidables como si la distancia fuera infinita, porque sentía que mis fuerzas al fin ya se acababan y que no podría más mantener la celeridad de la marcha.

Mientras los hombres que habían recobrado su alegría se preparaban para cruzar los últimos matorrales y salir al camino, el ruido de los cascos de muchos caballos se oyó venir a poca distancia, Walker con esa rapidez que lo distinguía en casos de emergencia, ordenó que todos los hombres se ocultaran y que de ninguna manera tiraran hasta que él lo ordenara.

EL EXPRESO DEL TRANSITO

Inmediatamente después un cuerpo de caballería que lucía la odiada divisa blanca, pasaba de cuatro en fondo. En el centro de la columna iban las mulas de la Compañía del Expreso, vistosamente ataviados y portando el tesoro de ésta.

Una sola descarga bien dirigida, como los Americanos sabían dirigirla, a una distancia corta a que nos encontrábamos, hubiera dejado tantos caballos sin jinetes, como rifles teníamos nosotros y así nos hubiéramos hecho cargo de custodiar el tesoro. La clemencia de Walker cuando el enemigo estaba en sus manos, en el interés de la propiedad y en la fuerza moral necesaria para su protección, debiera categóricamente desmentir el grito insensato de "Filibustero" con que posteriormente lo han calificado.

Para mí, que lo conocí tan bien, el acto no significaba nada, no era más que un acto de su acostumbrada devoción a ejercer estricta observancia de la justicia, donde no se envolvía ningún interés público.

Los soldados pasaron ilesos sobre las "fauces del Averno" que hubiera bostezado con una pequeña señal de un hombre y reanudamos la marcha. Estimulados por el camino parejo y por la proximidad del puerto en el cual era seguro encontrarse alguna embarcación para que cargara con el puñado de hombres agotados y los llevara lejos de la legión de enemigos, el andar se aceleró tanto que yo gradualmente me fui quedando atrás y me ví en mi imaginación abandonado a la soledad en un camino infestado de enemigos. Así como los caballos después de una larga caminata en el desierto apresuran su andar cuando el aire húmedo les indica que hay agua cerca, así todos nuestros hombres ilesos se apresuraron a andar sin acordarse de los menos fuertes que iban quedando atrás. Triste y adolorido, arrastrándome poco a poco, ví venir un hombre a caballo, acercándose de frente sin detenerse, no obstante que a la distancia que estábamos se distinguían claramente nuestras divisas rojas y nuestra nacionalidad y consecuentemente nuestra filiación política. Como era peligroso declararse uno democrático en estos contornos, por ahora, la conducta del jinete solitario implicaba valor y democracia combinados. Pronto se descubrió ser un Americano y cuando arrió la columna fue detenida con el objeto de que el Coronel Walker investigara acerca de las condiciones del camino hacia adelante y de las fuerzas del enemigo en San Juan del Sur.

ENCUENTRO CON DEWEY

El hombre resultó ser Mr Tom Dewey, de Kentucky que había sido miembro de mi compañía de rifleros en Granada. Dewey que era un notorio criminal y tahur de California, había sin embargo, sido un buen soldado en Jalteví, se le dio de baja al solicitarlo él cuando yo formé una compañía de rifleros nativos. El había desde entonces, prosperado grandemente en su profesión en San Juan. Nos informó que las noticias de que nosotros andábamos por los montes después del fracasado intento de capturar Rivas, habían llegado a San Juan y que había salido con la esperanza de encontrar-

nos y decirnos que no habían tropas ni en San Juan ni en los alrededores.

Conocer como era yo del carácter de Dewey, me fue posible asegurar al Coronel Walker que ninguna traición se podría sospechar de él estando la vida de sus compatriotas de por medio.

Rara anomalía de la naturaleza humana. Este hombre cargado de crímenes y de violencia, un fugitivo buscado por decretos de la ley, estaba sin embargo poseído de honorable instinto que lo obliga a exponer su vida para ayudar a sus conciudadanos cuando en provecho propio él podría salvarse con sólo aliarse con el partido dominante.

Estando así verificada la seguridad del camino y del pueblo, el comando marchó de frente con mayor celeridad y fui yo rápidamente quedándome atrás. Estando todos obcecados en la oportunidad que había para escapar por mar antes que llegaran a San Juan un número considerable de fuerzas enemigas ni siquiera pensaban en aquellos menos aptos que ellos para caminar.

Era tanta mi debilidad y tan intenso el dolor que me causaba el contacto de mis pies lacerados con el áspero suelo, que perdí toda esperanza de mantenerme a la par del resto de los hombres y empecé a buscar un lugar a orillas del camino donde pudiera descansar, cuando Dewey miró hacia atrás y viendo mi inclemencia arrendó su caballo hacia mí, me asistió a subir en ancas y me rescató del inevitable destino que esperaba a aquellos que por heridos o cansados se quedaban atrás. Me place relatar la buena acción de este hombre que posteriormente pagó con su vida por el pecado de muchos crímenes.

CAPTURA DEL "SAN JOSE"

La vista de San Juan y del azul Océano fue un deleite para el desbaratado y agotado puñado de hombres y aún fue mayor su alegría cuando vieron que en esos momentos anclaba en el puerto un hermoso barco. El Capitán Hornsby, con una escolta de hombres prontamente la abordó. Era el barco "San José", de Costa Rica y fue detenido como una enemidad militar, como único medio de escapar de un enemigo numeroso.

Hornsby casi no abordó la lancha, pues el Capitán alemán viendo la costa llena de soldados americanos y y suponiendo de lo que se trataba, empezó a levar su ancla para alejarse de esos sitios, pero Hornsby se lo impidió.

Nada se podía ganar con la dilación y por lo tanto era importante abordar la lancha antes que llegara el enemigo de Rivas y así no se perdió ni un instante en embarcar los hombres. A mí me llevaron a bordo con el resto de los heridos inmediatamente y me condujeron en brazos al camarote. Allí encontré gran alivio de mis sufrimientos y cansancio en un sueño tan profundo que muchos de los excitados sucesos que ocurrieron después, algunos junto a mi camarote, los supe sólo por relato que me hicieron otras personas que los atestiguaron.

Ya estaba anocheciendo cuando el último de los hombres fue puesto a bordo, exceptuando un pequeño retén que aún quedaba en la costa y cuando las sombras empezaban a obscurecer el panorama, enormes

llamaradas se alzaron en las barracas cerca de la costa y toda la estructura ardía poco después. Dewey y un marinero llamado Sam, propietario de un bote pequeño, habían incendiado el edificio por pura perversidad y malicia con el fin de infligir daño a un lugar cuyos habitantes estaban ya cansados de aguantarlos y permitir la persecución de sus nefastos procedimientos. Tal como fueron sus intenciones, el odio cayó sobre los Americanos bajo la influencia protectora de los que bajo cuyo poder el acto fue cometido.

JUSTICIA DE WALKER

Walker estaba ardidado y determinado a castigar a los perpetradores, de modo que se difundiera por el mundo que sus ambiciones eran buscar el poder por medios legítimos y que ningún vandalismo podría recibir sus sanciones.

Sam medio borracho, vino a bordo en busca de aprobación por lo que él creía ser un acto meritorio. Fue arrestado y como se disponía de tiempo, pues no soplaban ningún viento y había que esperar que la marea bajara para poder huir, una corte marcial rápidamente reunida lo condenó en pocos momentos a ser fusilado. Walker aprobó la sentencia inmediatamente. Todo esto sucedía tabique de por medio de donde yo dormía.

El Capitán Hornsby con una pequeña escolta, condujo al reo a la costa para cumplir la sentencia. Una vez en tierra, en la obscuridad y en la confusión que causaban los tiros de la vanguardia enemiga que ya llegaban a San Juan, logró Sam quitarse las esposas que ataban sus manos y se escapó.

A mí siempre me ha parecido que alguno de nuestros soldados teniendo piedad de Sam, le soltó las esposas, cosa que se podía hacer con mucha facilidad en la obscuridad de la noche.

Dewey aunque estaba borracho, no fue tan tonto de ir a bordo y se había refugiado en el bote de Sam, esperando que Sam regresaría pronto y zarparían juntos lejos de ese lugar tan peligroso para ellos ahora que llegaba el enemigo. Mientras la pifiada escolta regresaba al barco ya bajo el fuego del enemigo que estaba alineado en la costa, se llevaron remolcado el bote de Sam y lo amarraron a la San José y habiendo ya la marea empezado a bajar, lentamente empezamos a bogar hacia mar abierto. Un poquito más de actividad de parte del enemigo nunca nos hubiera sido posible huir.

Su negligencia no es para maravillarse si consideramos las inmensas pérdidas que habían tenido el día anterior y su probable creencia de que los Americanos nunca arriesgarían recibir otra calurosa bienvenida análoga a la que nos habían dado.

No fue sino hasta que llegamos a León que supimos el destino de los seis heridos que abandonamos en Rivas. Fueron atados con cadenas en grandes trozos de maderas que amontonaron en la plaza y quemados vivos por orden del Comandante Coronel Bosque en la noche del día de la batalla, como un sacrificio expiatorio por las almas de aquellos que habían caído en nuestras manos.

El Coronel Walker, al relatar esta su primera batalla en Nicaragua, tiene cuidado de ir corto en sus

pérdidas y en el tamaño de las fuerzas a que él se empeñó en atacar, cuando con una actitud más juiciosa que no le hubiera menguado su coraje, le hubiera aconsejado retirarse de la trampa que le habían armado tan pronto como hubiese visto la infructuosidad de su persistencia.

La experiencia es una maestra valiosísima, aunque nosotros no siempre estamos anuentes a reconocer nuestras obligaciones hacia ella.

Aunque nuestras fuerzas eran muy pequeñas en número muy rara vez los anales de la historia han tenido que relatar un lance de tanto esfuerzo, de más intrepidez y atrevimiento que la de esta pequeña banda abandonada, como estuvo desde el principio, por sus aliados. Es cierto que una tercera parte de ella murió o cayó herida.

HACIA EL REALEJO

A la mañana siguiente fuí despertado por Walker personalmente quien me dijo que deseaba que le hablara a la mujer de Dewey quien llevaba el timón del bote de Sam que iba remolcado a la San José.

Cuando llegué a la cubierta, bastante refrescado por el sueño de toda la noche como los hombres que ejecutaron eran rifleros escogidos, no era necesario averiguar el estado de Dewey y como Walker ya no necesitaba mis servicios a bordo él, con un admirable sentido de ventaja y sin tomar en cuenta mi condición de herido, me ordenó que fuera a bordo y que tomara posesión del bote y que lo condujera a salvo al Realejo. Me constituyó en el acto administrador de las pertenencias de Dewey y me dio dos soldados para que hicieran el trabajo de manejar el bote en el recorrido de más de cien millas que distaban del Realejo.

Siempre fue parte de mi credo militar el oír y obedecer y ni siquiera pensé en interponer objeción alguna a causa de la excesiva debilidad y de mi herida que aún no había sido atendida debidamente. Pero seguí a los dos hombres a bordo del bote lo mejor que pude, y una vez suelta la cuerda que lo ataba, la San José se alejó de nosotros con mayor velocidad y quedamos a merced de las olas del ancho mar.

Los dos hombres en cuanto bajamos al bote, bajaron a la "cholpa", y yo me hice cargo del timón, los llamé que subieran e izaran la vela, pues, después de habernos soltado de la San José quedamos a merced de las olas.

Cuando subieron poco tiempo después, me informaron que Dewey estaba muerto con una bala a través del corazón.

Hasta después de di cuenta que estos hombres se habían apresurado a bajar a la "cholpa" con el fin de registrar los vestidos de Dewey quien tenía la reputación de llevar consigo gran cantidad de oro, y que en verdad, le encontraron una buena cantidad. Después de haber izado vela, les ordené que subieran el cuerpo del muerto a cubierta para prepararlo a su sepultura en el mar y les rogué que lo registraran a ver si tenía algo de valor. Por supuesto que no le encontraron ni un centavo.

Estos hombres eran de ralea peor que la de Dewey, uno de ellos había asesinado a su camarada de manera tan vil e injustificable que hubiera sido in-

discutiblemente condenado y fusilado por una corte marcial si no hubiera sido que en esos momentos era útil como soldado, cuando cada hombre contaba. El sentido de justicia estaba subordinado al de necesidad.

DEWEY SEPULTADO

Muy pronto me dí cuenta de que mi posición no era envidiable, solo en el mar acompañado de estos dos hombres; cuando les ordené que envolvieran y cosieran el cuerpo de Dewey en un trozo de vela y que le pusieran peso en los pies para darle sepultura en el mar, me contestaron que no era necesario meterse a tanto trabajo, pues era más fácil echarlo fuera de borda tal como estaba. Yo estaba muy débil y hubiera sido ridículo discutir con cualquiera de estos rufianes, pero como ellos ignoraban la costa que recorríamos y no tenían la menor idea del arte de navegar y eso les obligaba a obedecerme, yo lo aproveché para insistir que hicieran lo que les ordenaba.

Esto era lo más que yo pude hacer por el hombre, que cualquiera que fueran sus crímenes, me había hecho un favor con desinterés, un acto de bondad que quizás me salvó la vida. Cuando el saco conteniendo su cuerpo se hundió en las aguas azules yo sólo recordé al hombre valiente, olvidando por el momento la Némesis que lo persiguió hasta su muerte; era sólo una retribución a los actos de su vida. ¿Quién de nosotros pudiera tirar la primera piedra? Y después de todo, no estamos nosotros sujetos a las leyes de la necesidad, como los dos cachorros de tigre que Sam llevaba en la cholpa que tan pronto cayó Dewey agonizante a consecuencia de las balas fatales, le devoraron el pecho y se hartaron de sus carnes en obediencia a su feroz instinto natural?

A MERCED DE LAS OLAS

Cuando ya todo estaba puesto en orden en nuestra pequeña embarcación y viendo que la marejada estaba muy alta tanto por confort como por seguridad, viré un poco hacia la costa para aprovecharnos de las aguas mansas cerca de las costas montañosas de donde soplaba el viento. Cuando me estaba felicitando del alivio que habíamos obtenido de las agitadas aguas, la vela comenzó a golpear contra el mástil sobreviniendo a continuación una gran calma.

Y por no llevar ni remos ni palancas a bordo, nos vimos enteramente a merced de las corrientes y de la marea.

En esta triste condición nos llegó la noche y como no teníamos ni siquiera una brújula, sólo flotábamos sin ningún rumbo y sólo podíamos adivinar a qué lado estaba la costa por la negrura intensa del cielo a ese lado.

Hacia la madrugada el ruido en ascenso del reventar de las olas nos indicaba que estábamos flotando hacia la costa y como no estábamos en posibilidad de contrarrestar las corrientes que nos arrastraban y no teniendo ni palancas ni remos nos resolvimos filosóficamente a esperar el inevitable fin, tan pronto como el bote fuera arrastrado por las olas cuyas blancas espumas ya eran visibles en la oscuridad. Sólo un robusto nadador sería capaz de salvarse.

Los dos hombres se desnudaron para intentar salvarse, pero yo, que no tenía ni fuerzas ni siquiera inclinación a hacer el esfuerzo necesario, me recliné al timón sintiendo cierto alivio en pensar que la lucha árdua por la vida estaba ya al llegar a su fin.

Durante unos pocos minutos de espera en los que pareciera que íbamos lentamente hacia la destrucción, sentí de pronto una fuerte ráfaga de viento en la cara, grité a los hombres que aseguraran la vela la cual ví con satisfacción que se inflaba, empujando al bote que comenzó a alejarse suave pero con persistencia de las peligrosas olas cuyos ruidos tempestuosos ya llenaban el ambiente. Probablemente estábamos pasando un cañón en la montaña a través del cual el viento encontraba salida al mar y manteniendo nuestro bote con este viento en popa pudimos salir mar afuera donde ya nos alcanzaba el viento que soplaba por encima de las montañas.

El día y la noche siguientes aún íbamos navegando, pero con vientos moderados y aguas más mansas. Mi herida se me había inflamado y me causaba gran sufrimiento, pero más molesto que cualquier dolor físico era la conducta de los hombres, que me exigían que era mucho mejor empezar una vida de piratas en una buena embarcación, como la nuestra, que volvernos a correr fortuna con ese *Coronel Walker* en una tierra y por una causa plagada de enemigos que inevitablemente nos llevaría a dificultades y muerte.

En nuestro barquichuelo, alegaban ellos, podemos mantenernos una docena de hombres atrevidos que sin dificultad los recogeríamos en los puertos y después podríamos asaltar pequeños poblados y exigirles rescate o contribución.

Lo decían y lo sentían muy de veras y sino hubiera sido por su falta de confianza en su habilidad de operar el bote solos, indudablemente me hubieran echado por la borda.

Divisar al tercer día de navegación los mástiles del *Vesta*, a través de una punta rocosa de la costa, que íbamos pasando, fue un gran descanso para mí.

Poco tiempo después que la *San José* nos soltó en el mar los tripulantes de este barco divisaron el *Vesta* que cruzaba cerca de "El Gigante" y la *San José* quiso acercarse a ella, pero el *Vesta*, tornándola por un barco enemigo puesto que llevaba bandera de Costa Rica, emprendió la fuga, pero fue alcanzada por la *San José* y los hombres trasbordados al *Vesta*.

LLEGADA A EL REALEJO

El *Vesta* estaba ya en la bahía de El Realejo y pronto llegamos y anclamos a su lado y habiendo renunciado a mi cargo de Capitán de bote, entregué el mando al Capitán Morton, prosiguiendo inmediatamente en un bote de remos al pueblo de El Realejo donde tuve la buena suerte de encontrar al Dr. Dawson, de Chinandega, muy buen amigo mío.

A causa de la herida y de la inclemencia de los últimos cuatro días me había sobrevenido una fiebre y el buen Doctor hizo que me condujeran en una carreta a su casa de Chinandega donde por varias semanas, él y su excelente esposa, me dispensaron sus cuidados que asistido por mi excelente constitución, efectuaron la cura.

Durante mi enfermedad y convalecencia la "Fálanje Americana" como le habían llamado, permaneció en El Realejo y Chinandega.

La fama que habían alcanzado por esta su expedición a Rivas, que aunque resultó en derrota, grandes proezas se esperaban de ella. Sus bajas se repusieron con creces por los Americanos esparcidos en el Estado que se incorporaron voluntariamente atraídos por su popularidad, lo que la hizo más formidable que antes, gracias a la experiencia que habían adquirido.

VALLE "EL CHELON"

La conducta de Ramírez y de sus hombres, fue muy sentida y deplorada por los caudillos más prominentes del Partido Democrático entre quienes se destacaba el General Valle, llamado comúnmente "El Chelón", era éste el mimado de los soldados del Departamento de Chinandega, donde era Comandante y quien además de sentir un intenso odio hacia Muñoz secretamente aspiraba a ser Dictador del Estado para cuya posición, su popularidad y su afición a las armas lo hacían muy adecuado. Además de esto, era un hombre de impulsos generosos y su mayor deseo, tal como lo decía, "era probar a los Americanos que los Centro Americanos no eran ni traidores ni cobardes".

Cuando Walker no pudo obtener ayuda oficial del Gobierno de León, debido a gestiones de la facción que se oponía al Presidente se marchó con sus fuerzas al Realejo, con la amenaza de buscar en Honduras, (donde el Presidente lo había invitado cordialmente), enganche para sus armas que esa facción le negaba en Nicaragua. El Chelón, quien no tenía más que decir, "Vengan muchachos" y lo seguían en contra de su propio Presidente si fuera necesario, declaró que acompañaría a Walker otra vez a la Ruta del Tránsito, con una fuerza adecuada para borrar la mancha que la traición de Ramírez había traído al pueblo de Nicaragua.

Después de todo, esta fue la solución más aceptable para el Presidente e inmediatamente se comenzaron los preparativos que resultaron en poner a bordo del Vesta y otra embarcación más pequeña, una fuerza de más de ciento cincuenta hombres nativos con El Chelón a la cabeza, una fuerza que inspiraba confianza constituyendo, con los Americanos, un ejército en el cual se podía depender.

Después de que yo pude otra vez presentarme para el servicio, todo mi tiempo lo gastaba en hacer los preparativos a que estaba obligado en mi carácter de Comisario y de Contramaestre para poner a los Americanos otra vez en pie de guerra, habiendo sido autorizado para extender recibos en nombre del Gobierno por todos los pertrechos necesarios. El crédito del Gobierno era bueno y por lo tanto no tuve ninguna dificultad en adquirir todo lo que el país pudiera proveer. Hubo una excepción a esta regla.

MR. MANNING

Un Mr. Manning que había sido Cónsul de Inglaterra en Chinandega y que se había enriquecido con los monopolios que el poderío de su Gobierno le había capacitado para adquirir del Gobierno de la Iglesia en

Nicaragua; era el único que tenía una existencia de pólvora para rifles y fulminantes en el pueblo. Esto era parte de su mercadería y yo mandé un Sargento con el recibo correspondiente para comprarla. El rehusó venderla, usando un vocabulario muy irrespetuoso para el Gobierno Democrático y haciendo alardes de la protección que le daba el Gobierno de Su Majestad Británica. Yo consulté al Coronel Walker, pues deseaba proceder con cautela para no dar motivo de dificultad al Gobierno.

Walker contestó, que como municiones de guerra estaban sujetas a ser decomisadas, si Manning rehusaba venderlas.

Yo, así respaldado, tomé una escolta y como Manning al verme llegar a su puerta colocó la insignia de San Jorge a través de ésta, haciendo al mismo tiempo atrevidas amenazas de la venganza de Inglaterra si yo la tocaba. Yo calladamente y con el debido respeto para el emblema de esa gran nación, la puse a un lado y tomé la mercadería requerida. Manning entonces aceptó gustoso el recibo que se le extendiera al ver que su pequeña baladronada no surtió efecto.

He relatado este incidente con todos sus pormenores, porque el Coronel Walker al dar cuenta de él, asegura que yo pisoté la bandera inglesa por orden suya.

Como siento el mismo orgullo tanto por ser nacido en Inglaterra, como por ser ciudadano americano y me ofendería que me creyeran capaz de humillar a cualquiera de ellas, hubiera requerido una provocación mayor y más ofensiva que la malacrianza de un individuo vulgar, para que yo cometiera un acto indigno con la bandera de mi país nativo.

DE NUEVO A RIVAS

El 26 de Agosto zarpamos otra vez del puerto del Realejo rumbo al departamento meridional. Mientras navegábamos mar afuera en la marea, el barco San José echaba anclas en el puerto y creyendo Walker que probablemente había estado en San Juan, en su viaje desde Costa Rica, decidimos Walker, Valle y yo, ir a bordo de la San José a hacer averiguaciones con respecto a la situación en que estaba San Juan, las que nos podrían ser provechosas para el proyecto de nuestro desembarco allí.

Al acercarnos a la San José un bote pequeño se alejaba de su lado y mientras éste pasaba a corta distancia de nosotros, hicimos esfuerzos por identificar uno que hacía esfuerzos por no ser identificado, cubriéndose la cara. Méndez que de pies en la cubierta de la San José nos saludaba mientras nos acercábamos y así nos distrajo la atención y el traidor Ramírez, que era el hombre que hacía todo lo posible por no ser conocido, tuvo suerte y escapó nuestra venganza.

Méndez que aunque hasta ahora regresaba de su exilio forzoso, no vaciló un momento en decidirse a regresar con nosotros. Era su destino, decía, no perder la oportunidad de que le metieran una bala en la cabeza.

Dijo Méndez que Ramírez se excusaba de habernos desertado cuando estábamos frente al enemigo en Rivas, diciendo que obedecía órdenes de su Comandante el General Muñoz.

Vientos locos, sin dirección fija, nos soplaron por seis días. El cólera asiático apareció en la lancha más pequeña, entre las tropas nativas. Los que íbamos en el Vesta, afortunadamente, parecíamos estar exentos de esa horrorosa peste, aunque dos americanos habían sucumbido por su causa en El Realejo.

Desembarcamos en San Juan sin ninguna oposición.

El General Santos Guardiola era el Comandante de las fuerzas en Rivas. Había sufrido una derrota en el Sauce por las tropas comandadas por el General Muñoz, quien, desgraciadamente, perdió su vida al obtener esta victoria.

Guardiola tenía la reputación de ser tan cruel como Méndez y le apodaban "El Carnicero", pues, acostumbraba asesinar a los prisioneros.

Pero su nombre en vez de causar pánico entre la pequeña fuerza de Demócraticos que estaban tan distantes de sus amigos en estas lejanas regiones, la indubitable alternativa de muerte, solo los enervaba para la victoria. Walker ya no mostraba la impaciencia de antes. Aunque siempre listo para enfrentarse al enemigo, no le parecía de más ahora tomar alguna ventaja o por lo menos una posición igual a la del enemigo. Mientras estábamos en San Juan, el vapor procedente de San Francisco arribó y también llegaron por la Ruta del Tránsito pasajeros del lado del Atlántico.

El enemigo no había aparecido todavía pero teníamos informes verídicos de que se alistaba para enfrentarse a nosotros. Para mostrarles que nosotros no intentábamos despreciarlos, hicimos que el Vesta zarpara del puerto y nosotros nos marchamos despaciosamente sobre el camino del Tránsito hacia la Virgen en cuyos contornos, teníamos noticias que nos esperaban.

En la casa del medio camino supimos que el enemigo andaba muy cerca y en número de 600 a 800, al mando del notorio Guardiola. Pasamos la noche agazapados tras unos árboles caídos en una falda. No aparecieron en toda la noche y al amanecer proseguimos nuestro camino hacia la Virgen.

Yo ordené desayuno en los hoteles para los Americanos. El General Valle se hizo cargo de la guardia y plantó centinelas en las afueras con los soldados nativos.

La filosofía moderna nos enseña que el progreso del hombre, tanto en la civilización como en el uso de las armas, se debe a ese despertar del intelecto producido por las necesidades impuestas por la naturaleza. La guerra es quizás lo más propicio en crear tales necesidades.

Qué afortunados fuéramos si una moral útil pudiera deducirse de ese procedimiento tan infame como el de la matanza humana. El mero detalle de una batalla me parece sublevar lo más finos instintos de nuestra naturaleza. Los Americanos arpillaron sus rifles en frente del Hotel, donde tomaban su desayuno, dejando un centinela cuidándolos. Ya habíamos recibido noticias de que el enemigo se acercaba. Yo estaba arrecostado sobre la baranda del porche de la bodega de la Compañía del Tránsito, conversando con su Agente Mr. Cortlandt Cushing a quien había persuadido a que arrimara varios cofres y otros bultos de modo que dieran protección a las mujeres y niños y

otros ciudadanos que instintivamente buscarían como ponerse a salvo en la casa de un poderoso neutral, como era el Agente de la Compañía, tan pronto como la batalla comenzara. Desde el punto donde yo estaba podía ver quizás hasta un cuarto de milla del camino del Tránsito. De pronto percibí en lo más lejos, el humo de un disparo seguido del estampido de un tiro de rifle, era el primer tiro que nuestros centinelas nativos hacían al enemigo que avanzaba. Tirando a un lado un saco que llevaba sobre mis hombros y tomando mi rifle, que nunca me separaba de él, tomé mi puesto al lado del Coronel Walker, a la cabeza de la pequeña columna de Americanos, quienes a la primera llamada del tambor, llamándolos a las armas, se habían alineado con una regularidad sorprendente.

ENCUENTRO EN EL CAMINO

Nuestras tropas nativas habían, también formado con igual celeridad y orden de tal modo que cuando las oleantes banderas y las divisas blancas del enemigo se vieron venir por el camino, en actitud de cargar, fueron plenamente visibles dentro de las calles de la villa. Nosotros estábamos listos y ansiosos de recibirlos.

Ninguna estrategia de movimientos era necesaria ni posible, ellos venían a lo largo del camino a un paso mediano y sus mosquetes listos. Como a 150 varas a su izquierda y en línea paralela otro grupo salía del monte un poco más lejos.

Dejando a los nativos que trabaran combate con estos últimos, nosotros avanzamos de frente hacia los que venían por el camino.

Ellos venían muy galantemente, blandiendo sus armas en posición de cargar y entonces, cuando estuvieron al alcance de nuestras pistolas, hicimos un pequeño movimiento oblicuo, deteniéndonos para disparar con toda calma y precisión a los que venían a la vanguardia.

Cayeron todos como hierba cortada por una guadaña, sus cuerpos y la severidad de nuestro fuego, los detuvo abruptamente.

WALKER ES HERIDO

Entonces fue cuando rompieron fuego contra nosotros. Walker cayó en la primera descarga.

Como yo estaba a su lado, le asistí en ponerse de pies asegurando a sus hombres alarmados que no estaba seriamente herido.

Una bala le había refileado y le quemó la garganta, mientras otra había perforado un paquete de cartas que llevaba en la bolsa de su chaqueta.

Afortunadamente, la puntería del enemigo era mal dirigida, pero suficientemente cerca para darnos muchas escapadas peligrosas.

Cada riflero a medida que rápidamente cargaba su rifle y lo llevaba al hombre, hacía un tiro certero y así el enemigo no pudo por más tiempo resistir el castigo que estaba recibiendo.

Mientras ellos se hacían al lado del camino en busca de terreno quebrado, perseguidos muy de cerca por los Americanos, tuvimos ocasión de ver el progreso de la lucha entre el Coronel Valle y Méndez con sus

tropas frente a un grupo mucho mayor del enemigo que había arralado su línea desde los montes vecinos.

Nuestros nativos, aunque peleaban con brillo, no parecían hacer ningún avance en contra de su numeroso enemigo, más bien éste le ganaba terreno. Walker ordenó al Capitán Hornsby que tomara algunos rifles y que fuera en socorro de los aliados.

Sólo unos pocos siguieron a Hornsby, yo entre ellos, y al llegar al teatro de operaciones la figura más conspicua en el frente enemigo era un oficial en un caballo blanco que estaba valientemente urgiendo a sus hombres que cargaran.

BAJAS DEL ENEMIGO

Nuestra primera ocupación al entrar en acción fue, que todos los Americanos en conjunto hiciéramos blanco, tanto del galante caballero como de su caballo. Mas tarde supimos que este bravo soldado fue el Coronel Argüello el mismo que llegó a reforzar al Coronel Bosque en nuestra primera batalla de Rivas.

Me estaba felicitando yo del modo que habíamos detenido al enemigo cuando un dolor muy agudo en uno de mis costados me anunciaba que había sido herido. Era tan grande el dolor que caí al suelo, diciéndole al Dr. Jones que estaba detrás de mí, mientras le pasaba mi rifle: "Ahora si que me pasaron de parte a parte".

Por toda respuesta Jones exclamó: "Cuidado", corriendo a toda prisa, con el resto de los hombres, hacia la esquina de la casa más cercana. El enemigo hacía una carga furiosa y corrían y pasaban sobre el suelo donde quedé por unos segundos sin poderme levantar y cuando al fin pude, tambaleante, ponerme de pies, los soldados de uniforme blanco se interponían entre mí y la casa de donde estaban mis camaradas tirando.

Al Dr. Jones, a quien más tarde ví en San Francisco, le reproché por haberme abandonado en esa ocasión tan precaria. Me replicó que para un hombre tirado de parte a parte, como yo le había descrito la situación a él, eché una de las carreras más gloriosas, a través de las filas enemigas, para incorporarme a mis amigos, de las que él tenía noticias. La bala había alcanzado una hebilla ancha del cinturón de mi espada con tanta violencia que me produjo una contusión que me causó gran daño y me hizo sufrir por mucho tiempo.

Después que el Coronel Walker junto con los Americanos había tenido éxito en derrotar completamente la parte del enemigo opuesta a ellos, se volvieron hacia nosotros con la furia de un ciclón, para socorrernos; así reforzados hicimos un avance general y prontamente limpiamos el pueblo de todos los enemigos que pudieron huir.

La victoria fue completa y fue tal la desmoralización del enemigo que aprovechándose del abrigo que les ofrecía la espesa arboleda, se desbandaron hacia sus hogares dejando a Guardiola que regresara a Rivas con una pequeña escolta, restos de los 800 hombres escogidos con que había salido declarando y alardeando que iba a "echar a los herejes Americanos al mar".

Sepultamos a 60 muertos del enemigo en una fosa común al lado del camino del Tránsito y otro tanto se encontraron muertos entre la arboleda adyacente.

Un resultado sorprendente a nuestro favor fue el hecho de que aunque muchos Americanos fueron gravemente heridos ninguno cayó muerto. Nuestras tropas nativas no tuvieron tan buena suerte pues el enemigo parecía estar más enconado contra ellos.

VICTORIA Y SALVAJISMO

Estábamos en el bullicio de la alegría de la victoria congratulándonos los unos a los otros y los nativos a los yankees, cuando vino alguien corriendo a decir que Méndez estaba matando a los heridos del enemigo que todavía yacían en el suelo. Apresuradamente por orden de Walker me dirigí a poner fin a este salvajismo y encontré al viejo bárbaro quebrando el cráneo de los indefensos heridos con la culata de su rifle y de vez en cuando, para hacer mayor su diversión volteaba a la otra punta del rifle y los atravesaba con la bayoneta.

Méndez me siguió muy humilde y después de haber recibido una severa reprimenda que Walker, estando de buen humor a causa de la victoria, (y en consideración a los buenos servicios que Méndez había rendido en la batalla), se contentó en administrarle, dijo que los Americanos no estaban todavía acostumbrados a las usanzas del país y se sorprendió aún más cuando vio que los heridos enemigos eran colocados al lado de los nuestros, recibiendo el mismo cuidado y consideración.

Si Walker hubiera buscado hacer de esta importante victoria una base para sanar las heridas causadas por esa lucha destructiva, qué beneficiosa hubiera sido su intervención, ayudada por la fusión del esclarecimiento y energía Anglo-Sajona con la semi-bárbara civilización de esta raza mezclada de gente latina. Una gente contra quien se ha pecado más de lo que ellos pecan, pues son de una raza bondadosa, inteligente, pero obscurcida en sus libertades por ambos: Iglesia y Estado. Se verá más adelante, sin embargo en el curso de los eventos que el Coronel Walker no tenía la menor intención de adoptar ninguna medida que diera siquiera esperanzas de paz.

REGRESO A SAN JUAN DEL SUR

Regresamos al día siguiente a San Juan y allí establecimos base de operaciones para la Democracia de lo meridional.

Refuerzos de nativos nos llegaron de León y cada barco que llegaba de San Francisco nos traía compañías enteras de Americanos. Las operaciones de este departamento estaban bajo el supremo control del Coronel Walker y ya se podía decir que él tenía en sus manos el poder del Estado, puesto que la subyugación del enemigo en Granada era ya una consecuencia natural.

Yo era por este tiempo la persona en quien, este hombre (cuya extraña historia, llena de aventuras, casi llegó a marcar una época en la historia de América) depositó toda su confianza revelándome sus planes.

Que esta confidencia implicara honor o no, será interpretada en la manera como los adeptos a un partido acostumbran descubrir las convulsiones políticas, las que rara vez son buenas a un lado y malas al otro.

PLANES DE WALKER

Acostumbráramos pasearnos a lo largo de la playa donde el rítmico volcar de las olas parecía aprobar con énfasis los gigantescos planes imperiales que él me revelaba.

En este plan, el actual movimiento popular no era más que para obtener un éxito pasajero con el fin de amedrentar y demostrar a la oligarquía gerárquica que necesitaba de su protección con lo que una vez conseguido obtendría al final, poder temporal sobre Centro América y México, cuyo poder solidificaría subordinándose y adoptando la política de la iglesia, quien a su vez cobijaría con su influencia y le daría su protección y después, nuestra facción y la iglesia combinadas lograrían unificar los Estados Centro-Americanos y establecer un poder central único con él, naturalmente, a la cabeza.

Una vez conseguido ésto, el antiguo litigio de fronteras o cualquier otro motivo serviría de pretexto, si fuera necesario, para anexar a México el Imperio Centro-Americano. Los Estados Unidos bajo la dominación de las ideas de los Estados del Sur que se suponía favorecían este plan, estarían dispuestos a poner en acción la Doctrina de Monroe en caso de que alguna nación Europea quisiera estorbar la prosecución de dicho plan.

El resto del plan era muy sencillo, conquistar era su único objeto y por el simple método de aquel adagio que dice: "Nada tiene más éxito, que el éxito mismo". Este había de ser el talismán para atraer no solo a los espíritus atrevidos siempre listos a secundar al caudillo, sin hacer preguntas, sino también al más tímido, que buscando seguridad, se adherirían en cualquier forma, al poderoso.

El impedimento de las leyes constitucionales era, naturalmente, considerado como simple estorbo que habría que sacudir por el poder mismo, como Luis XIV podría declarar: "Yo soy el Estado".

Este era el plan bosquejado por este hombre tan atrevido como capacitado, pero carente en absoluto de sagacidad, pues no tomó en cuenta un factor de la moderna política, factor poderoso hoy día, aunque hubo de ser insignificante antes de la revolución francesa: el factor de la opinión pública.

Y como en su plan incluía el restablecimiento de la esclavitud en un país cuya población tenía en su mayoría una mezcla de sangre africana, una afiliación de poder con la iglesia en una época en que la libertad de pensar había hecho progresos, resultaba ya muy tarde en la historia del Mundo.

Yo escuché su conspiración contra las libertades de los pueblos a esas mismas libertades a que yo había tenido un romántico apego, y mi corazón se entristeció. El tenía afección de poder mientras que yo sólo era un mero filósofo. "Está ya en nosotros ser de un modo u otro".

DISENSION CON WALKER

Yo era joven y quizás esta sea la única excusa que pueda ofrecer por haberme aventurado a disentir del curso que este hombre había determinado seguir, era como decirle al Niágara que cesara de volcarse; se

ofendió. Ahora ya podía ofenderse, pues habían muchos hombres capacitados ansiosos de seguir su derrotero. Yo le presenté mi renuncia, a sabiendas de que estando asegurada la victoria, yo no haría falta. Si las halagadoras ofertas de promociones que me hiciera, y la manifestación de pesar con que me agobiaban los amigos que había hecho en el ejército hubiera compensado por la destrucción de mis ídolos, yo hubiera estado satisfecho, pero poder, solo poder, sin embargo no tenía ningún atractivo para mí. Por fin consentí en aceptar un permiso indefinido para ausentarme en vez de renunciar. Yo había compartido los días negros de la democracia. La victoria contra el viejo enemigo, estaba ahora asegurada, pero la "Democracia" yo lo sabía muy bien, no estaría triunfante.

Acepté un asiento en un bote sin tolda de mi amigo Mr. Temple de San Juan. Navegamos en el mar azul orillando las costas de Nicaragua hasta llegar al puerto de Punta Arenas en Costa Rica. Un barco peruano estaba para zarpar, tomé pasaje para Panamá, y por pura buena suerte escapé de guardar la fastidiosa cuarentena que sufrían los pasajeros que llegaban procedentes de Nicaragua, donde el Cólera hacía estragos.

La única paga o recompensa que recibí o solicité al retirarme, fue una carta del General Walker, expresando su satisfacción por mis servicios. Esta carta era tan cordial que la Compañía de vapores en Panamá me obsequió un pasaje para New York. Las calenturas que nunca me visitaron durante todo el tiempo que residí en Nicaragua, me atacaron con violencia en Panamá y no me abandonaron hasta algún tiempo después de haber vuelto a mi hogar.

El panorama de la ciudad cubierta de nieve que se ofreció a mis ojos al desembarcar en New York, ofrecía un frío contraste a los bosques de palmeras que había dejado atrás.

EN NEW YORK

Desde el advenimiento de los Americanos en Nicaragua, circunstancias habían acumulado sobre mí, una gran cantidad de trabajo, debido en parte a la experiencia que con mi larga residencia en este país había adquirido concerniente a hombres y cosas conexas con la guerra y como yo siempre estaba solícito a la ejecución de cualquier negocio o deberes militares que me atañeran había sufrido al extremo de postración física a causa de mis heridas, gocé en lo sumo el relajamiento de la pacífica vida del hogar.

Sin embargo por algún tiempo, durante la quietud de los meses de invierno, mi reposo de noche casi se hacía imposible, mi sueño estaba lleno de sorpresas, de alarmas nocturnas y de todo lo que concierne a los horrores de la guerra. Acostumbraba leer con afección lo que la prensa relataba de los maravillosos progresos que "el hombre del destino" hacía en Nicaragua y esperaba silencioso por el inevitable destino del curso que él llevaba. "Todo lo inevitable es la fuerza del destino".

Granada fácilmente capturada, las fuerzas de Walker constantemente iban creciendo. La administración Democrática del Gobierno de los Estados Unidos no obstaculizaba la salida de emigrantes armados

de San Francisco y aún de New York. El Partido de la Iglesia de Nicaragua no podía hacer adecuada oposición a esta gente ya reforzada y la Democracia estaba triunfante.

WALKER DICTADOR

En el curso de estos acontecimientos Chamorro y Castellón habían muerto y una nueva elección era inevitable. Mientras tanto un Gobierno provisional se había formado y Walker como Comandante en Jefe del Ejército era virtualmente un dictador. Esto, quizás, será superfluo agregar, pues los que hayan seguido esta narración hasta aquí no necesitan que se les advierta que él no aceptaría ninguna autoridad superior a la suya.

Posteriormente fue nominado candidato para Presidente y elegido. Los soldados nativos y extranjeros, fueron por decreto gubernativo, licenciados y se les permitió votar. El espíritu del dictador daba saltos gigantescos, se restableció la esclavitud, por decreto, no por voto, lo que hubiera sido absurdo. El contrato de la Vanderbilt Transit Co., fue anulado por el mismo procedimiento y la propiedad confiscada por deudas vencidas al Gobierno, alegando la Compañía, que por el hecho de haber dos Gobiernos, *de facto*, cualquier pago hecho a uno de ellos, el otro no lo hubiera reconocido al obtener el poder supremo.

CONFISCACION DE LA COMPAÑIA

La valiosa propiedad y la poderosa influencia de esta importante corporación fue entregada a un amigo personal del General Walker.

El poder y autoridad de la Gran Bretaña en los asuntos de Centro América, derivados del tratado Clayton-Bulwer, fue desafiado, como lo fue también el de los Estados Unidos adquiridos por el mismo Tratado, y fue burlado en esto de confiscar la propiedad de sus ciudadanos, en confiscar la propiedad de la Compañía del Tránsito y todo esto, bajo la alianza y supuesto respaldo que se había de tener de los Estados del Sur de los Estados Unidos. ¿Podría tanta arrogancia ir más lejos?

En el mismo Nicaragua, los nativos empleados de oficinas, cuyas familias habían adquirido casi un derecho tradicional al puesto, fueron fríamente informados que sólo a ciudadanos norteamericanos se les darían los puestos de confianza. Muchos de estos norteamericanos eran tahures o especuladores capaces de mantener el poder de Walker con su dinero. Habían, es cierto, honorable excepciones a esta regla y especialmente en esos seleccionados para puestos de confianza, los que habían contribuido con su ayuda en los combates eran buenos, pero para otra clase de ocupaciones.

Muchos de estos actos arbitrarios fueron ejecutados cuando Walker fue Presidente, otros, cuando solo era Comandante en Jefe, pero todos fueron cometidos por él.

El mundo se admiraba y esperaba mientras todos estos hechos se sucedían unos a otros con sorprendente rapidez. Yo los seguía desde mi lejano hogar sin la menor inclinación al lucro que pudiera yo obtener por los éxitos de mi antiguo camarada y Caudillo.

INGLATERRA INTERVIENE

Pero un día, el Gobierno de Su Majestad Británica, desembarazado ya de la guerra con Rusia abruptamente hizo una demanda directa al Gobierno de los Estados Unidos *"que enganchar dentro de sus fronteras, para el servicio bélico en contra de la paz de un vecino, debiera cesar inmediatamente"*. El partido anti-esclavista de los Estados del Norte, vociferó vehementemente en contra de la administración que consentía los procedimientos de un partido esclavista usurpador.

Vanderbilt y otros dueños del contrato y de las propiedades de la Compañía del Tránsito decomisadas por Walker, enviaron cargamentos de rifles Minnie, mosquetes y municiones a la oposición de Walker en Centro América, organizada en Costa Rica.

"El hombre del Destino" así se encontró de pronto con que le cortaron el envío de hombres de los Estados Unidos porque el Presidente Buchanan no se atrevió a desdeñar la actitud amenazante del mundo, tanto dentro como fuera del país atribuido principalmente al restablecimiento de la esclavitud por Walker.

OPOSICION A WALKER

Los capitalistas de los Estados del Norte por la misma razón, retiraron su ayuda y el pueblo de Centro América con excepción de un pequeño núcleo de la facción Democrática de Nicaragua se olvidaron por un tiempo de sus odios tradicionales y se unieron en contra de un poder que atentaba hasta con su libertad personal. El fusilamiento del General Corral, ex-Comandante en Jefe del Partido de la Iglesia en Granada y de don Mariano Salazar un acaudalado comerciante de León por conspirar contra el Gobierno, fue un golpe burdo y mal urdido pues su traición era contra la dominación americana y no contra el Gobierno constitucional que los decretos de Walker estaban violando bajo el sutil velo de necesidades militares.

Los hombres más conspicuos, incluyendo algunos de los más patriotas y prominentes demócratas, gradualmente emigraron a Costa Rica y allí en conjunto, con patriotas de los otros Estados de Centro América contribuyeron en organizar un ejército para el cual cada Estado contribuyó con un contingente con el propósito de rescatar el Gobierno de Nicaragua, como ellos decían, de la usurpación de los extranjeros.

Esta coalición no hubiera podido ser suficientemente fuerte para lograr su propósito si no hubiera sido que los estúpidos y arbitrarios actos de Walker en cuanto a la esclavitud y su violenta interferencia en asuntos que debían haberse dejado para que las Cortes los resolvieran causaron a los Capitalistas del Norte a que suspendieran su contribución financiera y dio a la Gran Bretaña que ostentaba ser la campeona de la moral el respaldo del sentimiento popular universal y a consecuencia de este sentimiento, Mr. Buchanan tuvo que desoir los deseos de sus amigos sureños y ordenar a las fuerzas navales Americanas y a las autoridades de los puertos que capturaran a emigrantes armados y que rehusaran zarpe a barcos con tales personas a bordo. Esto naturalmente dejó a Walker con sus dos o tres mil americanos y sus resentidos de la facción Democrática en Nicaragua a luchar solos con las fuer-

zas combinadas de los Estados Centroamericanos con la imposibilidad de reponer sus constantemente disminuidas fuerzas.

Mis sentimientos llegaron a un punto crítico, yo podía leer de sus éxitos y los de mis conciudadanos sin sentir ningún pesar por no estar yo con ellos. Pero cuando la situación cambió y empecé a leer de sus dificultades, reveses, la oposición en números arrolladores, etc., sentí que mi puesto era con ellos.

DE NUEVO A NICARAGUA

Me dirigí a New York y tomé pasaje en el barco Orizaba, hacia Greytown o San Juan del Norte. Encontré a bordo rumbo al mismo lugar al Teniente ahora Coronel Frank Anderson y al General Roberto Wheat, quienes habían peleado con brillos bajo el General Alvarez en México y en la expedición de López para capturar la Isla de Cuba. En esta última aventura salió él más afortunado que sus compañeros los cuales todos fueron ejecutados, mientras que él fue enviado prisionero a España. Fue perdonado y sacado de los sótanos de esas cárceles para ir a recibir heridas y dificultades en Nicaragua y concluir muriendo a manos de sus compatriotas siendo Coronel de los Tigres en Lusiana en la guerra de la rebelión.

El General Wheat era uno de esos caballeros de Virginia de gran corazón. Entre los que aun viven y lo recuerdan, ninguno negaría la verdad de este humilde tributo a su memoria y que él era valiente entre los más valientes era también notorio.

Habían otros abordado del barco, que como yo, buscaban reunirse a la desesperada situación de los Americanos en Nicaragua. Cuando llegamos a Greytown encontramos al Coronel Lockridge de Texas, que aunque era sólo encargado de transportar enganchados en el ejército de Walker, era, como tal, el comandante de la compañía de hombres que él conducía a Nicaragua a ponerse bajo el servicio de Walker. Tanto el Coronel Anderson como yo, teníamos más alto rango que Lockridge pero como sus hombres no habían sido incorporados al servicio de Nicaragua le permitimos que retuviera el Comando.

Supimos al desembarcar que el enemigo finalmente había forzado al General Henningsen a evacuar Granada, no sin embargo, hasta que su épica defensa había excitado la admiración del mundo.

SITUACION DE WALKER

El cuartel general de Walker en este tiempo estaba, en Rivas, pero el grupo de enemigos que los Estados de Centro América unidos habían armado contra él, lo habían forzado a retirar las tropas con las que guardaba los varios puntos del camino del Tránsito que tenía en posesión. El enemigo ahora tenía en posesión los barcos del lago y del río y además los puntos de defensa de esa línea de modo que nuestra ruta entre Greytown y Rivas, donde nosotros esperábamos juntarnos con Walker, estaban ocupados, fortificados y guarnecidos por el enemigo, que también estaban en posesión de los vapores. En este dilema el Coronel Lockridge compró el único barco disponible, un barquichuelo de río, sin cubierta que había sido descartado a causa del pésimo estado de su maquinaria.

Mientras este barco estaba en reparación los hombres fueron conducidos a los arenales en la boca del río, conocidos como "Punta Arenas".

Este traslado fue ejecutado a consecuencia de la inteligencia de los oficiales de marina de su Majestad Británica con nuestros hombres a quienes pretendían desalentar por todos los medios a su alcance. Ellos divulgaban que Walker mantenía una guerra sin esperanzas con miras de lucro personal y que estaba antagonizado no solo por una legión poderosa de enemigos sino también por la opinión del mundo civilizado. Lockridge había reclutado su gente en los muelles y arrabales de New Orleans y cuando los ingleses les ofrecieron pasaje gratis de vuelta a Estados Unidos la mayoría decidió regresarse.

El lugar era inhabitable en la estación lluviosa, no había donde ampararse y nosotros no teníamos tiendas de campaña y nos vimos obligados a improvisar barracas con madera que había allí arpillada.

LOS INGLESES INTERVIENEN

Cuando los hombres fueron removidos de la influencia de nuestros perseguidores, el Capitán Cockburn, del cañonero Corsack apuntó sus cañones hacia nuestro miserable campamento a corta distancia y habiendo llegado a la punta, en su lancha, ordenó a Lockridge mandar formar sus hombres pues de orden del Capitán Erskine, Comandante de la flota, quería remover a todo ciudadano inglés que tuviéramos en nuestras filas. "El derecho de registrar en alta mar" que los ingleses se habían arrogado hasta nuestra guerra civil, cuando sus pretensiones recibieron un paro tan severo, fue entonces admitido con tal humildad por la poderosa República Americana, calculada a exaltar la maravilla de la gente de hoy.

No teníamos más remedio que doblegarnos, los hombres fueron formados por Lockridge y cerca de 20 aceptaron la inmunidad y transportación gratis a los Estados Unidos que Cockburn les ofreciera.

En justicia a los Irlandeses e Ingleses de nuestra compañía cabe aquí decir que casi todos estos ingleses que aceptaron regresar hablaban con acento teutónico.

El Coronel Wheat, con intención de promover una pelea con Cockburn me señaló como "ciudadano Británico" puesto que yo había nacido en Inglaterra. El estúpido Bretón creyendo convertirme me ofreció su protección.

Creo que las frases con que le repliqué fueron muy hirientes para él, porque Wheat procuró suavemente convencerlo a que debiera ofenderse en la manera acostumbrada entre caballeros y como último recurso se ofreció tomar mi lugar en caso de que Cockburn tuviera algún escrúpulo en que un militar de su rango, trabara duelo con un oficial nicaragüense. El, Wheat, no ostentando otro rango que el de ser un caballero Americano, y como tal se creía igual a cualquier otro, el Capitán Cockburn, sin embargo, continuaba ignorando la invitación a un duelo personal y por fin Wheat le dijo (lo que causó gran hilaridad entre los marinos de su bote) que sentía mucho ver un marino inglés ampararse en su rango a costa de su honor.

Estorbados por estas repetidas molestias que

tendían a desmoralizar a los hombres que nos veían impotentes para devolver los insultos, recibimos con mucho agrado al barquichuelo reparado y no perdimos tiempo en embarcarnos y zarpar alejándonos de la proximidad de nuestros poderosos atormentadores.

EN EL RIO SAN JUAN

Los bancos del Río San Juan son suamos a una distancia considerable del mar y por lo tanto, aunque no podíamos arrimar tampoco estábamos expuestos a sufrir una emboscada del enemigo. Pero después de que pasamos la boca del río San Francisco y nos acercábamos a terrenos más elevados mantuvimos estricta vigilancia.

Unas pocas horas de navegar nos llevó hasta la desembocadura del río Sarapiquí. Costa Rica reclama el territorio a lo largo de este río hasta el San Juan y descubrimos la bandera de esa Nación flotando sobre las fortificaciones construídas allí.

Navegando río arriba al alcance del fuego de mosquetes de ese fuerte, fuimos saludados sin ninguna ceremonia con una descarga de balas, las que silbando cerca de nosotros, nos notificaban no sólo de las intenciones de ese resguardo, si no que los cargamentos de rifles Minnie enviados por Vanderbilt ya había llegado a su destino.

Desembarcamos un poquito más allá en la margen del río San Juan opuesta a la que reclamaba Costa Rica.

Aquí Lockridge cometió su primera equivocación mandando a construir defensas de troncos de árboles. Nada es más desmoralizador para el hombre que está poseído de su propia capacidad que hacer cosas que muestran duda de su coraje.

Además de las fortificaciones en la boca del Sarapiquí el enemigo había construído trincheras de tierra en la margen opuesta del río. A estas persuadimos, Anderson y yo, a Lockridge, que atacáramos. El ataque se efectuó encontrando una fiera resistencia del enemigo que estaba protegido por los cañones de las fortificaciones del Sarapiquí.

Nuestras pérdidas fueron muy pocas pero las fuerzas desarrolladas por el fuego de la fortificación nos hacía ver que teníamos un asunto muy serio entre manos, si queríamos capturar ese lugar, cosa que había de efectuarse si queríamos ascender el río.

Lockridge estaba anuente a confiar el asunto a Anderson y a mí. Nos preparamos para atentarle tan pronto como Wheat fabricara unas balas especiales hechas de plomo conectadas con cadenas para usarlas en el pequeño cañón de bronce que habíamos capturado en Punta Cody.

EN EL SARAPIQUI

Cruzámos el Río San Juan en nuestro pequeño barco como a media noche, una o dos millas río abajo de las fortificaciones que estaban en la margen de arriba del Sarapiquí y como teníamos que abrírnos camino a través de la espesa jungla no nos fue posible llegar al claro de árboles derribados recientemente en la boca del Sarapiquí, hasta que ya estaba amaneciendo.

El objeto de la deforestación había sido para qui-

tar todo lo que podría servir de protección a un enemigo que atacara la fortificación, pero como los troncos no habían sido removidos, estos constituían una buena defensa siempre que los hombres se mantuvieran muy cerca de ellos, y como el Sarapiquí era un río angosto, estábamos lo suficientemente cerca para que un buen riflero pudiera dar buena cuenta del enemigo.

El Coronel Anderson y yo éramos buenos amigos. Aún no había recuperado de las heridas que eran la causa de su ausencia de Nicaragua; y me dijo que me daría una oportunidad de ganarme un ascenso de grado, dejándome la disposición del ataque.

Estuvimos a cubierto de los troncos antes de la luz del día, sufriendo muy poco del fuego incierto dirigido a nosotros en la obscuridad desde las fortificaciones. Mi plan era abrir fuego al amanecer. Wheat había sido instruído a que abriera sus fuegos al mismo tiempo, con sus cañoncitos desde la otra ribera del río San Juan.

Así establecimos una lucha triangular, con la ventaja de ocupar nosotros dos de los ángulos.

El fuego fue nutrido como por una hora y las bajas frecuentes al lado nuestro, pues donde una cabeza o un brazo se exponía en el acto de disparar, una lluvia de balas era seguro que lo encontrara. Cuando el fuego del enemigo se aminoró juzgamos que la oportunidad había llegado; cargamos, cruzando el río (que era poco profundo), un poco más arriba, sorprendidos de encontrar tan poca resistencia a nuestro avance de un enemigo que había contestado con tanta bizarría el fuego que le hiciéramos desde los troncos.

Al entrar en las fortificaciones todo lo explicaba la gran cantidad de muertos que encontramos. Esto mostraba que la artillería de Wheat combinada con el mortífero fuego de nuestros rifleros habían hecho las fortificaciones insostenibles y la guarnición huyó hacia las montañas.

Nuestros hombres que murieron fueron decentemente sepultados, pero Lockridge concibió una idea muy civilizada para notificar a los ingleses, que nos habían perseguido tanto en la bahía de San Juan, de nuestra victoria tirando los muertos del enemigo al río, cuya rápida corriente, cuando la marea iba de bajada llevó consigo todos los cadáveres que ya los lagartos no se pudieron hartar.

La impracticabilidad de perseguir al enemigo por las densas montañas nos obligó a dejarlos impune que buscaran su camino hacia el interior del Estado mientras nosotros acampábamos en las fortificaciones capturadas.

HACIA EL CASTILLO

Al poco tiempo de este incidente el Coronel Titus, notorio en la guerra de las fronteras de Kansas, llegó con una compañía de todo punto excelente.

Lockridge había propuesto que Anderson, que era el oficial de mayor rango entre los presentes debía tomar el mando de las fuerzas en una expedición a capturar la fortaleza de El Castillo, varias millas río arriba.

Esta histórica fortaleza, que en épocas pasadas fue capturada por el Almirante Lord Nelson, recibió un mensaje, intimando su rendición. Titus quien no tenía ni conocimientos ni cualidades de soldado, con-

cedió el plazo y tuvo la mortificación (que antes de que el plazo expirara) ver la fortaleza reforzada con el arribo de un fuerte contingente del fuerte de San Carlos, de tal modo que apenas tuvo tiempo de cortar los mecates de sus dos barcos y dejar que el río se los llevara tan pronto como fuera posible lejos del alcance de sus cañones, dejando la pasada río arriba más imposible que nunca.

Supimos después que cuando Titus demandó la rendición de la fortaleza, sólo tenía una pequeña escolta dejada allí como mera guarnición de observación.

ERRORES DE TACTICA Y DESMORALIZACION

Por equivocaciones en trivialidades, grandes empresas se frustran a menudo. Esta oportunidad perdida, los hombres comenzaron a dar muestras de descontento y de insubordinación. Las tropas de Kansas aunque de lucida apariencia, eran carentes de disciplina y las deserciones se hicieron numerosas. Construían balsas por la noche cuando estaban de centinelas y tanto hombres como oficiales, flotaban hacia Greytown, dejando el campo sin guardianes.

Fue tanta la desmoralización de los hombres, que el Coronel Anderson y unos pocos más, decidimos que nuestra única manera de juntarnos al General Walker en Rivas, era tomando pasaje a Panamá y de allí a San Juan del Sur, pero la llegada del Capitán Marcellus French con una compañía de caballería de Texas, nos dio esperanzas de forzar nuestra pasada por el río San Juan. Estos hombres eran de la clase igual a todo lo que requiere coraje y habilidad en acción.

Todo el Comando fue embarcado inmediatamente en los vapores y cuando llegamos cerca del Castillo, desembarcamos y un reconocimiento en masa se efectuó por el lado de la loma de Nelson. Desde este punto algunos de nosotros pudimos obtener clara visión de la fortaleza al lado de tierra. Desgraciadamente una profunda cañada nos separaba y ésta estaba llena de árboles derribados y otras obstrucciones que habían sido puestas allí que hacían imposible un asalto rápido que había de efectuarse loma arriba a un lado y loma abajo con el otro y esto frente a un sinnúmero de cañones y una numerosa guarnición bien atrincherada.

Todos por unanimidad decidimos que la captura de esta fortaleza, sin artillería, era imposible y como frente al río estaba igualmente guarnecida, tuvimos que abandonar el intento de pasar con nuestros dos frágiles vapores que teníamos. Se decidió que unos pocos de nosotros con los Texanos regresaríamos a Greytown para ir a reunirnos con Walker, vía Panamá y San Juan del Sur, dejando el grueso de las tropas, las cuales eran absolutamente inservibles en poder de Lockridge para que dispusiera de ellas a su antojo.

Reembarcamos a los Texanos y a los mejores hombres en el "Scott" que era el mejor barco y dejamos al resto a que regresaran en el otro barco como ellos pudieran.

El enemigo ahora había desarrollado una actividad inversa en proporción a la nuestra, pues los hacíamos visto espiando cerca de las fortificaciones de Sarapiquí. Por lo tanto se creyó prudente hacer un reconocimiento antes de atender pasar ese punto. La

proa del Scott fue varada en un banco de arena y una pequeña escolta bajó con ese objeto.

EXPLOSION DEL "SCOTT"

Distraído estaba yo mirando a los hombres que iban y venían por la arboleda con mis codos apoyados en la ventana de la casa del piloto en la cubierta superior del "Scott", cuando de pronto me sentí empujado hacia arriba por una fuerza terrible. El ingeniero había bombeado agua fría en los cilindros recalentados y la caldera había estallado haciendo añicos la parte delantera del barco.

Todo raspado y magullado por el contacto de las astillas y restos de la explosión, aún retenía el conocimiento y una rara claridad de inteligencia. Perfectamente calculaba lo que había pasado y estimaba que el fin había llegado y despertó en mí, una viva curiosidad para resolver ese problema que me había hecho pensar tanto toda la vida: "Eso que viene después de la muerte". El golpe que disipó estas fantasías fue cuando entre miles de fragmentos, topé con lo que resultó ser los ripios sobre el destrozado cilindro en la cubierta inferior, me zambullí en el vapor y agua caliente, de donde medio estupefacto al fin pude levantarme, pero me fue imposible dar un paso para alejarme de la peligrosa cercanía del vapor y del fuego. Llamadas brotaban en todas direcciones y los angustiosos lamentos de las víctimas y golpeados en la catástrofe, llenaba el ambiente: unos suplicaban que les dieran muerte para librarse del dolor intenso. En medio de las lamentaciones, alguien gritó: "La pólvora!".

Como tres toneladas de ésta estaban arpilladas en la cubierta, su propio peso había causado que la destrucción terminara justamente donde esto estaba, las cubiertas de lona que cubrían la pólvora para protegerla de las chispas de la chimenea, estaba en llamas y la sola vista de esto, causó gran pánico entre los que estaban aún sanos, los cuales corrían hacia la montaña. Yo sólo contemplaba y pensaba, y me maravillaba a que horas vendría el acto final.

Pero las voces de Anderson y de Wheat se oyeron con fuerza pidiendo voluntarios y a la cabeza de ellos subieron penosamente arriba de cubierta y tiraron de la encendida lona y la echaron al agua.

Después vinieron a rescatarme cargándome tíername de sobre los escombros. Les rogué encarecidamente que me sumergieran en las aguas frescas del río, pues el sufrimiento de las quemaduras de agua hirviendo y el vapor eran intolerables.

El cirujano vino a atenderme, y hubiera procedido a curarme inmediatamente pero después de que dio su opinión de que recuperaría pronto si no estuviera seriamente quemado por el vapor. Yo le rogué que atendiera a esos cuyos gritos denotaban agonías.

REGRESO A GREYTOWN

Cerca de 20 murieron y muchos más estaban seriamente heridos.

Todo el comando tuvo que ser embarcado en el otro vaporcito, en el cual fuimos llevados a Greytown. Los barcos de guerra ingleses y sus oficiales se emulaban entre sí en cuanto a servirnos. Casi todos nuestros hombres aceptaron pasaje gratis a Panamá.

Yo había sufrido raspones y severas quemaduras. Un alemán que habitaba en Greytown, compadecido de mi situación hizo que me trasladaran a su casa y aunque yo le advertí que no podía recompensarlo; él y su bondadosa esposa, que era irlandesa, me colmaron de atenciones y cuidados. El cirujano de la marina inglesa, constantemente me atendía y me traía comidas especiales de las bodegas de su barco. Después de muchas semanas pude estar apto para tomar pasaje a Panamá y de allí, muy débil por tanto sufrimiento me dirigí a los Estados Unidos.

SITUACION DIFICIL DE WALKER

El fracaso del Coronel Lockridge de forzar su pase por el río San Juan y así abrir una vía para reforzar a Walker sitiado en Rivas por un ejército abrumador de los Estados Centro Americanos, fue la verdadera causa de la derrota de Walker en Nicaragua.

Los ejércitos aliados, es verdad, fueron impotentes para desbandar a este puñado de hombres heroicos, pero el resultado de los repetidos encuentros fue una constante y rápida disminución de Americanos, los que nada ganaban con las pérdidas que infligían en el enemigo, cuyas filas eran constantemente repuestas con hombres reclutados a la fuerza. El fin naturalmente era asunto de tiempo.

El Capitán Davis del barco de guerra Americano, "St. Mary's", anclado entonces en San Juan del Sur, viendo que sin ayuda de afuera, los bravos hombres de Walker serían destruidos puesto que Walker nunca se hubiera rendido, buscó y negoció la paz con el enemigo. Se convino que Walker y sus oficiales saldrían de Rivas portando sus armas, y se embarcarían en el barco "St. Mary's", mientras que sus soldados y adherentes a su Gobierno, tanto nativos como extranjeros, se les concedió amnistía y el derecho de quedarse o salir del país.

Aunque los términos parecieran favorables para hombres en extremo hambrientos, enfermos y casi muertos, Walker siempre alegó que fueron forzados por el Capitán Davis como por sus propios oficiales y en esto sin duda, era estrictamente sincero, pues, creo que hubiera preferido pelear hasta que muriera el último hombre.

WALKER EN ESTADOS UNIDOS

Tan pronto puso pies en los Estados Unidos otra vez empezó a preparar otra expedición por la cual recobraría su fortuna y reafirmaría sus derechos de los que, según él, había sido injustamente desposeído en Nicaragua. Que él y sus adherentes habían adquirido derechos tanto políticos como otorgados, no es posible dudarlos. Hasta donde fueron ellos defraudados por violaciones armadas de las leyes constitucionales de la Nación, dejaré que lo decidan otros más competentes que yo.

Asuntos de esta magnitud no se acostumbraban decidir en las Cortes de Nicaragua, ni una apelación hubiera satisfecho al impetuoso espíritu del hombre que ya había, en distintos modos, desafiado el sentir popular del mundo entero.

No mencionaré aquí los varios y vigorosos esfuerzos de los Congresales del Sur y de otros para inducir al Gobierno de los Estados Unidos a que arrojará un desafío al mundo en el sentido de mantener los derechos de los Americanos en Nicaragua. Inglaterra libre ya de la guerra con Rusia, demandó a los Estados Unidos, que enganchar hombres para el servicio contra la paz de su aliada Nicaragua debiera cesar inmediatamente en esta nación y el poderoso partido antiesclavista de los Estados del Norte hicieron eco a esta demanda insistiendo que ninguna ayuda gubernamental debiera darse para establecer la esclavitud en Centro América.

El Presidente hizo prodigios de equilibrio con la esperanza de conservar la buena voluntad tanto de los Estados del Norte como de los Estados del Sur.

Se permitió que barcos salieran de puertos de los Estados Unidos cargados de emigrantes armados pero la parcialidad personal de los Capitanes de nuestra marina de guerra interpretaban a su modo las órdenes ambiguas y los barcos eran detenidos.

A consecuencia de esto Walker fué detenido y sus fuerzas desbandadas en Punta Arenas por el Comodoro Paulding se le forzó a dar garantía personal de que no intentara de nuevo otra invasión.

La actitud de las fuerzas navales Inglesas fue tal que los Estados Unidos se vieron obligados a instruir a sus propios cruceros — a anticiparse en la vigilancia a la interferencia Británica, pues podría poner en peligro la paz del pueblo suscitando clamor público contra la intervención extranjera.

Después de que yo había sanado de mis heridas recibidas en el "Scott" recibí órdenes de Walker de presentarme a él en New Orleans.

CON WALKER EN NEW ORLEANS

Un barco estaba siendo cargado para ir a colonizar cierta localidad en Centro América. Los documentos de embarque exhibían cierta cantidad de implementos de agricultura y semillas, pero no mencionaba la cantidad de armas y municiones arpillada más abajo.

Mientras en New Orleans, Walker y algunos de sus oficiales principales, por instancias del Cónsul Inglés, fueron llevados ante la corte, para ser examinados y acusados del cargo de violar las leyes de neutralidad de las naciones, engancharo hombres para el servicio de naciones extranjeras. Las evidencias en contra de nosotros eran irrefutables y el Juez Campbell, al revisarlas pareciera que ya nos había consignado al limbo hecho para los que cometen tales ofensas. La corte estaba repleta, pues nosotros éramos los héroes de la hora en New Orleans y Mobile.

El coronel Walker se puso de pie y fingiendo dirigirse al juez, pero lo que hacía, en verdad, era apelar a la muchedumbre. "Estoy por ver", dijo, "que los hombres buscando mantener sus derechos en la perpetuación de las instituciones de los Estados del Sur de que han sido injustamente despojados por la interferencia de extranjeros y de abolicionistas, sean restringidos por un jurado del Sur y me place confiar el caso a su decisión". El tumulto que se desató impresionó al jurado que instantáneamente lo declaró "no

culpable" y todos nosotros fuimos conducidos (sobre los hombros de los espectadores) fuera del edificio.

Después de esto me confié la misión delicada de llevar despachos a Mr. Marcy, Honorable Secretario de Estado. El propósito era conseguir la no interferencia de los barcos, tanto aduaneros como de la Marina de los Estados Unidos en nuestra salida de Mobile. Una promesa verbal se nos dió de interferir lo menos posible en vista del clamor popular de los Estados del Norte y entonces una noche el Coronel Anderson y yo, embarcamos en el barco "Susan" que ya había recibido como 150 emigrantes. El "Susan" soltó sus amarras del muelle y la marea silenciosamente nos llevó fuera de la bahía de Mobile.

LAS AUTORIDADES ADUANERAS

Ningún oficial de las Aduanas nos había molestado, mientras permanecíamos amarrados al muelle, pero cuando llegamos a la bahía abierta, un barco de aspecto sombrío nos alcanzó y navegaba contra la proa del nuestro en la semi-oscuridad de la noche, saludándonos, al pasar con la nueva de que era un barco aduanero de los Estados Unidos comandado por el capitán Morris, que tenía órdenes de que si persistíamos en seguir adelante con la clase de cargamento que llevábamos de hundirnos tan pronto alcanzáramos una legua marina de la costa cuya distancia constituye en lenguaje naval "mar abierto". Esto, todos nosotros estuvimos de acuerdo, no era placentero; ellos llevaban cañones de grueso calibre mientras nosotros no llevábamos ninguno y además, ni aun Walker estaba preparado para entrar en guerra con los Estados Unidos.

El capitán Harry Maury que comandaba nuestro barco, era un marino de veras, íntimamente relacionado con las distintas profundidades de la bahía de Mobile, lugar donde nació, y un verdadero prototipo de los famosos caballeros del Sur. El, además, tenía amistad con el capitán del otro barco Mr. Morris.

Todos nosotros, por lo tanto, convenimos en dejar que Mr. Maury pusiera en acción su talento de diplomático con el fin de extricarnos de la difícil situación en que estábamos, porque él nos aseguraba que Morris era un hombre que cumpliría con sus instrucciones.

Cuando el barco Aduanero pasó de nuevo a una distancia de poder hablar Maury gritó pidiendo permiso de pasar a bordo con uno o dos amigos para discutir la situación, recibiendo por contestación una cordial invitación de llevar a bordo todos los amigos que quisiera y así, el coronel Anderson y yo le acompañamos.

El viento era muy leve, lo que permitió que los dos barcos estuvieran uno al lado del otro. Mientras estábamos en la cabina del capitán Morris, Maury insinuó que para hombres que estaban para romperse el crisma un vaso de buen licor no venía mal. Morris, haciendo derroche de hospitalidad, hizo servir champagne y bebía fraternalmente con los que un rígido deber le obligaba a inmolar y como a botella escanciada seguía otra botella vi que esto era asunto de al que aguantara más.

Perfecta cortesía se mantuvo y tanto más se puso a prueba cuando Maury invitó a Morris a que viniera

a bordo de su barco a catar nuestro vino jurándole que sería traído sano a su propio barco. Cualesquiera que hayan sido las intenciones de Morris una hora antes, él ahora aceptó la invitación yendo con nosotros en su propio bote.

La bebedera se reanudó en nuestro barco y cuando Morris finalmente fue ayudado a subir de regreso a su barco, Maury le dijo que él no molestaría a tan buen camarada obligándolo a que nos persiguiera en la oscuridad de la noche, sino que iba a anclar y a esperar la luz del día y le suplicaba que tuviera cuidado de no chocar con nosotros cuando el ancla estuviera abajo.

La noche estaba excesivamente oscura y cuando Morris llegó a su cabina el Capitán Maury le gritó que no chocara cuando leváramos ancla.

Al mismo tiempo la orden se dió en voz alta de "echar ancla" y por un preconcertado arreglo la cadena del ancla que salía por un hoyo era tomada por el otro.

Morris suponiendo que el ruido que oía era la cadena de nuestra ancla que bajaba ordenó a su barco también que hicieran lo mismo. Estando su barco anclado nosotros emprendimos la fuga y ahora vino la parte delicada del asunto.

Nuestro capitán, Maury, había calculado la diferencia de calado de los dos barcos en 6 pulgadas y con su conocimiento muy superior de las diferentes profundidades de la bahía, intentó sacar su barco mar afuera navegando por lugares donde la poca profundidad de la bahía impediría que Morris nos persiguiera. El había maniobrado para juntarse con el barco de Morris precisamente donde ancló.

Nosotros, por lo tanto, navegamos directamente a través del Canal y Morris percibiendo al instante la jugada que le hacíamos nos siguió tan pronto como pudo levar su ancla. Esta dilación de levar anclas nos dio una tregua que la densa oscuridad de la noche, mas nuestra superioridad de pilotaje, nos sacó sin novedad al mar.

LIBRES DE NUEVO

Más tarde supimos que Morris no navegó mucho antes de encallarse y por supuesto que tuvo que aguardar por la marea alta para poder salir.

La primera media hora después de haber cruzado el canal fue llena de ansiedades para nosotros.

Si hubiéramos encallado allí, hubiera terminado la expedición y si el barco de Morris hubiera podido mantenerse tras nosotros sin encallar hubiera sido fatal también para nosotros. La oscuridad de la noche fue nuestra mejor amiga. Una o dos veces nuestro barco arrastró su fondo por la arena, pero en media hora ya estábamos en aguas más profundas y como el sonido del barco que nos perseguía se había desvanecido en la distancia, tuvimos la esperanza de que se hubiera encallado, como en efecto sucedió. Nada menos que eso nos hubiera sido más ventajoso, pues con su velocidad mucho mayor que la nuestra y con conocimiento de nuestra dirección le hubiera sido muy fácil capturarlos.

En esta incertidumbre esperamos la luz del día con no poca ansiedad.

Cuando amaneció no había más que un horizonte claro, y ni siquiera había indicios del barco que nos perseguía. Solo mar azul y cielo y algunos barcos rumbo a Mobile era todo lo que veíamos.

RALEA DE "EMIGRANTES"

Aceleramos nuestra velocidad con los vientos favorables del mar de verano, la luz del sol se hacía más brillante y la brisa más suave cuando entramos al trópico. Los días se sucedieron sin ningún accidente. Nuestra diversión principal era instruir a los "Emigrantes" el modo y manejo de las cosas del barco. Estos eran de la ralea que solo encontramos en los muelles de las ciudades del Sur con uno que otro Cajero de banco del Norte que por casualidad se habían quizás equivocado en las cuentas y por eso se veían obligados a cambiar tanto de profesión como de patria. Estos hombres eran buenos para un estudio y presentaban un carácter con infinidad de facetas y diversidad de educación y profesión.

Por supuesto que ellos no entendían nada de navegación, ni siquiera del nombre con que se designaban los mecates, pero nosotros adoptamos un plan para subsanar esta dificultad.

Las diferentes cartas de un naipe fueron atadas a los múltiples jarcias del barco y cuando una orden se daba para izar "el 6 de corazón" o el "as de tableta" no había peligro que se cometiera una equivocación.

Fue también conveniente para asegurar atención inmediata para la ejecución de algo en que se necesitaban varios hombres, usar el prefijo de Mayor o de Juez.

Así cuando se ordenaba: "Sr. Juez, ayude a asegurar el rey de corazón negro", con seguridad que acudían a ayudar más de los hombres que eran menester.

ORDENES DE WALKER

Por las costas de Yucatán, famoso por su antiguo imperio, pasamos el cabo San Antonio, navegamos a través del mar Caribe, en cuyas lejanas costas estaba el puerto de Honduras donde llevábamos orden de desembarcar.

Habíamos ya llegado a esa fecha y las armas fueron sacadas de las bodegas y repartidas, los hombres fueron equipados y como el Castillo de Omoa había de ser capturado, varios combustibles y escaleras fueron improvisados y preparados para ser usados.

Una vez completadas estas preparaciones el Coronel Anderson que era el Comandante en Jefe, hizo formar a los hombres y leyó la parte de las órdenes selladas que él creía que dichos hombres debieran saber.

Estas órdenes eran dignas de ser conocidas por mí a lo menos, pues últimamente no estaba al tanto de cómo Walker conducía la guerra, como lo estaban los otros que no vieron nada de irregular en que se ordenaba apoderarse de los vasos sagrados y otras joyas de la iglesia y de todo lo de valor que perteneciera a aquellos que no estuvieran de acuerdo con las ideas democráticas de Nicaragua.

Cuando yo exterioricé mi indignación porque creyeran que yo fuera capaz de ayudar para la realización

de una conducta que recibiría la condenación de todo el mundo civilizado, mi amigo Anderson me advirtió y me aconsejó que guardara mis escrúpulos dentro de mí mismo, pues Walker no permitía ninguna censura u opinión privada adversa a sus decretos. Yo le rendí las gracias y le dije que siempre que tuviéramos al enemigo al frente, no tendría nada que objetar, pero que tan pronto como pudiera conseguir una baja honorable, saldría del servicio.

Navegábamos ahora en esa parte del mar cerca las costas de Honduras, abundantes en arrecifes de coral, la mayor parte de ellos sumergidos y solo aparentes a los ojos y oídos por el furioso oleaje del agua contra sus masas escondidas. Este contacto producía y propulsaba a veces, enormes pingues de agua en el aire con un ruido ensordecedor.

Me había paseado sobre cubierta hasta muy entrada la noche, que era calma, con excepción de los lugares donde el agua se estrellaba contra los arrecifes. Suaves y pequeñas olas que pasaban ocasionadas por la filosa proa que partía el mar y la luz de la luna, que cruzaba el cielo chisporroteaba por doquiera, formando un paisaje que es imposible olvidar.

DESASTRE

Bajé a los dormitorios, pasé por donde estaba el Capitán y otros oficiales en el centro de la Cabina y me tiré vestido, sobre mi camarote.

Escasamente había puesto la cabeza sobre mi almohada cuando el barco se estremeció terriblemente, se arrastró sobre algo áspero y detuvo su marcha al instante. No fue necesario que yo oyera la exclamación del Capitán diciendo: "Por Dios, hemos encallado" para saber ya lo que había pasado.

El barco había corrido sobre uno de los numerosos arrecifes de coral, con tanta fuerza que se quebró por el medio, donde las agudas puntas de coral traspasaron su fondo, quedando así inmovilizado. Afortunadamente pues, si hubiera pasado al otro lado del arrecife, el barco se hubiera hundido al instante en el profundo mar. El paro repentino quebró uno de los mástiles el cual cayó al agua y el casco quebrado dejó entrar el agua que llenó el barco casi instantáneamente. Yo salté de mi cama al suelo y ya el agua me llegaba a la cintura. Tomando mi chaqueta y mi pistola busqué mi salida a cubierta, una tarea difícil, pues el barco estaba reclinado sobre uno de sus costados. Sobre cubierta, donde acababa de dejar todo tan calmo, qué cambio más grande! La resistencia que ofrecía el barco a las olas del mar causaban que el agua golpeará violentamente enviando enormes cantidades sobre la cubierta.

El mástil caído hacia el lado del viento, estaba aún atado a las jarcias que todavía estaban fijadas a la cubierta y golpeaba el barco con tanta fuerza que pareciera que lo haría trizas, mientras que el otro mástil que aún quedaba erguido en la cubierta hacía tanto contrapeso que todas las probabilidades eran de que arrancaría el casco del arrecife que era todo lo que nos tenía a flote.

Los "Emigrantes" estaban todos en coro levantando sus lamentaciones al cielo con motivo de lo que pareciera una inevitable y segura muerte, que a todos

se les esperaba. Postrados sobre la inclinada cubierta se habían entregado a la desesperación.

Confieso que cuando miré lejos sobre las bulliosas olas bajo la pálida luz de la luna, hubiera preferido morir en el campo de batalla, pero con el instinto mecánico adquirido en una vida de emergencia, pasé como pude sobre los postrados "Emigrantes" en la cubierta hacia la parte del lado donde el mástil caído golpeaba y amenazaba destruir el barco. Allí encontré al Capitán Maury gritando que le llevaran una hacha la que prontamente llegó y con unos pocos hachazos se cortaron las cuerdas que sujetaban el mástil cesando así los golpes que con el ruido del oleaje y los gritos de los hombres hacían el ambiente tenebroso.

El hacha le cayó enseguida al mástil que aún estaba erecto yendo a juntarse al mar con su compañero. Aliviado un poco de este contrapeso, el barco se enderezó algo y el Coronel Anderson y yo nos dedicamos a apaciguar el desorden y el tumulto de los hombres.

Un grupo de los más excitados estaban haciendo lo posible por bajar el único bote salvavidas que llevaba el barco y eran tantos que unos impedían a los otros a llevarlo a cabo y se hubieran hundido con todo y bote si lo hubieran bajado. La persuasión hubiera sido inútil con estos maníacos, apartando hombres a derecha e izquierda nos introdujimos en el tumulto con revólver en mano y conseguimos hacerlos retroceder y aclarar un poco el lugar; fuimos secundados por otros y logramos estacionar una guardia para custodiar esta frágil y única embarcación de que disponíamos para buscar socorro en lejanas tierras o quizá de algún barco que pasara.

Tan pronto logramos restituir un poco el orden aquí cuando nos llegaba la noticia de que abajo en la bodega, los hombres estaban bebiendo del contenido de unos barriles de licor. Los encontramos agrupados sobre una pipa, el tapón de la cual había sido refundido y bebían el whisky en latas como si fuera agua.

Nuestra autoridad respaldada por nuestros revólveres y arrojando las pipas tanto las abiertas como las cerradas al fondo del barco lleno de agua, calmó el desorden no sin recibir fieras amenazas de los hombres que alegaban el derecho de emborracharse hasta perder el sentido en vista de la muerte segura que tenían frente a frente.

Esto, aunque lo sentíamos nosotros, refutábaros que no era cierto, pues empezamos a recobrar nuestras esperanzas al ver que el barco no se hundía y nos aseguramos después de un minucioso examen que después de haberle desembarazado de los mástiles el casco permanecía en la misma posición.

Una marejada alta nos hubiera sin duda alguna, desprendido del arrecife, pero ahora, aunque los golpes del agua continuaban con furia contra el lado del viento el mar estaba calmo a poca distancia.

Un sentimiento de calma vino gradualmente apoderándose de los hombres al ver que nosotros, los que estábamos al mando nos manteníamos optimistas de la situación y como la luna estaba casi de llena teníamos su luz para que nos alegrara el resto de la noche. Acurrucados bajo la techumbre del barco o donde quiera que un refugio y apoyo pudiera ser obtenido sobre la inclinada cubierta esperamos la llegada del día en

angustiosa incertidumbre, esperando que las olas que golpeaban el barco hicieran trizas y esparcieran sus restos por las aguas del mar.

Por fin la madrugada despertó, seguida rápidamente por el refulgente sol tropical cuyos rayos esparcidos por el ancho mar revelaba la desolación que nos rodeaba.

Un centelleante océano llenaba el campo de visión, aquí y allá grandes parches de agua blanca indicaban arrecifes escondidos y en un punto hacia el lado de donde soplabla el viento sobre la inmensa superficie de espuma, un casi invisible, parche pardo mostraba que el coral salía más arriba del nivel del mar, formando una isleta o loma de arena habitada por tortugas y gaviotas.

Muy cerca de nosotros el agua espumeaba sobre arrecifes de coral plenamente visibles, las maltrechas ramas rosadas parecían estar a solo unas pocas pulgadas de profundidad. Estas montañas de coral cuyas cimas suben tan cerca de la superficie causando al mar que bulla sobre ellas, a menudo tienen una profundidad de muchos metros al lado, de modo que se puede ver como una cinta azul la parte de aguas profundas navegables en medio de los espumantes arrecifes rosados.

El hombre que llevaba la rueda del timón, era uno de los ex-cajeros de Banco y también lo era el oficial de turno, y ambos debieron de haber estado sumamente descuidados en el cumplimiento de su obligación, pues, las aguas blancas que se extendían a nuestro alrededor, debiera de haber sido suficiente aviso del peligro.

Como la cubierta se inclinaba a un ángulo considerable a causa de estar el barco casi recostado sobre un lado era difícil caminar de un lado a otro. Tan pronto como el medio día lo permitió, tomamos nuestra posición que nos colocaba a una distancia de 70 millas de la colonia Inglesa de Belice, Honduras. El arrecife de coral donde estábamos encallados estaba marcado en la carta como "Glovers reef".

EN BUSCA DE SOCORRO

Después de una breve consulta, el bote que habíamos rescatado de los hombres fue bajado, aprovisionado, proveído de vela, brújula, etc., y se dio en cargo del Capitán y dos hombres con instrucciones de proseguir en dirección de Belice o de cualquier barco que encontrara.

Contemplamos la salida de ese frágil botecito, nuestra única esperanza de socorro, con intenso interés y cuando se perdió de vista en el horizonte nos dedicamos, no menos solícitos a contemplar el viento, especulando en la potencia de cada nubecilla para desarrollar viento que en agitando el mar nos despejaría de nuestro arrecife de coral empujándonos a la profundidad que teníamos a unos pocos pies de distancia.

Como había mucho ripio de madera y barriles vacíos en el barco, todos fueron reunidos y se construyó una balsa para ser usada como último recurso en caso el barco se hiciera pedazos, pero al subir todos los hombres a ella para probarla, la balsa se hundió

como tres pies, con el peso, en aguas calmas, demostrando que en aguas agitadas sería inútil.

Tres días estuvimos en los arrecifes, nuestro alimento consistía en carne de cerdo salado y galletas, la cocina había desaparecido con los mástiles. No había sin embargo, ninguna queja del menú; un notable ejemplo de la teoría de los evolucionistas de adaptabilidad al medio ambiente.

SALVACION

Durante todo este tiempo, uno que otro barco pasaba en el horizonte lejano, pero ninguno esperábamos que lograra divisar nuestro encallamiento en los arrecifes. En el cuarto día, lo que al principio se creyó que eran las alas de una gaviota, se convirtió muy pronto en un barquito de pesca. Primero parecía dirigirse hacia la mancha parda allá en el horizonte, pero de pronto tuvimos la alegría de verlo cambiar de curso y dirigirse directamente hacia nosotros.

En el término de una hora estaba a nuestro lado habiendo navegado los varios canales entre los arrecifes, con mucha habilidad lo que indicaba que quién la traía, tenía conocimiento de navegación sólo adquiridos por larga práctica. Sus ocupantes habitaban la pequeña isla de Coral, diez o doce millas distante y venían de regreso del mercado de Belice donde habían llevado una carga de pescado, tortugas y cocos.

Sin perder tiempo embarcaron en su barquito todos los hombres que podían alcanzar prometiendo regresar tantas veces como fuera necesario porque nuestro barco al ser abandonado por nosotros se constituía legalmente en propiedad de ellos.

Al anochecer estábamos todos en la isla que al verla de cerca encontramos que consistía como de 30 acres de superficie, levantados apenas unas pocas pulgadas sobre el nivel del mar y enteramente cubierta de arena tan blanca como la nieve de la cual abonada por abundante detritus de peces, brotaba un nutritivo bosque de cocoteros cargados de frutas, el suelo carente de pequeña vegetación entre los robustos troncos y sus altas copas, formaban un canapé con sus anchas palmas protegiendo así la isla de los rayos del sol, y daba todas las facilidades para caminar que se pudieran tener en los parques más elaborados.

UNA ISLA ENCANTADA

Este precioso lugar estaba protegido de las altas marejadas por un círculo de arrecifes que nulificaban la fuerza del mar y por la noche, cuando los rayos de la luna se colaban por las frondosas palmas y las murmurantes olas del mar, se volcaban en suave cadencia sobre la playa cubierta de pintorescas conchas, uno puede fácilmente imaginarse transportado a una de esas mansiones de los justos que quizás se quedan olvidadas con los cuentos de hadas de la niñez, perdido quizás en materialización, pero no en idea.

Aún ahora yo algunas veces abrigo el ardiente deseo de retornar a esas islas encantadas. Los vibrantes rayos de la luna sin duda alguna vuelcan aún raudales de suave luz sobre el follaje tropical y la espejeante arena; el mar aún murmura su triste canto

tan lleno de dulce música para quién la sabe apreciar y tan discordante para el simple mundano. Hay otras fiestas que no son brindis ni libaciones y otros placeres que los que buscan los apegados a las modas y las fortunas. Una pacífica comunión con la naturaleza y con los más elevados pensamientos del hombre sobre el significado de la vida, puede proporcionar más grande y más imperecedera alegría.

Una dieta de pescado con verduras era deliciosa como producto de esta isla. Sopa de conchas y de tortuga, pescados en infinitas variedades, cocos, yamés, plátanos y fruta de pan, todo en gran abundancia; nos daba un cambio agradable a la de galletas y puerco crudo de los días anteriores y como nuestras provsiones fueron salvadas no teníamos motivo de quejarnos de nuestra alimentación.

Ocho días, incluyendo la Noche Buena, pasamos en este encantador paraíso y luego primero el humo y después el casco de un barco grande apareció en el horizonte.

Nuestros amigos nativos salieron, en su bote, a guiarlo por entre los arrecifes y después de poco tiempo ancló en las cercanías.

RESCATADOS

El primer bote que bajó fue el de nuestro barco. El Capitán había llegado a un campamento de cortar maderas y encontró en el puerto al barco de guerra de Su Majestad Británica "Basilisk" y tan pronto mencionó a su Capitán, la desamparada y peligrosa situación en que nos encontrábamos ordenó subir la presión del vapor y sin titubear un instante el inmenso barco, partió a socorrernos.

Un corto interrogatorio del Capitán del "Basilisk" a nuestro Capitán, fue suficiente para ponerlo al tanto del objeto de nuestra empresa a la que estaba en rotunda oposición la nación Inglesa. Pero prefiriendo tratarnos como gente damnificada, en desgracia, únicamente, y con el humanitarismo de esa nación en general y de los marinos Ingleses en particular, se dispusieron a socorrernos al instante.

Todos nosotros subimos a bordo del bello y magnífico barco y su Capitán deseando hacer su favor completo, declaró que nos llevaría a nuestra tierra si así lo deseábamos. Cinco días cruzó el majestuoso barco las azules aguas del océano impulsado por velas y motor para bajarnos en Mobile junto con todo lo que pudimos salvar de nuestra catástrofe. Cuando entrábamos en el puerto pasamos junto al anclado barco aduanero del Capitán Morris cuya persecución habíamos evadido en nuestra salida, todos los Emigrantes lo saludaron dejando escapar espontáneamente un grito de alegría.

El Capitán Maury, al relatar el episodio de nuestra evasión del barco aduanero, al Capitán Inglés opinó que nuestro desastre se debía al hecho de haber zarpado en un barco que llevaba el nombre de una mujer (emblema de la inconstancia y de la inestabilidad).

Los ciudadanos de Mobile eran grandes admiradores del General Walker quién respetaba en su política Centro Americana las ideas y los intereses de los

Estados del Sur de los Estados Unidos. Como un gesto de su estimación y de su admiración por el acto humano y generoso de los oficiales del Basilisk, a ellos y a algunos oficiales de Nicaragua se les ofreció un gran banquete y la libertad de la ciudad.

Nos encontramos convertidos en los héroes de la hora.

Poco tiempo después, pedí mi baja al General Walker, declinando su invitación a tomar parte en otra expedición que él pensaba dirigir en persona, pero francamente le respondí que yo creía que los métodos que él estaba adoptando para forzar un reconocimiento de los derechos que nosotros habíamos adquirido en Nicaragua, no podrían sobrevivir en contra de la declarada hostilidad del mundo.

Su contestación fue característica: "Yo no estoy luchando por la aprobación del mundo, sino por el Imperio de Centro América".

FIN DE WALKER

La Némesis que acompaña los actos de los hombres estaba ya lista con su gratificación; él desembarcó con una siguiente expedición de cerca de 200 hombres en Trujillo, Honduras y siguiendo la costumbre de resolver su encuentro con el enemigo en victoria o en muerte, despidió sus barcos antes de averiguar las fuerzas enemigas en tierra. Estos habían sido notificados de su acercamiento y se habían agrupado en número suficiente para hacer trizas su pequeño contingente que diferían de los 56 inmortales de Rivas en que tristemente se doblegaron al número superior de enemigos.

En vano se esforzó por infundir su propio indomable valor a sus hombres, se sentían inferiores y peleaban más bien a la defensiva que con aquella impetuosidad, que sola, los hubiera lanzado a abrirse paso y encontrar un camino a través de Honduras hacia Nicaragua.

Importante era romper las líneas enemigas. Intentó marchar por veredas y por la costa, hacia algún punto menos infestado de ellas, pero dondequiera que

iba, allí estaban. Ya me imagino cuánto debe de haber pensado y deseado tener allí a aquellos 56 con que atacó las barricadas de Rivas. Sus hombres plenamente rehusaron entrar en un combate tan desigual. En este dilema después de varios desastrosos encuentros que le demostraban que no tenían ninguna esperanza, fue requerido por el Capitán de un barco Inglés, que estaba anclado en el puerto, a que se rindiera a él como representante del violado protectorado Inglés sobre las islas Roatán y Belice y convertirse en un prisionero del Estado, sujeto a la jurisdicción de las Cortes Inglesas. El Capitán sea que se arrepintió de la responsabilidad que había asumido, o que actuó por bajos motivos, no lo sé, lo cierto es que tan pronto recibió una formal demanda de las autoridades militares de Honduras, para que Walker fuera entregado a ellos, él lo entregó a que fuera custodiado por ellos.

El resultado era fácilmente previsible para el infortunado prisionero que escasamente pudo entablar una defensa ante una corte donde ya él estaba prejudicado. La sentencia (a tambor batiente) de una Corte Marcial que lo juzgó, ordenó que William Walker sería fusilado y se llevó a cabo la sentencia inmediatamente.

El General Walker recibió la muerte con gran valor y calma que había sido una eminente característica en todos los actos de su vida.

Era valiente entre los más valientes y su carencia de vulgaridades y vicios, le conquistaron la estimación de sus adherentes y amigos.

Era bueno y bravo como un oso
Tan bravo como los osos de Nevada.

.....
Con algo de tristeza en su semblante
que adquirió quizás por ser mimado.
Hable mal de él quien quiera . . . ,
murió en gran desgracia.

Yo solo digo que fue mi amigo
cuando era fuerte y de gran fama
muerto o en desgracia, soy el mismo
y así lo seré, hasta el fin.

FIN